

CONTRAPESO



DJUNA



minotauro

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

El ataque del colibrí

Un nuevo empleado sospechoso

Patusan

Un hombre de existencia ambigua

Las mariposas y el ascensor

Cómo usar cebo humano

Una primera inspección

Una cita con la bruja verde

Siempre has pensado así. Aunque yo te dijese lo contrario

Las débiles huellas de un fantasma

El cuadro de mariposas desaparecido

La visita del ángel de la guarda

La persona a la que (tal vez) amo

De ahora en adelante

Bajo las alas de un hada

La guerra de las bestias invisibles

Un nombre recordado demasiado tarde

La gente a la que maté

Desaparecido

El pecado de otro

Una segunda inspección

Regreso a Patusan

Un culpable inesperado

Despertar

Alguien tiene que hacerlo

Contrapeso

Una mentira creíble

Seguiremos en la Tierra

Epílogo

Notas

Créditos

CONTRAPESO

DJUNA

minotauro

Si debo subir una escalera para llegar al cielo,
entonces rechazo esa invitación.

Prólogo

Santa Teresa, California

—Tu madre se convertirá en una estrella.

Un hombre ataviado con uniforme gris se dirigió a la niña. Esta observó la caja de madera que el tipo le tendía. En su interior había una botella de cristal azul verdoso, llena de un polvo de huesos blanco. La pequeña sacó la mano izquierda del bolsillo y acarició el vidrio con el dedo índice hasta rozar la muñeca del hombre. Como si le hubiese dado un calambre, él se encogió. La niña dio un paso atrás.

—No es mi madre.

Confundido, el hombre comprobó la etiqueta en la botella. La información era correcta: era su madre. Pero quién sabe. Cada familia es un mundo. Quizá su madre «real» era la mujer que la había llevado hasta allí.

Tras leer la expresión del hombre, la niña sacudió la cabeza con fuerza.

—Esto no es mi madre. Solo son cenizas.

Vaya con la pequeña filósofa. Tenía razón: lo que había en esa botella no era más que polvo, restos de elementos varios. ¿Qué significado podía tener un efímero cuerpo humano en la larga historia del universo, nacido de una supernova millones de años atrás? Fuera como fuese, esos elementos se mezclarían esa noche con pólvora y ascenderían disparados como fuegos artificiales hacia

el cielo, que iluminarían de rosa por unos segundos antes de esparcirse por el aire y seguir su camino.

La otra madre de la niña entró. Una mujer de una belleza impresionante y figura esbelta. ¿No habían dicho que era actriz? En fin, que era alguien famoso, aunque el hombre no era capaz de diferenciar bien los rostros de las mujeres asiáticas. La recién llegada mantuvo una breve charla con él, en un inglés con un acento difícil de identificar, y firmó en la *tablet*. Con la tapa bien cerrada, llevaron la caja a otra sala para mezclar aquellos polvos blancos con la pirotecnia.

Esa noche, cuando empezaron los fuegos artificiales en el yate, el fantasma de la madre de la niña estaba sentado a su izquierda. Los datos de la voz y los gestos de la mujer, almacenados por el avatar del programa de asistencia virtual, hacían que aquel espectro de realidad aumentada pareciera estar vivo. La niña pensó en las cenizas de su madre, que ahora iluminaban el cielo nocturno y se desvanecían; en el fantasma sentado a su lado; en sus recuerdos, sus vídeos y los libros que había escrito. Por un instante, se imaginó toda esa información, que una vez formó la mente de alguien, esparciéndose y desapareciendo poco a poco.

Aquellos fuegos artificiales eran su madre. No solo porque contuvieran las cenizas que antes eran su cuerpo, sino porque el yate, el funeral y la pirotecnia los había planeado ella. Lo que la pequeña tenía delante era una extensión de su ser.

Pero nadie había esperado verlo tan pronto.

El ataque del colibrí

Clerc, clerc, clerc. Unas monedas relucientes de cinco y veinticinco centavos bailan en la mano izquierda de Rex Tamaki. Manejadas con suavidad entre sus dedos índice y anular, las finas láminas de metal vuelan como si tuvieran vida propia, giran, ruedan y saltan unas sobre otras.

Pero esa danza termina de golpe, casi al tiempo de empezar. Al percatarse de que me está distrayendo, las agarra en el aire con habilidad, se las guarda en el bolsillo y me dedica una sonrisa muy tentadora. Él no es gay, solo le divierte provocar y mofarse de los demás. Molesto, desvió la mirada.

El avión está en silencio. Lo único que llega a mis oídos es el suave ruido del motor al otro lado del fuselaje. Esta quietud aparente no es más que un engaño. Solo con ver las sonrisas taimadas de los hombres de Tamaki, sé que entre ellos vuela una sarta de mensajes silenciosos. A pesar de que han abierto un canal para mí, nadie me ha dirigido la palabra desde que he entrado en la cabina. No importa. Tampoco es que quiera saber de qué tratan sus estúpidas bromas.

En comparación con los compañeros que le rodean, similares a gorilas y con músculos que parecen a punto de estallar, Rex Tamaki tiene un aire escuchimizado. Pero no hay que fiarse de las apariencias. En esta era, la fuerza ya no es proporcional a la masa muscular. Tras perder la medalla de oro en las olimpiadas quince años atrás al dar positivo en una prueba de dopaje, su cuerpo había

pasado por continuas modificaciones y mejoras. Lo que tengo ahora ante mí es el cuerpo de alguien que no sigue las normas, que las desprecia.

La alarma dentro de mi cabeza suena a las 22.00. A partir de este momento, durante las próximas dieciocho horas la jurisdicción del Distrito de Gondal se transfiere del Gobierno de Tamoe al grupo LK. No creo que haga falta decir lo que he tenido que hacer estos últimos tres días para lograrlo, volando de isla en isla.

Tamaki y su grupo se levantan al unísono, como si lo hubiesen acordado de antemano. Siento que mi cuerpo flota, al tiempo que la compuerta de metal frente a mí se abre girando sobre sí misma. El *Hummingbird*, que ha estado suspendido en el aire a trescientos metros sobre el Distrito de Gondal, desciende como un ascensor. A través de la escotilla cada vez más abierta se ve un pueblo costero, que parece un montón de cajas de plástico esparcidas.

La compuerta sigue abriéndose, la nave reduce la velocidad a unos quince metros del suelo, y los hombres de Tamaki saltan uno tras otro. Con posturas elegantes que no casan con sus figuras corpulentas, aterrizan sobre los tejados sin hacer ruido para después dispersarse en todas direcciones. Todavía con el cinturón de seguridad puesto, observo el lugar desde mi asiento.

Un soplo de aire caliente exterior se cuela por la compuerta, mezclado con los olores del pueblo. Comida, pescado, excrementos y basura, gente. Dentro de aquellas cajas desordenadas, miles de personas descansan, comen, excretan, duermen, vomitan, copulan y tienen hijos. El estómago se me revuelve.

—¿Vamos a divertirnos, Mac?

Escucho la voz de Tamaki. Como ocurre con todas las que se oyen a través del *worm*, me llega aislada del ruido de alrededor, extraña.

Es la voz de un dios que ha perdido su santidad y solo le queda algo grotesco.

Una ventana de realidad aumentada se abre ante mí. En ella, unos puntos azules y rojos llenan el pueblo. Los azules son los miembros de la Unidad de Seguridad del LK, mientras que los rojos son el Frente de Liberación de Patusan, quienes un mes antes habían asesinado a tres miembros del Partido Dora en Pala y huido a este lugar. Paso a otra ventana e inspecciono el campo de acción desde la perspectiva de los puntos azules. Espuma blanca vuela hacia el rostro de un punto rojo, que apuntaba con una AK-1 a uno de los azules. Otro punto rojo que se dirigía a uno azul agitando los puños es enviado hacia atrás de una patada, choca contra un muro. Con el cañón de su pistola ya metido en la boca, un punto rojo aprieta el gatillo y se vuela la mitad de la cara. Uno de los azules se quita de encima a unos niños, que se pegan a él como un banco de tiburones.

Regreso a la ventana de antes. Ya no queda ni un solo punto rojo aislado. Todos están pegados a uno azul y, desde hace unos segundos, un punto amarillo se mueve hacia un lugar específico del pueblo. Son las 11.13. Tamaki había estimado que la operación terminaría en quince minutos.

El *Hummingbird* se mueve hacia el punto amarillo, aún con la compuerta abierta. El sitio es un pequeño descampado usado como plaza, del tamaño suficiente como para que la nave de alas estrechas pueda aterrizar. Una vez descendemos, queda a nuestro alrededor un espacio angosto para que la gente pueda pasar, no sin dificultad.

Al bajar ignoro a los hombres atados con un dispositivo de sujeción y sacados a rastras, con los rostros sucios cubiertos de espuma seca, y camino hacia el edificio al norte donde está el último

punto rojo. Los niños, que hace escasos momentos mordían y pateaban a los agentes de la Unidad de Seguridad como pequeñas bestias, ahora nos miran con caras inexpresivas.

La puerta de la casa donde se encuentra el punto rojo está ligeramente abierta. Mientras que un compañero se inclina y retransmite la escena, Tamaki clava una pequeña tubería en el cráneo de un hombre, ya muerto a martillazos.

—¿Qué ganas haciendo eso?

—Los muertos recuerdan mucho más de lo que creemos.

Su respuesta es apática. Por mi parte, dejo a los fallecidos intactos para poder recolectar sus memorias y reviso la información que me llega a través del *worm*. Recopilo los datos almacenados en los implantes de los terroristas detenidos, los clasifico y los ordeno. Molesto, me froto las manos y me rasco la cabeza. Mi cuerpo sigue sin hacerse a la idea de que mis manos no tienen nada que hacer en situaciones así, aun cuando están ocurriendo tantas cosas a la vez.

Los datos que busco son en su mayoría sobre espías internos. No nos interesa saber nada sobre el asesinato. Como ocurre con casi todos los miembros del Partido Dora, los fallecidos no son más que muñecos de paja inservibles. Espantapájaros que son de mayor utilidad muertos que vivos. A pesar de haber identificado y localizado a dos de los asesinos en apenas dos días, el grupo LK tenía también sus motivos para no compartir esa información con el Gobierno de Pala.

Se despliega una lista con 154 personas, clasificadas por los ordenadores de la Unidad de Seguridad. Entre ellas, son importantes cerca de treinta, y son nueve las que interesan a mi unidad, la de Asuntos Exteriores. Siete de ellas son ejecutivos de rango medio en el LK, mientras que las otras dos son funcionarios del Ayuntamiento de Patusan. Todos ellos serán incluidos en una lista de vigilancia. El

valor de la información que hemos obtenido no durará más de dos semanas, por lo que no hay tiempo que perder en detenciones ni en exponerla al público.

Reviso de pasada los nombres y fotos de la gente que queda en la lista, añadida a un documento resumen enviado por Asuntos Exteriores. La mayoría son familiares de los detenidos de hoy o posibles objetivos. Quizá algunos de ellos están relacionados con el Frente de Liberación, pero en general basta con comprobar sus nombres.

Dejo de repasar la lista. Se abre una ventana de búsqueda con datos personales y archivos de imagen. Un hombre entrado en la veintena, atractivo y de peinado aburrido: Choi Kangwu. Un simple empleado en LK Space y el único coreano en la lista. ¿Por qué habría guardado yo la información de este tipo? Por un momento, me molesta no recordarlo.

Ah, ya sé quién es. Ese coreano que no se depilaba la barba.

Un nuevo empleado sospechoso

Conocí a Choi Kangwu en una cafetería en el decimoséptimo nivel subterráneo de Patusan. Ross Lee había insistido en celebrar allí el 232.^o aniversario de la fundación del LK, por lo que todo el mundo estaba hasta arriba de trabajo. Sin tener ni un momento para descansar, logré escabullirme y bajé a esconderme en algún sitio donde ni Ross Lee ni Han Suhyeon pudieran verme. Tomé la cascada de escaleras mecánicas que conectaba la ciudad entera y, después de lo que pareció una eternidad, llegué a la cafetería para empleados.

El lugar estaba lleno de nuevos técnicos venidos de Seúl y Jeonju. Ya fueran hombres o mujeres, todos llevaban ropa similar y el rostro limpio. Cada unidad ocupaba una mesa y comían del mismo menú, y hasta me dio la impresión de que movían los palillos y demás cubiertos al unísono. Todos estaban encogidos, como temerosos de su nuevo entorno.

El motivo por el que me fijé en Choi Kangwu fue la evidente sombra de su barba. Era el único coreano en la cafetería que no se había eliminado el vello facial. Me pareció una especie de rebelión personal patética. ¿Qué otra razón habría para empeñarse en conservar una barba que ni siquiera se dejaba crecer, soportando la molestia de afeitarse cada día? Tal vez no era más que una protesta ridícula para demostrar su hombría.

Me fijé también en el resto de sus facciones. Como ya he dicho, Choi Kangwu era bastante apuesto. Sin embargo, no tenía ese aspecto pulcro de los compañeros sentados a su lado. Su rostro no era muy simétrico, tenía la piel seca, y su boca y enormes ojos le hacían parecer hambriento. No tenía ese rostro que gusta en el LK. Era imposible que trabajase en atención al cliente.

Movido por la curiosidad, escané su cara y comprobé sus datos personales. No tenía mucha experiencia. No había nada destacado en su historial académico, y sus notas eran mediocres. Consiguió entrar en el LK al tercer intento, y, sorprendentemente, quedó segundo en el examen de ingreso. Quizá a la compañía también le pareció raro, pues le pusieron a prueba con una entrevista de alta dificultad, pero también la pasó. Me entraron ganas de saber más de su historia, pero tampoco tantas como para ponerme a investigar. Solo dejé su información guardada en el *worm* y me olvidé del tema.

Y ahora, ocho meses después, de repente ese nombre aparece en el banco de memoria de los asesinos del Frente de Liberación de Patusan.

De regreso en el *Hummingbird*, me coloqué en mi asiento, me ciñí bien el cinturón de seguridad y revisé la información sobre Choi Kangwu que me llega desde el *worm*. Estos datos habían sido compilados por alguien con las iniciales Z. S., quien al parecer estaba escogiendo empleados del LK que reclutar. La mayoría de los archivos son incoherentes y difíciles de entender.

Según uno de los documentos, Z. S. conoció a Choi Kangwu dos meses atrás, cerca de la desembocadura del río Gema. Este se había quedado atascado en un lodazal, tras meterse para sacarle una foto a una cola de golondrina esmeralda posada sobre una lata de refresco tirada. Fue Z. S. quien le sacó del barro, y después cenaron juntos. Al día siguiente, Choi Kangwu estaba en la lista de objetivos.

¿La razón? Siguiendo la lógica simple y clara del informe, el hombre era un ecologista, a juzgar por su gusto por las mariposas, y todo ecologista está en contra de las grandes corporaciones. Ignoró por completo el hecho de que los planes de construir el ascensor espacial de Patusan contasen con el apoyo de los ecologistas, o el hecho de que Choi Kangwu hubiese tardado tres años en conseguir entrar en el conglomerado del LK. Esos temas eran cosa de los de arriba; para Z. S., tener el nombre de ese empleado regular coreano en su lista era más importante.

Desde entonces, Z. S. ha estado manteniendo un contacto regular con él. A veces van de visita a sus instalaciones, donde le presenta a coleccionistas de mariposas de Patusan o a miembros de grupos ecologistas. Creo que no hace falta mencionar cuántos de ellos pertenecían al Frente de Liberación.

Los esfuerzos de captación continuaron durante un mes, antes de terminar en nada. No es que esos tipos se rindieran a la hora de captar empleados, pero Choi Kangwu no era el objetivo que habían creído. No es más que un trabajador modelo del LK, que se marcha enseguida al notar la más mínima controversia. De acuerdo con el último documento, el Frente había quedado decepcionado no solo con su actitud, sino también con su puesto, solo ligeramente superior al de alguien en prácticas. Tenían en mente a alguien con un cargo más alto, por supuesto. Choi Kangwu les sacaba cinco años al resto de los nuevos empleados, y también se veía aún más mayor.

¿Y ahora qué? Podría aprovechar la relación entre Choi Kangwu y Z. S. para infiltrarme en el Frente, pero ¿qué sentido tendría eso? Con la información que tengo ahora, averiguar la identidad de ese misterioso personaje e indagar sobre sus superiores es pan comido. Eso de introducir a un empleado sin formación para que se encargue de ello es algo sacado de las viejas novelas de espías.

Al final decido no hacer nada con Choi Kangwu. Todo esto no son más que datos inservibles, y no veo motivo para que estos salgan de Asuntos Exteriores. Si resulta sospechoso, se le hace otra entrevista y ya. Pero no tengo por qué dificultar aún más su ya accidentado futuro como nuevo empleado.

Patusan

Una pequeña isla con forma de cruz al final del archipiélago Brierley. Una selva tropical densa pero con una pobre biodiversidad, un volcán inactivo y de gran altura en el centro, y pueblos y ciudades hundidos en el fango tras drenar a lo loco los acuíferos bajo ellas y provocar que el suelo colapsara. Y, por último, bellas mariposas.

Eso era Patusan antes de ser absorbida por el LK.

Quince años atrás, cuando la organización anunció sus planes de construir un ascensor espacial en esta isla, la primera reacción de la gente fue: ¿y eso para qué? El grupo LK ya estaba mandando al día tres o cuatro naves más allá de la órbita terrestre usando *skyhooks*, ganchos en el cielo. Para ellos, eso ya era suficiente prueba de que la era espacial había comenzado. La construcción de esos ganchos era relativamente fácil, además de ser ligeros, divertidos y rápidos. En comparación, un enorme y lento ascensor a órbita se veía más como una ilusión del pasado, como los dirigibles. Solemnes y hermosos, pero innecesarios.

Lo que la gente no sabía era que, mientras desarrollaban los *skyhooks*, el LK iba acumulando poco a poco las infraestructuras técnicas necesarias para levantar el ascensor espacial. Ya no era una mera fantasía de los escritores de ciencia ficción del pasado. Era una estructura del mundo moderno, viable y capaz de generar beneficios.

Además, ¿qué mejor lugar para llevar a cabo este plan que una isla vacacional casi en ruinas, con dos tercios de su población ya

trasladados a las dos islas cercanas?

Patusan se convirtió en la puerta de entrada a la Tierra. Un satélite geoestacionario dejaba caer a ambos lados un hilo de telaraña, un cable que cumplía ya con su función antes incluso de tocar tierra. Una vez alcanzaba el suelo de Patusan, el cable se iba multiplicando y volviéndose más amplio, más grueso, más largo y complejo. La fábrica de la isla construía sin descanso esta vía al espacio, y no se detendría mientras la empresa siguiera adelante con el plan.

Patusan volvía a la vida, con esa fábrica como eje. Antes reducida a tan solo cuatro mil habitantes, su población había aumentado a ochocientos noventa mil. Se construyó un puerto nuevo en la costa, un aeropuerto y una ciudad que los conectaba con la cima de la montaña, donde estaba el ascensor. Una cantidad innumerable de personas venían de todo el mundo para preparar el camino a las estrellas.

Pero no se puede tener contentos a todos. Al final Patusan no es más que una propiedad de una compañía multinacional. De su Gobierno solo queda la cáscara. Por más dinero que el grupo LK invierta, los nativos de la isla no están satisfechos. La mayor parte de ellos, incapaces de integrarse en el sistema de la nueva ciudad, habían quedado marginados. Quienes huyeron hace tiempo hacia Pala y Tamoe ni siquiera recibieron una compensación. Es entonces cuando, en algún punto de esas tres islas, nace el llamado Frente de Liberación de Patusan. Bombas explotan, gente muere. Sorprendentemente, sus bolsillos bien cargados no parecen vaciarse. Debían de tener patrocinadores que los apoyaran, buscando sacar tajada.

Y mi trabajo es negociar con esa gente.

Dirijo la mirada hacia la pantalla frente a mi escritorio. Tres rostros me observan desde tres ventanas distintas. En el centro, con cara ovalada y fina, está el actual presidente del grupo LK, Ross Lee. Hace veinte años era el ingeniero más creativo del planeta. La producción en masa de los tubos LK, la pieza fundamental del ascensor, es también posible gracias a las brillantes ideas de ese hombre. No obstante, ahora es un mero testaferro, escogido por la empresa para evitar la ley de prohibición de los *chaebol*.¹ Preferiría estar en la ópera o el ballet, pero ha sido arrastrado hasta aquí solo para ser informado de algo que ni le interesa. En la ventana izquierda aparece sentado Han Suhyeon, hijo del difunto presidente Han Jeonghyeok y presidente de LK Space. Este hombre, de labios finos, cree haberse convertido ya en la cabeza del grupo LK, pero aún le queda mucho. Por último, a la derecha está Nia Abbas, la alcaldesa de la ciudad y la segunda persona con poder real en Patusan después del primer ministro. Aunque, considerando que los salarios del Gobierno vienen del LK, no sé yo qué sentido tendrá nada de eso.

—Hace dos horas han detenido en Pala a los presuntos autores del asesinato —anuncio—. Por nuestra parte, no hemos dado ninguna información a las autoridades. O bien la policía de Pala es más hábil de lo que pensábamos, o bien ha intervenido la Agencia de Inteligencia de Indonesia. Es posible que estos últimos estén detrás de la financiación de esa banda del Distrito de Gondal. Puedo confirmarlo en un par de días.

»Todos los apuntados en la lista que hemos obtenido ya han sido puestos bajo vigilancia. Es inútil recurrir a interrogatorios. Ninguno de ellos sabe mucho. Algunos creen que sí, pero la organización no es tan descuidada. Primero tenemos que observar cómo se mueve el Frente de Liberación en conjunto, y averiguar quiénes lo están

manejando desde arriba. No importa cómo analice la policía lo que ocurrió en Gondal; lo importante es que podemos obtener más información adicional, sea del bando que sea.

—¿Y no había otra manera de hacerlo? ¿No podríamos haber cedido información a los Gobiernos de Pala y Tamoe a cambio de cooperación? —pregunta Ross Lee.

—De todos modos, alguien tenía que mancharse las manos de sangre. Ya puestos, mejor que fuéramos nosotros. Todo se ha hecho siguiendo el proceso legal. Hemos detenido a unos fanáticos que podían cometer actos terroristas a nivel mundial. Es imposible hacer eso sin que nadie salga herido. Alguien tenía que morir. Solo da la casualidad de que el LK, en esa inevitable situación, ha sacado algo de beneficio. Teniendo en cuenta que la torre del ascensor es ahora mismo la propiedad más valiosa de la humanidad, ¿podría decirse que ha sido un acto egoísta?

Tras decir esto, Han Suhyeon asiente y esboza una débil sonrisa. Siente su propio poder debido a la matanza ocurrida en el Distrito Gondal. Solo fue posible porque él asumió la responsabilidad y firmó. Y cuanto más incómodo se sienta Ross Lee por los asesinatos cometidos por la empresa, más favorable se vuelve la posición de Han Suhyeon.

La conversación se vuelve tediosa mientras la alcaldesa se alarga en su interrogatorio sobre el comunicado de prensa preparado por Asuntos Exteriores. Me limito a recitar de forma seca las respuestas que traía escritas y me preparo para retirarme. Eso sí, necesito añadir unas últimas palabras con impacto. El suficiente como para que ni Ross Lee ni Han Suhyeon me miren por encima del hombro.

En ese momento aparece una notificación a la izquierda de mi campo visual. Leo sin querer la primera frase y me quedo perplejo.

*Visita de Damon Chu
en H&H, Bandar Sri Begawan*

Un hombre de existencia ambigua

Damon Chu lleva siete años trabajando para la Unidad de Asuntos Exteriores de LK Space. De nacionalidad estadounidense, nacido en San Francisco de madre coreana y padre chino. Soltero, treinta y cinco años. Cuatro años trabajando en Bandar Seri Begawan.

El pequeño problema que se omite aquí es que, en realidad, Damon Chu no existe.

Esta frase no guarda ninguna ironía. Tampoco importa si existe de verdad por ahí algún Damon Chu. Sea como sea, este tipo ha estado haciendo su trabajo a la perfección, al igual que el resto de los muchos teletrabajadores del grupo LK. A veces es hasta más útil que otros compañeros que sí cuentan con un cuerpo físico. No tiene ciertas opiniones, ni voluntad ni ambición que puedan entorpecer la labor de la empresa. Puede ser enviado a donde sea y desechado cuando sea. Si la situación política se pone fea, podemos incluso matarlo. No sé qué pensarán los demás, pero, en mi humilde opinión, no tener que acabar con una persona real cuando hace falta que muera alguien está genial. Total, ya hay como diecisiete de esos espantapájaros inútiles solo en LK Space, y seguro que hay muchos más en toda la compañía.

Damon Chu fue inventado por el anterior presidente Han Jeonghyeok y yo. Me gusta pensar que es nuestro hijo. De hecho, mezclé un treinta por ciento de la apariencia del presidente y la mía a la hora de diseñar su aspecto. Podría haberlo hecho mitad y mitad, pero me pareció un poco asqueroso. Lo creamos como una solución

rápida a cierto problema legal, simple pero molesto, y una vez terminó su tarea, lo dejamos deambular por las venas del grupo LK. Desde entonces ha crecido hasta convertirse en una presencia importante, acumulando quince mil créditos internacionales, algunas propiedades inmobiliarias y la empresa de almacenamiento H & H. Tras la muerte del presidente, pasé a ser el único que sabía de su existencia, por lo que ahora es de mi propiedad. Lo veía como una especie de herencia dejada por él. Y aunque estoy tan ocupado que no puedo ni gastarme el sueldo, no está nada mal tener un total de doscientos diez mil créditos internacionales extras.

No obstante, resulta que este hombre inexistente visita la empresa H & H y se lleva mis cosas cuando le da la gana.

Desconcertado, contacto con H & H. Por desgracia, la única información de la que dispongo es la que aparece en una ventana de notificación. Antes podía recurrir a la ayuda de un amigo metido en la policía de Bandar Seri Begawan, pero desde que el sistema policial empezó a ser administrado por la IA unos años atrás es más complicado. A ver, ¿qué más puedo hacer? Me rasco la cabeza por un momento y busco qué trabajadores de Patusan se encuentran en la ciudad. No porque crea que uno de ellos es el culpable de esto; solo he decidido empezar por ahí.

Aparecen los nombres de cinco personas que se han ido de vacaciones juntas.

Una de ellas es Choi Kangwu.

Busco el hotel donde se hospeda. No está ni a quinientos metros de H & H. Le mando un mensaje al móvil y rastreo su ubicación: está a cien metros de la empresa, caminando hacia el alojamiento. Lleva algo lo suficientemente pequeño como para guardarlo en el bolsillo o en la mochila. ¿Qué podrá ser? Bien, no es mi póster de Tintín firmado por Hergé. Menos mal, porque no es algo que le

pudiese dar a cualquiera. ¿Qué otras opciones hay? Un poco de dinero en efectivo, algunos muebles caros, un libro de profecías en arameo de origen dudoso que compré de forma anónima durante la quiebra del Vaticano, unas obras de arte lascivas que el presidente no quiso dejar a ningún descendiente, algunas pruebas de actividades ilegales de las que no me puedo deshacer, pero que sería mejor para todos que no salieran a la luz en los próximos once años... Ese almacén es también mi arsenal de armas. Aunque tampoco es que tenga pensado ir hasta Bandar Seri Begawan para presumir de ellas.

¿Cómo tiene Choi Kangwu información sobre Damon Chu? Es una pena que se filtren datos así, pero son cosas que pasan. No hay secretos perfectos en el mundo. Pero ¿por qué Damon Chu? Los secretos de ese espantapájaros no valen gran cosa, teniendo en cuenta lo profundamente enterrados que están. Sería una molestia para todos si la policía de Indonesia descubriera el almacén, pero bastaría con cargar con la culpa a alguien que ya haya muerto. La cosa es que, quien sea que tiene la información suficiente para revelar la identidad de Damon Chu, no tiene motivos para hacerlo de una forma tan torpe.

Reviso de nuevo la información que tengo sobre Choi Kangwu. Es huérfano. Su madre falleció hace diecisiete años, cuando los supremacistas blancos estadounidenses rociaron el virus Cruzada sobre Asia y África, mientras que su padre falleció hace ocho años en un accidente de alpinismo. Su única familia era su hermana, dos años mayor que él, quien casi murió hace cuatro por la enfermedad de Azikiwe. El seguro cubrió el tratamiento, pero hace falta mucho más dinero para que se recupere del todo. Ah, y su padre tuvo un conflicto con el grupo LK. Fue un caso muy común, con la obvia lección de que un inventor privado debería contratar a un agente

antes de que una gran empresa se aproveche de él y le robe. La invención del padre de Choi Kangwu es ahora una de los miles de piezas que alimentan de energía a los *spiders* que escalan hacia el cielo de Patusan. Y aunque la policía sospechaba que su muerte no había sido un accidente, sino un suicidio, no indagaron más.

Un hombre trabajando desde dentro del LK para vengar a su padre; parece algo sacado de esos viejos dramas coreanos. Siendo esto información pública, no obstante, es imposible que no lo supieran en Recursos Humanos. Si hasta pasó por una entrevista extra de alta dificultad, un examen psicológico y un polígrafo. También investigaron el repentino aumento en sus resultados. La empresa debió de haberlo contratado aun sabiendo todo lo que yo sé, y más.

¿Y si es la compañía quien está armando un complot, y no el Frente de Liberación? ¿Y si todos estos datos personales tan sospechosos no son más que un señuelo? ¿Manipulados por la empresa como trampa para el Frente? No puede ser. Es imposible que esa información no pasase por mí. Pero ¿y si es verdad? ¿Y si hay una conspiración entre los de arriba de la que no me he enterado? ¿Y si no soy más que algo desechable, como Damon Chu? ¿Qué me diferencia entonces de uno de esos espantapájaros? No tengo nacionalidad, ni amigos ni familia, y sí antecedentes criminales en tres países. Para colmo, hace dos años falleció el presidente Han, mi red de seguridad, y son muchos quienes buscan quedarse con mi puesto. Es muy probable que alguien dentro del grupo me vea como una mierda dejada por el antiguo presidente y quiera librarse de mí.

Después de dudar por un rato, salgo de mi apartamento. Fuera, admiro la ciudad de Patusan, como una cascada brillante fluyendo montaña abajo. El apartamento de Choi Kangwu queda a ciento cincuenta metros más arriba, y luego setecientos metros más allá.

Tomo la red de escaleras que conecta la ciudad entera y empiezo a subir.

Una vez allí, utilizo una llave maestra y entro. El apartamento parece la habitación vacía de un hotel; solo hay una televisión acoplada a una pared, una cama, un sofá, una mesita baja, un escritorio, una silla y un armario empotrado. Los únicos toques personales en ese espacio son una figura de cerámica de la Virgen y una foto de su familia sobre el escritorio. En ella aparece Choi Kangwu de niño, y deduzco que las otras dos personas son su padre y su hermana. A diferencia de él, atractivo pero con otras carencias, su hermana llevaba trazas de convertirse en una belleza tradicional de mayor. Movido por la curiosidad, busco fotos más recientes; tengo razón.

Me siento en la silla y recorro el apartamento vacío con la mirada. Cierro los ojos e imagino a Choi Kangwu durmiendo en este lugar, viendo la televisión y ocupándose de pequeñas tareas. Después pego la nariz a las pocas prendas que quedan en el armario, en las que noto rastros de olor corporal. Trato de comprender la existencia de este hombre que ha aparecido de repente en mi vida.

No puedo simplemente ignorarlo o dejar que se vaya de rositas. Tengo que descubrir qué está tramando como sea. Y rápido.

Las mariposas y el ascensor

—Dijo que se llamaba doctor Sekewael. Es lo único que recuerdo — dice Choi Kangwu.

Le agarro el brazo y se lo retuerzo a la espalda. Él se dobla y queda apoyado boca abajo sobre el escritorio. Su cara de preocupación parece real. Y si no lo era, entonces era una actuación exquisita, pero no había tenido tiempo de aprender a actuar así.

—Sus amigos lo llamaban Zach. Creo que Sekewael era su apellido. No conozco bien los nombres de los que viven por aquí.

—¿En qué dijo que trabajaba?

Mientras le pregunto, trato de mantener mi tono lo más calmado posible.

—Entomólogo. Luego me preguntó si me gustaban las mariposas.

—¿Y te gustan?

—¿El qué?

—Las mariposas.

—Sí, pero no las colecciono ni nada por el estilo. Puedo ver especímenes cuando quiera en los museos de historia natural. Me gustan las que están vivas. Soy un observador de mariposas. Hay setenta y cinco especies en Patusan, cuarenta y dos de ellas, endémicas. Cada vez que tengo tiempo, voy a verlas.

—Una afición algo inusual.

—Antes vivía en el campo. Además, no era muy extrovertido, así que no tenía muchos amigos. Me gustaba observar insectos, en especial las mariposas. Quería convertirme en entomólogo, pero no

podía permitírmelo. Mi familia era pobre, y yo tenía que ganar dinero rápido. Sin embargo, tampoco era buen estudiante. No me concentro bien en temas que no me interesan. Sé de muchas cosas, aunque sea solo por encima.

—Pero quedaste segundo en el examen.

—De repente tenía una motivación. Mi hermana estaba enferma. Además, el año que me apunté al examen, los requisitos jugaron a mi favor. Instauraron un criterio para elegir en función de las capacidades.

—¿Por qué elegiste esta empresa, donde tu padre tuvo el accidente?

—Podría decirse que quería probarme a mí mismo. También le conté esto al entrevistador.

Su rostro, antes radiante mientras hablaba de mariposas, se tornó sombrío. Una cara que no puede esconder sus preocupaciones. No es de las que gustan en el grupo LK. El día anterior fui a hablar con el jefe de la unidad en la que está, Ha Jeong-re, quien me dijo lo siguiente:

«Hace bien sus tareas. Es diligente y capta las cosas al vuelo en cuanto al trabajo se refiere. Pero no es sociable y no encaja con sus compañeros. A menudo arruina el ambiente soltando alguna tontería, con la mirada perdida. Tampoco trabaja bien en equipo. Hay quienes se preguntan para qué vendría hasta Patusan un tipo que debería haber teletrabajado desde su casa en Yeongwol y cuidar de su hermana enferma».

«¿Puede teletrabajar en su puesto?», le pregunté.

«No es eso, es solo que, con sus habilidades, no tendría problema en trabajar desde casa. Pero parece que tiene bastante ambición. Además, le gusta el ascensor espacial. Tiene bastantes conocimientos sobre el trabajo. Ah, y también le gustan las

mariposas. Las mariposas y el ascensor espacial. Gustándole estas dos cosas, supuse que estaría bien en Patusan, aunque sea un antisocial. Le costaría ascender en la empresa de esa forma, pero bueno.»

Carraspeo y enderezo la espalda. Vuelvo al ahora, dirigiéndome a Choi Kangwu:

—Ese tal doctor Zachary Sekewael es un espía del Frente de Liberación de Patusan. Por suerte, has actuado bien. No filtraste información confidencial de la empresa, ni...

—Tampoco es que sepa nada confidencial —me interrumpe sin miramientos.

—Lo importante es que ese supuesto doctor aún no sabe que ha sido descubierto. Es por eso por lo que supones un activo crucial para Asuntos Exteriores, Choi. ¿Hasta dónde estás dispuesto a colaborar por la compañía?

—Pero yo no puedo ser espía ni nada de eso. Se me dan fatal esas cosas. Me trabo al hablar y me cuesta encarar a los demás.

—No necesitamos que hagas una actuación de diez, y tampoco sería nada peligroso. Si nos ayudas, podríamos conseguir que trabajes en la unidad que más te guste. ¿Qué te parecería estar en un piso más alto? Trabajando ahí, podrías tomar el *spider* y visitar la estación espacial y el contrapeso. ¿Has ido alguna vez al espacio desde que llegaste aquí?

Me río por dentro al ver como su expresión se ilumina de repente. Tienes razón, amigo, serías un espía horrible.

Tras terminar el interrogatorio, le pregunto si le gusta la comida tailandesa, a lo que él asiente sin pensarlo. Entonces, junto a este técnico, este cebo fresco, nos sentamos en la mesa junto a la ventana que reservé hace dos días en el Siam Sunset, el restaurante

en el punto más alto de Patusan. Cuando hace buen tiempo, puede verse un tercio de Pala, así como el pico de la isla.

Mientras comemos, voy haciéndole hablar poco a poco. Solo le interesan tres temas: su hermana, las mariposas y el ascensor espacial. Entiendo los dos primeros, pero ¿por qué el ascensor? ¿Por qué escogería LK Space, la empresa más exigente de todo el conglomerado, y vendría a Patusan? ¿Acaso le interesaba ya de antes?

—¿Es porque usan el invento de tu padre? —le pregunto con cautela.

—Eso también, aunque no sé. Al principio sabía un poco de ese tema, pero nada más. También sabía que, cuando el ascensor esté terminado, pasarán todo tipo de cosas buenas, desde viajar al espacio hasta controlar el clima. Pero fue tras decidirme a entrar en LK Space cuando, de repente, me entró el interés por él. Como si abriese una puerta y entrase de golpe un mar al otro lado. Me gustaría usar una comparación mejor, pero no se me dan bien estas cosas.

—¿Y ahora?

—Me gusta tanto como las mariposas. Algunas veces, incluso más. También lo dije en la entrevista y a todos pareció gustarles. ¿Me escogerían por eso?

Con un poco de alcohol, van saliendo todo tipo de historias. Empezando por Konstantin Tsiolkovski y siguiendo con Mika Vettel, habla con tanta pasión de los incontables científicos e ingenieros involucrados en el ascensor espacial, la historia de Patusan, del LK y el radiante futuro que está por venir, que siento que he entrado por error en una de esas iglesias protestantes coreanas de las películas antiguas.

Sin embargo, hay algo que no encaja. No es raro que le gusten las mariposas y el ascensor espacial, pero al hablar de este último, Choi Kangwu se vuelve alguien diferente. Desaparece ese aire soñador y distraído que tiene cuando habla sobre insectos, y sale a la luz un hombre distinto; calculador, ordenado y autoritario. Cuando alza los brazos y critica la política del LK, es como si se le olvidase que está al servicio de los ingenieros de rangos superiores a él.

Cada vez me parece más raro todo. Su forma de hablar y su actitud me resultan familiares. Pero ¿por qué?

Cómo usar cebo humano

El nombre real del doctor Zachary Sekewael es Neberu O'Shaughnessy. Nacido en Pala, cuenta con otras dos nacionalidades más, en Irlanda y Sulaco. Debe llevar al menos tres carnés de identificación consigo, cada uno mostrando al menos dos nacionalidades. Cómo son las cosas; unos sin ninguna nacionalidad, y a otros les sobran.

No le interesan las mariposas, ni tampoco el ascensor espacial. O'Shaughnessy es un agente de campo de la empresa Green Fairy, con sede en Vientián. Solo con oír el nombre de la compañía, uno puede pensar que venden alcohol de primera calidad, pero en realidad se dedican a la seguridad. Al menos, es lo que se ve desde fuera. Bajo la superficie, se trata de una agencia de espías. Y aunque se especializan en esa industria del espionaje, no hacen distinción en cuanto a sus clientes. La razón por la que sé de ellos es porque, por una breve temporada, el LK fue uno de ellos. Ya no subcontratamos para estos temas, pero ocho años atrás, la cosa era diferente.

La situación en sí no había cambiado mucho, es solo que quedó revelado el nombre de una compañía contratada por el Frente de Liberación. No hay necesidad de involucrar a Choi Kangwu, ya que tanto O'Shaughnessy como el Frente han perdido hace tiempo el interés por este pobre. Si siguiera adelante con esto, sería puramente por mi propia curiosidad. ¿Verdad?

Pues no. Cuatro días después de mi entrevista con Choi Kangwu, me manda un mensaje. Al parecer, el doctor Sekewael había vuelto a Patusan y le invitaba a quedar al día siguiente. ¿Y ahora qué?

Ya habíamos calculado de antemano los próximos movimientos del Frente. Tras el ataque del Distrito de Gondal, habrían reorganizado la información sobre nosotros de la que disponen. También debían de haber supuesto que sabíamos acerca de la relación entre O'Shaughnessy y Choi Kangwu. El valor de este último, antes por los suelos, ahora está por las nubes, ya que sabemos que podemos utilizarlo para manipular a O'Shaughnessy. Las variables son infinitas. Por ejemplo, podemos contratar de nuevo a Green Fairy, justo delante de las narices del Frente. Quizá era ese su objetivo.

Dentro de esta turbia niebla de posibilidades, solo hay una cosa segura. Choi Kangwu debe aceptar esa invitación.

Preparo unos documentos oficiales y le mando llamar a Asuntos Exteriores. Todos en Patusan saben que este departamento es básicamente una agencia de espionaje con un nombre aburrido, y es tedioso tener que inventarme un motivo para llamar a un técnico novato como él, así que ni lo intento. Quiero reducir al máximo las complicaciones innecesarias, tanto por nosotros como por el Frente de Liberación. Cuando Choi Kangwu nos sigue afuera, alguien da unos golpecitos rítmicos en el escritorio al tiempo que silba una melodía familiar. Es la banda sonora de unas películas antiguas de espías que nadie ha visto, pero que todo el mundo conoce.

Luego, mi asistente Miriam Andretta le envía a Choi Kangwu la información, reducida a un cuarto de lo que solía ocupar. A medida que el complot se ha ido complicando con el tiempo, mi narrativa ha ido perdiendo fuerza. Sin embargo, la información que Choi Kangwu debe saber para esta misión no ha cambiado. Solo tiene que seguir nuestras órdenes con tranquilidad, sin sospechas inútiles.

Miriam le coloca un pequeño auricular en el oído y una pegatina con una cámara y un micrófono en la horrorosa camisa hawaiana. También existe una forma de conectarse directamente con el *worm* que la empresa le dio sin coste alguno, pero no es que haga falta recurrir al cerebro de otro para resolver este asunto. La única ventaja que tiene el implante es que la información visual que llega a través de él es más precisa. Y lo que es más importante, hay que mantener cierta distancia mental al trabajar con alguien tan inexperto.

Una vez está todo listo, Choi Kangwu sale del edificio, toma las escaleras mecánicas y desciende lentamente hacia la costa. Tanto Miriam como yo le seguimos manteniendo unos cien metros entre él y nosotros al tiempo que comprobamos de reojo de vez en cuando las dos pantallas en una esquina de nuestra visión, con las imágenes que llegan de la cámara en la pegatina y de la sede central. Las cámaras de vigilancia de la isla y los drones de seguridad aseguran la posición de ese tal Sekewael. Observo la cara de perfil de un hombre bajito con un sombrero de paja comprado en un puesto de playa, sentado en un banco y mirando las ruinas de la vieja ciudad.

Cuando llega Choi Kangwu, vemos de frente a Neberu O'Shaughnessy. Es el rostro de un estafador profesional, con un implante cosmético bajo la piel que le permite cambiar de apariencia en segundos siempre que lo necesite. Quizá hasta tenga también un set extra de huellas dactilares. No obstante, sabiendo ya su verdadera identidad, es fácil ver más allá de esa fachada.

Cada uno con un vaso de acero inoxidable con *diabolo menthe*, los dos hombres se ponen a hablar de mariposas. Al parecer, el doctor Sekewael ha regresado a la isla debido a un importante descubrimiento. Un pariente suyo ha fallecido hace poco, y la herencia incluye un diario del siglo XIX escrito en francés por un

marinero polaco y una colección de mariposas, entre las que hay un espécimen extinto en el siglo xx. No está en las mejores condiciones, pero es suficiente para extraer su ADN en el Museo de Historia Natural de Patusan y recrearla. ¿No es algo fascinante?

Todo mentira. El programa de reconocimiento facial revela que O'Shaughnessy está actuando, recitando esas frases de memoria. Mantiene la vista fija en el rostro de Choi Kangwu para poco después mirar a los lados. Sabe que le estamos observando. A veces, sus ojos se posan en la pegatina por unos instantes, pero es difícil saber si se ha dado cuenta de que hay una cámara ahí.

Entonces O'Shaughnessy se levanta, diciendo que le enseñará el espécimen, y Choi Kangwu le sigue. Revisando toda la información que me llega de golpe por las dos ventanas, voy tras ellos. Ahora que no puedo leer sus expresiones, solo puedo predecir lo que van a hacer por sus gestos. El programa de IA de Asuntos Exteriores me muestra las posibles rutas que pueden tomar. El mapa se abre y aparecen varias líneas amarillas hacia el hotel donde se hospeda O'Shaughnessy. No es el mismo en el que se ha quedado otras veces. No hay ninguna norma en contra de eso, pero hay que desconfiar de cualquier cambio. El número de líneas disminuye una a una. De las que quedan, ninguna es corta. Supongo que tiene pensado ver un poco más las ruinas y el mar. Bueno, puede ser.

De repente, una de las líneas amarillas sale directa hacia el mar. Al otro extremo de ella hay un hidroavión WIG sin tripulación.

Una vía de escape.

Me asaltan innumerables posibilidades que no se me habían ocurrido hasta ahora. Pensaba que O'Shaughnessy veía a Choi Kangwu como un peón nuestro. Que cada parte analizaría la próxima mano del otro, habría un poco de tira y afloja con el cebo humano

que le habíamos enviado y que nos lo devolvería. Una vía de escape no encaja en mis hipótesis.

Tal vez no es eso. A lo mejor la nave está esperando a algún viajero que ha desembarcado para dar un corto paseo por la playa. Pero ¿y si tengo razón? ¿Y si O'Shaughnessy tiene un as en la manga? ¿Un secuestro, quizá? No tiene ningún sentido, considerando las diferencias entre sus físicos y que sabe que los vigilamos. Además, no importa que suban al hidroavión, es imposible escapar de la policía de Patusan.

Cada vez van quedando menos líneas amarillas, mientras que la de la vía de escape se va haciendo más ancha. Ambos hombres caminan ya sobre el rompeolas desierto. Tengo que esperar, es lo más lógico. Esperar y tratar de entender las intenciones de O'Shaughnessy.

—¡Escapa, idiota!

Grito y corro hacia ellos. Al oírme, Miriam sale corriendo en la misma dirección, sin saber por qué. Choi Kangwu me oye también, se para en seco, da media vuelta y empieza a correr hacia mí. Pero O'Shaughnessy hace lo mismo. Lleva algo en la mano izquierda. Parece una tubería corta, pero sin duda es un arma letal. Por mucho que bloqueen la entrada de armas de fuego a la isla, no se puede frenar a todos los que usan impresoras 3D portátiles para crearlas.

Choi Kangwu tropieza con una piedra saliente y cae en una postura ridícula. El otro se sienta sobre él aplastándole el trasero y alza la tubería. En ese instante apunto a su hombro y disparo. Dos balas de cromo salen del cañón, impactándolo en ese mismo punto y en el pecho. O'Shaughnessy convulsiona y cae inconsciente, mientras que la tubería cae de su mano y rueda hacia el mar.

En ese momento, Choi Kangwu se levanta entre tambaleos. Con una expresión de conmoción ante esa violencia tan repentina, se le

cae la baba por la comisura izquierda de la boca.

El mar se ilumina con una explosión. El hidroavión WIG al final de la línea amarilla ha volado por los aires. Al mismo tiempo, O'Shaughnessy chilla. Su alarido se prolonga por cinco segundos, para terminar de una forma tan abrupta como ha empezado. De repente, su ojo izquierdo se enrojece y brota la sangre.

Algo ha explotado dentro de su cerebro.

Una primera inspección

—Es un extractor de formas.

Alzo el objeto que saqué del bolsillo de O'Shaughnessy, una herramienta larga y metálica. La agito ante las tres personas que me observan desde la pantalla.

—También hemos recuperado la tubería que cayó al mar —continúo—. Era una pistola eléctrica, con dos balas. Chapucera, pero funcional. Supongo que, si lo que tenía pensado era apretarla contra el cuerpo de su oponente y disparar, no tenía por qué prestar demasiada atención al diseño. Diez segundos para tumbar a Choi Kangwu con ella, más otros diez segundos para extraer el *worm* con esta herramienta. Veinte segundos. Nuestro equipo no subió al rompeolas para no ser detectado. Si hubiese logrado su objetivo en menos de treinta segundos, podría haber salido corriendo y llegar hasta el hidroavión. No habría podido huir en esa nave, claro, pero probablemente habría usado algo a bordo para hacer llegar el *worm* extraído a Pala. Bueno, a Pala o cualquier otro sitio.

—¿Es posible hacer eso en veinte segundos?

Ante la pregunta de Ross Lee, aprieto el botón del extractor. Una serpiente metálica con cabeza en forma de punta de flecha se asoma del interior de la herramienta, da un par de bocados al aire y vuelve a entrar.

—Veinte segundos es más que suficiente. Bastaría con cinco para que se clavara en el ojo izquierdo. Miriam ha hecho antes una prueba.

—Pero ¿por qué harían todo eso? Se supone que ese tipo solo es un recadero, un empleado cualquiera.

—Así es. Tras revisar su *worm*, hemos comprobado que no hay ningún dato que pudiera interesarles al Frente ni a nadie más. También se comprobó si tenía un segundo implante, pero solo había uno. No sé con qué información estaría trabajando O'Shaughnessy para actuar así, pero era incorrecta. El problema está en que no sabemos por qué habría recibido algo así. En mi opinión, es muy posible que hubiese supuesto que Choi Kangwu le guarda rencor a la empresa por el accidente de su padre. Pero hay una gran diferencia entre eso y pensar que guardaba algo de información útil en su *worm*.

—¿No existe la posibilidad de que este empleado sea un espía contratado por un tercero? —interviene Han Suhyeon.

—Se le sometió a unas pruebas muy complicadas antes de entrar en la compañía, debido a la situación respecto a su padre. Le resultaría extremadamente difícil a un espía pasar dichas pruebas, aunque no imposible. Pero, aunque lo fuera, ¿tuvo siquiera Choi Kangwu la oportunidad de robar datos imprescindibles? La respuesta es no. Tampoco tuvo oportunidad de ser entrenado como espía antes de ser contratado. A no ser que le clonasen y dieran el cambiazco en el momento oportuno, como en las series. ¿Que si hemos comprobado eso también? Puedo averiguarlo, si tienen tanta curiosidad. Dadas las circunstancias, puedo hacer lo que sea. Excepto matarlo.

—¿Por qué habrían encargado a ese tal Sekewael, u O'Shaughnessy o como sea, esa misión? No tenía realmente posibilidad de escapar —pregunta Nia Abbas.

Aunque le aburre el tema, parece que no quiere quedarse atrás entre los otros dos hombres.

—Creemos que fue manipulado a través de su *worm*. Esto ya no es solo ciencia ficción. Por supuesto, es difícil solo con el implante. También tendría que haber pasado por un proceso de manipulación psicológica. De esa forma, solo pulsar un botón desde el *worm* podría poner en marcha un programa preparado de antemano. Eso es todo lo que sé. Es posible que las funciones de estos implantes hayan mejorado, pero tampoco suponen una diferencia tan grande. En otras palabras, la bomba colocada en el cerebro de O'Shaughnessy iba a estallar de todos modos, lograrse su objetivo o no.

»Aún nos queda la cuestión de si fue asesinado por el Frente de Liberación o por otra persona o grupo. Yo apuesto por lo segundo. Viendo la reacción que tuvo el Frente, parece que no habían previsto esto. Tal vez mandaron a O'Shaughnessy a hacer una misión distinta, y él se volvió loco de repente. En todo caso, ese grupo no es más que una herramienta utilizada por muchas partes interesadas. Podrían cometer cualquier locura y no resultaría extraño. Es solo que esta vez alguien ha decidido actuar sin hablarlo antes con el Frente.

»¿Nuestro siguiente plan? Primero, intentar negociar con los de Green Fairy. Ellos también han perdido a uno de los suyos, así que seguro que no están de humor. Existe también la posibilidad de que ellos mismos estén detrás de esto, pero no creo que sea el caso. Hasta donde yo sé, no es un sitio que se deshaga así de sus fieles trabajadores. Creo que, si ponemos a más gente investigando sobre los últimos movimientos de O'Shaughnessy, encontraremos algo.

»En cuanto a Choi Kangwu, nos dio su consentimiento para instalar un dispositivo de vigilancia tanto en su implante como en su móvil. Ahora podemos saber dónde se encuentra en todo momento, y no podrá contactar con nadie de fuera sin que nos enteremos. A

fin de cuentas, tampoco tiene a nadie con quien hablar aparte de su hermana en Yeongwol.

Después de añadir algunas otras frases intrascendentes, las tres personas desaparecen de la pantalla. Ahora se ve un cuadro horroroso y enorme del parque Yellowstone antes de la Gran Explosión. Daña mi sensibilidad artística cada vez que lo veo, pero nunca lo cambio. Necesito el estímulo de algo desagradable.

Me hundo en el sofá y miro a mi alrededor. Papel de pared beis, una ventana a través de la cual se ve el mar entre los árboles, la puerta de la entrada, el armario y el baño, la puerta marrón que conecta el dormitorio con el salón. Una escena que no ha cambiado en los últimos siete años. Un lugar donde el tiempo no se acumula. A no ser que ocurra algo especial, seguirá igual dentro de otros siete años.

Compruebo la ubicación de Choi Kangwu. Ha salido del hospital y se dirige a su apartamento. Es más pequeño que el mío, aunque no muy diferente. Aunque ahora alberga un nuevo objeto desde que me colé allí. La figura de un huevo tallada en madera, con cuerpos desnudos enrollándose a su alrededor como serpientes. Con un tamaño de doce centímetros, ese objeto tan lascivo está colocado sobre el cabecero de la cama. Lo único que ese tipo se había llevado del contenedor de Damon Chu había sido ese huevo y ocho mil dólares en efectivo. No sé si podría considerarse un robo. Es más como si hubiera puesto a prueba su propia fuerza.

No sé qué pensar. Da igual cómo se mire, Choi Kangwu no es más que un simplón. Habla y piensa de forma simple, y no oculta nada. Solo hay que ver con qué facilidad pasó la prueba del polígrafo de Recursos Humanos. En circunstancias normales, no llegaría a tener nada que ver conmigo. Pero de repente, ese simplón entra en LK Space como segundo en el escalafón y está enredando con un

secreto que solo conocíamos el presidente Han y yo. ¿Y si quien contrató a ese doctor falso de Sekewael también lo sabe? Aunque pase desapercibida a ojos de la mayoría, la niebla de anomalías que envuelve a este hombre no puede escapar del reconocimiento de patrones de la IA.

«Es un fantasma», pienso. Algo le está poseyendo. Pero si no está dentro de su *worm*, ¿entonces dónde?

Una cita con la bruja verde

Hubo un tiempo en el que Pala era conocida como el «retrete de Patusan». Teniendo en cuenta cómo lidiaban con la basura y los residuos que salían de allí antes de imponer su propio sistema, ese mote era bastante adecuado. Pero, por esa misma época, Pala producía el treinta por ciento de los alimentos consumidos por Patusan, y ahora había subido a un cincuenta. Con esto, uno pensaría que ya es hora de inventarse un mote mejor, pero eso no tendría gracia. Y si Pala ya no aceptaba residuos de Patusan, pues era Pala y ya está.

Observo la ciudad desde la suite del vigésimo primer piso del hotel Fairmont. Fábricas que producen arroz y verduras, frutas, salmón, bacalao, proteína en polvo y más productos estaban colocadas como en un tablero de go, con una central de fusión nuclear en el centro. La costa norte de la isla, con los edificios del Gobierno y áreas residenciales, así como la costa este, habitada en general por los nativos de Patusan, no se ven desde este punto. De hecho, por distancia, Patusan está más cerca incluso que la propia costa norte de Pala.

Sentada con la espalda muy recta en una pequeña silla de madera frente al escritorio, Graskamp, de rostro alargado como los modelos de Modigliani y con expresión apenada, está leyendo los archivos policiales sobre O'Shaughnessy. Apodada por la gente de esta industria como «la bruja verde», la vicepresidenta de Green Fairy está al cargo de casi todo en la empresa, a excepción de la labor

oficial de esta, la seguridad. Eso significa que es responsable, directa e indirectamente, de todas las muertes y desapariciones sospechosas relacionadas con la compañía. Sin embargo, a nadie le interesa saber quién muere o desaparece a manos de Green Fairy, y buscar las conexiones entre estos incidentes y la empresa es una tarea tanto tediosa como complicada.

Esta mañana, Green había entregado una declaración impecable a la policía de Patusan: «O'Shaughnessy llevaba ya varios meses en una misión de protección de ciertos agentes afiliados al Frente de Liberación de Patusan. No importa lo que ustedes piensen, ellos también cumplen los requisitos para recibir protección. En cuanto a por qué O'Shaughnessy estaría trabajando como espía para el Frente, tampoco lo sabemos. No tenemos nada que ver con eso, hace mucho que cortamos el contacto con ellos». La policía no se lo habría creído todo, claro, pero la historia era perfecta hasta el más mínimo detalle. Escucho a mi espalda la calmada voz de barítono de la bruja verde.

—Nosotros no matamos a O'Shaughnessy. No importa si se lo creen o no, pero es la verdad, Mac. No tratamos así a nuestros empleados. Además, deshacerse de esa forma de alguien tan capaz como O'Shaughnessy es una lástima. Trabajaba bien, sí, pero ¿sabes todo lo que invertí en su cuerpo y su cerebro? Su última intervención fue hace casi una semana. Pensamos sacar todo lo que se pueda aprovechar antes de que empiece a descomponerse, pero nuestras pérdidas no han sido pequeñas que digamos.

—¿Y si alguien manipuló algo durante esa última operación? —le pregunto.

—¿Te crees que seríamos tan descuidados en algo tan importante como la modificación de un agente de campo? Además, no es algo que podría haberse hecho simplemente hackeando el *worm*. Está

claro que el plan llevaba en marcha desde hace un año, como mínimo. No serán los más trabajadores, pero esos tipos seguro que tienen mucho tiempo y dinero.

—¿Y dices que no pudo ser el Frente de Liberación?

—Vamos, no pensarás eso tú también, ¿no? Esto no encaja en la historia de nadie. Tiene que haber sido alguien desconocido para Green Fairy. ¿De veras no sabes nada? ¿Es ese empleado vuestro tal y como se describe aquí?

—Así es.

Graskamp entorna los ojos y me señala con el índice huesudo de su mano derecha raquítica.

—Todo esto me huele raro, Mac. Está pasando algo. No creas que vamos a frenar aquí nuestra curiosidad, queremos saber. Y no creo que nosotros dos seamos los únicos a los que les da mala espina esto. Si quieres seguir protegiendo a ese amiguito tuyo, más te vale elegir un bando pronto.

—Si existe la milésima posibilidad de que ese amiguito sea realmente importante y te pido ayuda, ¿vendrás? —vuelvo a preguntar con cautela.

—Quién sabe. Ahora mismo, lo veo difícil. Además, si te doy algo, debería recibir yo también algo de vuelta. Y lo único que nos sirve es información. ¿Puedes darnos eso?

Guardo silencio. Como si ya se esperase mi reacción, Graskamp sonríe, se levanta, abre la puerta y me hace salir de la sala. Bajo la mirada de los dos escoltas del pasillo, camino hacia el ascensor.

Una vez fuera del hotel, me dirijo al muelle. Se está poniendo el sol. Unos muchachos delgados, con pinta de tener unos quince años, están pescando en un bote hecho con bloques multiusos. Seguro que son nativos de Patusan, quienes viven casi todos en la costa oeste. Después de que Pala se convirtiera en la fábrica de

alimentos de Patusan, los pocos pescadores que quedaban cambiaron de empleo, o bien se trasladaron hasta Taprobana, aún más lejos que Tamoe. Todos los que atrapan peces para comer en esas aguas son nativos de Patusan. Un tercio de ellos aún no se han integrado al sistema de Pala. Incluso utilizan su propia electricidad, extraída de siete generadores undimotriz cuyos cables se estiran hacia el interior del mar como tentáculos de calamar.

A pesar de que la mayoría de ellos estaban relacionados de una forma u otra con el Frente de Liberación, es difícil afirmar con seguridad que simpaticen con ellos. Desde un principio, el Frente es una organización que no existe de forma tangible. Sin sede, sin objetivos comunes y con una excesiva intervención externa. Los pueblos aislados de Patusan en Pala no tienen relación con su origen. Lo único que mantiene unido a ese grupo no es la avaricia, ni tampoco un patriotismo ambiguo, sino la obstinación y el romanticismo. Son un puñado de excéntricos imprudentes que, aún en un mundo completamente cambiado tras la Gran Explosión, afirman que se puede vivir de forma autónoma sin ayuda del sistema de las grandes empresas. Y no son el primer grupo de este tipo que se reúne en Pala.

El presidente Han despreciaba el planteamiento de esa gente. Incluso antes de la Gran Explosión, vivir en armonía con la naturaleza era ya una fantasía sin sentido. En la naturaleza, el humano solo es destructivo. Lo mejor que puede hacer por ella es aislarse de la misma. En su juventud, el presidente Han se obsesionó con la realización de una arcología perfecta. Más tarde, mientras avanzaba en el desarrollo de LK Space, sus obsesiones se centraron en los *skyhooks* y el ascensor espacial, pero eso no significa que sus intereses de antaño hubieran desaparecido. La ciudad de Patusan, que caía desde lo alto de la montaña como una cascada, era en sí

un único edificio de enormes dimensiones que, en caso de quedar aislado, en teoría podía subsistir en una perfecta arcología. Solo habíamos decidido traspasar algunas funciones a Pala por motivos políticos.

Y durante los últimos años de vida del presidente Han, dimos lo mejor de nosotros para cuidar de la mayoría de los habitantes de Patusan en Pala. Darles una compensación monetaria directamente era algo impensable, aunque sí podíamos ofrecerles trabajo en la fábrica de Pala y convertirnos en un patrocinador anónimo que donase generadores de energía undimotriz. Por ese entonces, creíamos que, con tenerlos contentos, el negocio podría seguir avanzando sin problemas. Pero ahora no estoy tan seguro. A medida que perdía las bases de lo que es la humanidad en este mundo moderno, el Frente de Liberación se había convertido en algo impredecible y radical. No teníamos manera de desmantelarlo de forma segura. Lo único que podíamos hacer era reconocer que, como grupo, no eran tan fáciles de controlar como pensábamos.

Me subo al ferri que sale dentro de cinco minutos. Todos esos barcos que conectan Pala con Patusan se mueven siguiendo los raíles de inducción extendidos bajo el mar, son básicamente trenes flotantes. Varios pasajeros observan desde cubierta cómo el sol desaparece tras la isla de Pala.

La bruja verde tiene razón. Ya no puedo ignorar más el hecho de que Choi Kangwu es un tipo extraño. Pronto, las grandes potencias que vigilan Patusan olerán la sangre y acudirán en masa como moscas. Quienes piensan que Choi Kangwu oculta algún secreto acelerarán el ritmo. ¿Podrá ese simplón sobrevivir en medio de toda esa vorágine?

¿Podré sobrevivir yo?

Siempre has pensado así.
Aunque yo te dijese lo contrario

Choi Kangwu y yo estamos sentados en una oficina que he alquilado para Asuntos Exteriores. Miriam, que estaba con nosotros hasta hace nada, ha salido a dar un golpe con la Unidad de Seguridad. En otras circunstancias es una persona fría y astuta, pero cuando se enreda con Rex Tamaki, la cosa cambia. Tras haber sido pareja durante un año, y haber pasado otros dos como enemigos, está segura de que ese tipo le oculta información solo para molestarla. No sé si será cierto o no. No es que Rex todavía sienta algo por Miriam; más bien disfruta al atormentar a quienes creían en él.

Quitando una mesa y cinco sillas, no hay nada en la sala. Desde la ventana se ve el mar y los árboles, como pasa con casi todas las ventanas de Patusan. La única diferencia es la altitud.

En cuanto a Choi Kangwu, tiene buen aspecto a pesar de haberse hecho una fractura en la muñeca al caerse la otra vez. Teniendo en cuenta lo que pasó, es normal que tenga esa cara de espanto y que no deje de agitar la pierna izquierda con nerviosismo.

—Aquella mariposa era real —suelta de repente.

—¿Cómo?

—Lo del diario y la colección de ese marinero polaco. Contacté a la policía por si acaso y me dijeron que estaban de verdad en el hotel. Mandé todo a la gente del museo. Si se solucionan los problemas legales, creo que las mariposas acabarán allí. O eso me han dicho.

Asiento sin darle demasiadas vueltas a eso. Me da igual dónde acabe el ADN de una mariposa extinguida. Lo que sí me impresiona es la diligencia de ese tipo, ya muerto. Usar una colección real de lepidópteros solo para mentir por unos minutos. Aunque ¿y si no todo era mentira? ¿Y si mientras pretendía ser Sekewael, un interés por las mariposas había terminado naciendo dentro de O'Shaughnessy? ¿Y si había algo más detrás de la relación entre estos dos hombres, unidos por dichos insectos?

La pierna izquierda de Choi Kangwu deja de temblar. Tras pasar un rato mirando sus manos, colocadas con comodidad sobre la mesa, de repente abre la boca:

—Esto... ¿De veras podría ir hasta el piso superior?

¿Cómo tengo que responder a eso? La verdad es que sí que tenía pensado enviarlo allí. Pretendía presentarlo como alguien más útil y capaz de lo que parece, y seguirle el juego al Frente de Liberación. Sin embargo, con O'Shaughnessy volviéndose loco y rebelándose, mi plan se ha ido al garete. Choi Kangwu sigue siendo un activo importante para mí, pero cumplir la promesa que le hice es ya otro tema aparte.

No hay razón por la que no pueda hacerlo. Desde allí se puede ver de cerca el cable y los *spiders*, así como sentirse más cerca del espacio, pero eso no significa que todo lo importante pase ahí arriba. Lo que al final tiene más peso es el simbolismo en esas palabras y la altitud. Tomando prestada una expresión coreana, todo es cuestión más bien del «ánimo» que tenga uno. Podía inventarme infinidad de razones por las que mandar allí arriba en ascensor a un empleado de bajo rango como Choi Kangwu.

Lo valioso en sí es la isla. Al principio, las islas situadas en el ecuador no parecían importantes. Bastaría con instalar una plataforma de apoyo en el fondo del mar en aguas internacionales y

conectar los cables, sin necesidad de una toma de tierra. Pero la ambición de LK Space era demasiado grande. El presidente Han ansiaba el crecimiento del ascensor espacial. Quería más cables y *spiders*, quería fábricas donde construirlos e infraestructuras de apoyo. Necesitaba una isla, y justo dio la casualidad de que había un resort vacacional abandonado justo donde le hacía falta.

—Nuestra operación terminó —respondo con calma—. No esperaba que lo hiciera de esta forma, pero así han sido las cosas. Ahora mismo, no hay nada que un empleado como tú pueda hacer. No obstante, ya que intentaron asesinarte, no puedo simplemente dejarte ir sin más. Mientras tratamos de averiguar qué ha ocurrido, estarás bajo nuestra protección. Ya hablaremos del tema del piso superior cuando esto se solucione, por supuesto. Si realmente lo quieres, se puede hacer. Hay hueco para ti. ¿Tantas ganas tienes de ir allí?

Él asiente.

—¿Incluso si no te hubiéramos animado a ello nosotros primero?

—El piso superior era mi objetivo desde un principio. Aunque usted no me hubiera ayudado, habría solicitado trabajo allí.

—¿No te basta con subir y visitar el lugar sin tener que trabajar?

—Solo eso no es suficiente. Allí suceden cosas increíbles.

Continúa con una alabanza sorprendentemente larga y fluida sobre el piso superior. Una gran cantidad de términos técnicos bailan, saltan y corren. Visiones tecnológicas, imágenes espléndidas dibujadas con palabras. No entiendo la mitad de lo que dice, y tampoco me siento convencido, pero sí me impresionan su fervor y su elocuencia, especialmente porque no encajan para nada con la idea que me había hecho sobre él. Su pasión por el ascensor espacial y el piso superior es diferente a la que siente por las

mariposas, calmada y estable. Esta otra es artificial, perfecta y obsesiva. Y, sobre todo, utiliza un vocabulario muy rico.

En pocas palabras, este no es Choi Kangwu. Sea lo que sea, es algo que no existía hace unos años. Hay algo diferente y desconocido oculto en la mente de este amante de las mariposas que tengo sentado delante. Ese algo que le llevó a entrar en LK Space. Ese algo que los mismos que controlaban a Sekewael —u O'Shaughnessy— creían que se había metido en el *worm* de Choi Kangwu, aunque no fuera así.

Le invito de nuevo a comer algo, esta vez en dirección contraria. Bajamos de la ciudad y nos dirigimos al barrio antiguo, donde el pueblo de los nativos se extiende en forma de luna creciente. Es el mundo de la «comida de verdad», donde la nariz es asaltada por el olor a peces muertos, especias fuertes y sudor humano. Arrancamos a mordiscos la carne enterrada entre las escamas del pescado medio quemado y bebemos cerveza. Cuando dos polillas revolotean sobre la bombilla amarillenta, el entomólogo que Choi Kangwu lleva dentro vuelve a despertar. Con total naturalidad, comienza a darme una lección sobre lepidópteros. Es una persona completamente distinta al hombre exaltado de antes. Tímido, lento, perezoso, lánguido y normalucho. Es difícil justificar esta diferencia tan grande con la excusa de la cerveza casera calentando su sangre.

Salimos del restaurante, conmigo sujetando a este hombre derrotado por el alcohol. Pienso en pedir un taxi cápsula, pero decido que es mejor caminar.

Alzamos la vista y observamos la ciudad brillante sobre las ruinas abandonadas. Entre el mar teñido por el plancton luminoso y la perfecta luna llena, la escena que tenemos delante es demasiado hermosa, casi superficial.

Una melodía de clavecín resuena por los altavoces que hay en alguna parte del pueblo. Todo lo importante en Patusan tiene un breve tema musical compuesto por Fátima Velasco. Esas canciones, constantemente alteradas y desarrolladas por la IA, se extienden por la isla y alrededores como olas. Cuando uno se acostumbra, puede saber lo que está pasando solo con la música que suena a través del *worm* o los altavoces. De la misma forma que un entusiasta de la música con formación puede seguir la historia de una ópera de Wagner sin saber alemán.

La melodía que suena ahora resulta familiar incluso para los recién llegados a la isla. Es el tema musical de los *spiders*. El mismo ascensor que cinco días atrás subía con los cuatro pasajeros del *Holst*, la nave con destino a Júpiter fabricada por la empresa de desarrollo espacial de Andréi Kostomárov, ALYSSA, ahora regresa cargado con muestras de asteroides. Una estrella naranja y brillante, un *spider*, desciende parpadeando entre los dos rayos láser que salen de la cima de la montaña.

Contempla los resultados de quince años de trabajo. Al principio, un robot del tamaño de una mochila tardaba unos veinticinco días en llegar al espacio, subiendo agarrado a uno de esos hilos de araña que bajaban de la estratosfera. Y ahora basta con un par de días. Incluso sin tener todavía cosas como los motores lineales que se imaginaban los antiguos escritores de ciencia ficción. Al tratar de seguir los objetivos propuestos por la gente del pasado, es normal que terminen surgiendo tecnologías más fáciles y cómodas. A medida que los sistemas de IA empezaron a intervenir en los trabajos creativos, la velocidad y la variedad de estos cambios dio un salto exponencial. Ya lo decía el presidente Han: en un futuro, el papel del ser humano no será más que el de un refuerzo para la civilización de las máquinas que vendrá.

En ese momento oigo a Choi Kangwu mascullar algo, trabándose con su pesada lengua.

—¿Qué has dicho? —pregunto.

Sonriendo con cara de tonto, me repite lo que acaba de decir:

—Siempre has pensado así. Aunque yo te dijese lo contrario.

Las débiles huellas de un fantasma

«Siempre has pensado así. Aunque yo te dijese lo contrario.»

Recuerdo esta frase. No porque tuviera un significado importante, sino todo lo contrario. Porque no lo tiene. O al menos, no que yo recuerde.

A día de hoy, sigo sin acordarme de en qué contexto salió. Lo único que tengo en mi mente es el rostro del presidente Han Jeonghyeok, riéndose como un loco al ver mi expresión confusa. Cuando le pregunté qué quería decir con eso, él solo repitió la misma frase y soltó otra carcajada, sin dar explicaciones. Por más que me fastidiara ser el hazmerreír sin saber siquiera por qué, no estaba en posición de decirle nada al jefe del grupo LK.

Esto fue hace diez años. Por ese entonces, lo poco que había aprendido de coreano a través del *worm* era regular. Cada vez que lo hablaba, notaba esa extraña sensación de una capa de mi personalidad despegándose de la superficie. Me pasaba lo mismo con otros idiomas que aprendí con métodos distintos, pero estos efectos secundarios eran especialmente potentes para quienes aprendieron con el implante.

Otro problema de la función de enseñanza de idiomas del *worm* era que «creaba fantasmas». Una presencia que aparecía de forma oscilante en el borde de la visión, cruzando las líneas divisorias entre varias lenguas y murmurando oraciones raras. Tras el funeral del presidente Han, ese fantasma me empezó a hablar con su voz.

Y cuando Choi Kangwu dijo esa misma frase, la oí con la voz de ambos: la del tipo que tenía delante y la del espectro que se sobreponía al ritmo de la frase con precisión. Pensé que quizá no había oído bien. Que solo había sido la voz del fantasma. Pero no. La voz que había salido de la boca de Choi Kangwu no era otra que la suya propia. Estaba recitando las mismas palabras del presidente Han.

Me pregunté si sería alguna especie de clave. No lo era. No parecía que estuviera pensando en el gran significado de lo que acababa de decir. Ahora que tenía la mente nublada por el alcohol, ese algo oculto en su cerebro aprovechaba para salir a la superficie.

Algo. Algo que contenía los recuerdos de Han Jeonghyeok.

Tras acompañarle hasta su apartamento, me ve observar sus fotos familiares y aquel huevo de madera lascivo como si tuviera la mente en blanco. Entonces se despide sin fuerzas y se dirige al baño. Veo cómo su figura se aleja antes de marcharme.

Montado en las escaleras mecánicas, me sumerjo en mis pensamientos. Ordeno las piezas en mi cabeza y las encajo una a una. Algo tuvo que ocurrir hace unos años para que un tipo vago como él, sin ningún otro interés ni afición aparte de las mariposas, se convirtiera en un fanático del ascensor espacial y entrase en LK Space en el segundo puesto del escalafón. Y no solo aprobó el examen, sino también las entrevistas que tuvo que pasar por levantar sospechas.

La respuesta más sencilla y simple era que le habían implantado un *worm* con todas las memorias del presidente Han Jeonghyeok en su cabeza. Aunque el único implante que tenía era el que le había dado la empresa, que no contenía nada especial. Y es imposible que las memorias y la consciencia del difunto presidente, así como los muchos complots en los que se enredan, fueran tan fáciles de

encontrar. Pongamos que ese algo es más astuto de lo que esperamos y logró pasar revisión. Ya pensaré luego en el cómo.

¿Cómo pueden seguir por aquí los recuerdos del difunto presidente? Hasta donde yo sé, en su cerebro había al menos cuatro implantes, dos de ellos usados como tratamiento para el alzhéimer. Ya había otros métodos mucho más sencillos para tratar esa enfermedad, pero él veía el *worm* como un nuevo desafío tecnológico. Para cuando falleció, su mente estaba mucho más extendida por la red que la de una persona normal. Y no me refiero simplemente a poder elegir recuerdos y almacenarlos en la nube.

Tras su fallecimiento, a excepción de algunos datos seleccionados mientras seguía con vida, la mayoría de sus memorias se eliminaron de acuerdo con la política de privacidad. O, al menos, eso creíamos. Él mismo fue quien dio la orden, y el Han Jeonghyeok que conocíamos nunca fue una persona que se echase atrás. Sin embargo, nuestra confianza no era más que el abandono de toda lógica. No nos interesaban los datos personales que el presidente hubiese dejado en el mundo. Los que eran cruciales ya habían sido transmitidos a la compañía por la IA. Incluso ahora, el grupo LK marchaba impulsado por las ambiciones de un muerto. Ni Ross Lee ni Han Suhyeon podían detenerlo. Dicho esto, ¿para qué íbamos a preocuparnos de si esos hipotéticos recuerdos personales de Han Jeonghyeok existían o no? ¿Por qué deberíamos sospechar acerca de la posibilidad de que nunca hubieran desaparecido?

En fin, no sabemos nada del presidente. Su imagen es tan abrumadora que no podemos imaginarnos con naturalidad a un Han Jeonghyeok que se salga de ella. Pero todos tenemos nuestros secretos. Cosas que solo uno puede saber. Tal vez haya algo más que el presidente quiso dejar aquí, incluso después de morir. Algo que a lo mejor es más importante de lo que pensamos y que podría

estar en la cabeza de Choi Kangwu. Y es posible que alguien al tanto de esto ande detrás de él.

Entonces, ¿habría sido una simple coincidencia que hubiese soltado esa misma frase que solo yo recuerdo? ¿Sería casualidad también que yo sea la única persona en la empresa con un interés personal por él? ¿O que le salvase la vida?

Me tomo un momento para pensar en mi posición actual. Desde fuera, no soy más que un mercenario contratado por el propio presidente Han. Es cierto que dejó cierto sistema de seguridad preparado para mí antes de morir, pero eso no va a durar mucho tampoco. En cuanto alguien descubra mi nombre real, mi nacionalidad o mi rostro antes de la cirugía, se acabó el juego. Y puede que Ross Lee no tenga mucho interés en mi identidad, pero Han Suhyeon es otro cantar.

Si lo que hay dentro del cerebro de Choi Kangwu es de veras una parte del presidente Han, podría convertirse en mi cuerda salvavidas. Aunque este tipo es completamente ajeno a los planes oficiales de la empresa, podría suponer una herramienta muy útil para algún asunto importante, en el que tal vez se incluya proteger a la gente de Han Jeonghyeok.

Ya de vuelta en mi apartamento, reviso de nuevo la información sobre Choi Kangwu. Miriam ya lo hizo una vez, y no encontró nada. Pero eso fue antes de saber que debía centrarme en buscar algo en concreto. Ahora sé con qué patrón y ruta tengo que dar. Examino su trayectoria hasta ahora y vuelvo a sacar sus correos electrónicos y mensajes privados.

Al rato, la IA de seguimiento abre un mensaje *spam*, borrado hace dos años, con siete estrellas amarillas pegadas junto al título.

«¿Quiere entrar en el grupo LK, el grupo Chaeseong, Sistemas TG o Pinto Space? Protección garantizada, “casi” legal. ¡Supera tu propio

destino por el mejor precio!»

Casi legal. Suelto una risa. Un cebo muy obvio, pero efectivo. Lo sé porque yo mismo lo he usado antes. Además, estoy casi seguro de que Choi Kangwu picó. Hay rastro de que hizo clic en el enlace adjunto. Es muy posible. Es una trampa en la que fácilmente caería un vago sin planes de futuro, que se apuntaba a LK Space por costumbre. No tenía nada que perder de todas formas, así que ¿por qué no?

¿Habría caído alguien más en ese timo? Busco sobre el tema y veo que se trata de un caso ya resuelto, con dos detenidos. Los estafadores eran más decentes de lo que pensaba. En vez de largarse con el dinero, su plan era realizar prácticas ilegales, implantando biorrobots a sus clientes. Fabricados por ellos mismos, estos podían vivir como parásitos en el cerebro durante dos semanas y no aparecían en los escáneres normales. Ambos detenidos eran técnicos contratados y luego despedidos por LK Robótica, y tras decretarse la suspensión de su pena, volvieron a ser empleados por dicha empresa. No es tan raro como podría uno pensar. De hecho, era frecuente que el grupo LK contratase a estos criminales para proteger la información confidencial de la compañía. Ahora mismo, esos dos tipos estarán recibiendo un buen salario y divirtiéndose fabricando juguetitos en algún centro de investigación donde nadie los detenga. Me dan envidia, aunque no sepa qué están haciendo.

Compruebo las fotos de las víctimas de estos estafadores. Son doce personas, todas de edades similares a la de Choi Kangwu. Hombres jóvenes, atractivos, con un aire de irresponsabilidad innata en su expresión y cara de no parecer muy listos.

Así es. Todos son hombres.

El cuadro de mariposas desaparecido

—¿Conoces la película *Con la muerte en los talones*?

—Me suena el título. ¿Es vieja? —me responde Choi Kangwu.

—Claro, es una película del siglo xx, de Alfred Hitchcock. Tampoco es raro que no la conozcas. En ella, el protagonista, Roger O. Thornhill, es confundido en un hotel por otro hombre llamado George Kaplan y casi lo liquidan. Más tarde le acusan de ser un asesino. Por eso Thornhill empieza a perseguir a Kaplan, y al final resulta que ese tipo no es más que un personaje falso, creado por el servicio de inteligencia estadounidense. Con nombre y cargo, pero sin un cuerpo físico.

—¿Y qué tiene que ver?

—Pues que este tipo es nuestro propio George Kaplan.

Abro la puerta del apartamento.

Llevaba cuatro años vacío, pero con el robot de limpieza realizando su tarea dos veces por semana, está bastante limpio. La sala está desordenada lo justo, y en el aire flota un leve olor a hombre soltero gracias al ambientador creado por los científicos de la empresa.

Choi Kangwu me mira con expresión aburrida. No necesito recurrir al *worm* para confirmar que no es más que una fachada. Los músculos de su cara están tensos y le tiemblan los párpados. Un rostro que dice la verdad, incluso al mentir.

—El dueño de esta casa es Damon Chu. En papel, suena más real que yo. Tiene nacionalidad y hasta un registro genético. Pero no un

cuerpo físico. Es alguien que puede autodestruirse en cualquier momento por el bien de la compañía y desaparecer. Por supuesto, nadie puede entrar aquí. No debería haber ni una sola huella, aparte de las que deja de vez en cuando el robot de limpieza. Pero ¿y si hubiese rastro de otra persona? ¿Cómo podría explicarse eso? Si ese alguien tiene conocimiento de la ubicación de este apartamento, de la contraseña de la puerta, y sabe burlar la red de seguridad de la empresa, sabría que no debe dejar huella alguna. Entonces, ¿por qué?

Cierro de nuevo la puerta y me dirijo al ascensor. Choi Kangwu me sigue en silencio. Una vez fuera del apartamento, caminamos por a la orilla del río Brunel. Tras caminar ochocientos metros, nos topamos con la empresa de almacenamiento H & H. Contenedores con personajes de cómics dibujados se apilan como bloques de LEGO.

Usando la llave antigua que traemos de la oficina, subimos las escaleras de hierro hasta el tercer piso y entramos en el contenedor de Damon Chu. El aire en el interior es seco y de un olor metálico. Enciendo la luz y compruebo lo que hay dentro. Quitando aquel espantoso huevo de madera y unos fajos de dinero en efectivo, no falta nada. Saco el póster de Tintín firmado por Hergé y lo meto dentro de la bolsa de aluminio que llevo encima. Luego limpio el polvo de una silla de ébano con dos dragones tallados en el espaldar, me siento y pregunto:

—¿Por qué te llevaste esa estatua? ¿Tenía algún significado en especial?

—Me pareció bonita —contesta.

—¿Te gustan ese tipo de cosas?

—Supongo que sí.

—Entonces, ¿supones también que un empleado con menos de un año en la empresa puede entrar aquí usando el usuario de alguien inventado y conocido solo por una persona en Asuntos Exteriores?

—Solo quería comprobar una cosa.

—¿El qué?

—Quería comprobar si lo que sé es cierto o no.

Alza los hombros y levanta la mirada, hasta ahora clavada en el suelo, hacia mí.

—¿Desde cuándo sabes de Damon Chu? —pregunto.

—Me enteré hace un par de meses, más o menos.

—¿Cómo?

—Su cara simplemente se me apareció. Al principio pensé que era una persona real. Que quizá era un pariente del presidente Han. Tenía los mismos ojos y la misma boca. Pero después de eso apareció su nombre. Y su casa, la dirección de su contenedor y lo que había dentro. Por entonces estaba casi convencido de que Damon Chu no era real, y se me ocurrió que podía venir aquí. Había algo que quería comprobar —explica.

—¿El qué? ¿Ver si ese huevo tan obsceno estaba aquí?

—Eso no. Esto.

Avanza a zancadas hasta un rincón donde hay una docena de cuadros apilados, protegidos por marcos. Unas luces se encienden, y Choi Kangwu toma uno de ellos. Se trata de un enorme cuadro de mariposas, de dos metros de alto. En él, siete mariposas revolotean cerca de unas flores en la orilla del agua, con la luna creciente en una esquina.

—Es *Mariposas a la luz de la luna* de Jang Sun-ok, una artista del siglo xx. Pintó los cuadros de mariposas más bellos del mundo, aunque no es famosa. No sé si sería por el hecho de ser mujer, por ser medio japonesa, porque solo pintaba estos insectos o porque la

gente no tenía interés en ella. Esta obra estaba expuesta en un museo privado de Incheon, hasta que fue robada. Hasta ahora, solo había visto imágenes de baja resolución del siglo xx. Pero se me apareció el recuerdo de que esta pieza estaba en el contenedor, así que vine a comprobarlo y, efectivamente, aquí estaba. Lo han cuidado bien, pero su sitio está de vuelta en el museo.

Tras decir esto, vuelve a colocar el marco en su sitio, produciendo un sonido al deslizarlo. Su rostro, desanimado mientras era arrastrado desde Patusan por Bandar Seri Begawan, ha recobrado poco a poco la confianza. Es como un héroe de pacotilla de un cómic; uno que obtiene sus poderes solo cuando está cerca de mariposas.

—¿Esas memorias empezaron a aparecer hace dos meses?

—No, hace ya un año. Seguro que ya sabe que pasé por una cirugía. Pensé que me pillarían enseguida. Hasta yo pensé que mi experiencia era demasiado increíble. Los tipos que me operaron fueron arrestados nada más aprobar yo el examen, y todos los que pasaron por sus manos fueron rechazados. No había razón por la que yo fuese una excepción, pero nadie vino a buscarme. Pensé que me eliminarían en la ronda de entrevistas, pero también las pasé.

—¿Por qué crees que fue eso?

—Bueno, hice bien la entrevista. Palabras que no podía ni imaginar salieron de mí con total fluidez. Surgió en mí una confianza que normalmente no tenía. Me salió muy bien, sí. Gracias al biorrobot que esos estafadores metieron en mi cabeza, claro. Murió a las dos semanas y mi cuerpo absorbió sus restos, pero, mientras tanto, una parte de mi cerebro cambió. Ahora realiza la misma función que el *worm*. Hay algo dentro de mí que piensa por sí solo. Pero ¿por qué yo? Estuve un tiempo dándole vueltas, y al final llegué a una conclusión: porque había aprobado el examen. Era una prueba

en la que escogían a una de entre trece personas, y ese fui yo. Por eso pasé también la entrevista. Lo hice bien, pero había una influencia más allá de la opinión de los entrevistadores. Había alguien que quería que yo entrase en la empresa LK Space.

La visita del ángel de la guarda

Choi Kangwu continúa hablando.

—Todo lo que le he contado antes es cierto. Es verdad que mi padre tuvo un conflicto con LK Space, y es posible que se suicidara por eso. Pero ¿vengarme de la compañía? Ni siquiera se me había ocurrido. Eso sería como vengarse de un dios. Además, tampoco quería tanto a mi padre. Era un hombre frío, absorto en su propio mundo. Si se hubiese llevado un poco mejor con la gente, tal vez no le habría pasado nada de eso. Quería ser tratado como un genio. ¿En este mundo en el que vivimos? ¿En serio? Ni Thomas Edison y Nikola Tesla, cuyas fotos tenía colgadas en la pared de su taller, por cierto, trabajaban solos.

»Creo que intentar entrar una y otra vez en LK Space fue una mezcla de terquedad y miedo por mi parte. Todavía no estaba preparado para enfrentarme al mundo. No estaba mal ganar un poco de dinero con microtrabajos mientras perseguía mariposas. Sin embargo, me daba pánico pasar el resto de mi vida así. Necesitaba una excusa para justificar mi pereza. ¿Y podía haber una más convincente que la de trabajar en la empresa que todos dicen que mató a mi padre? Era tan plausible que hasta yo me la creí. Si hubiera bastado con eso, me habría apuntado solo una vez y sanseacabó.

»No tenía pensado llegar hasta un tercer examen. En primer lugar, ya ganaba bastante con empleos triviales. Los microtrabajos eran perfectos para alguien tan distraído y con muchos trucos en la

manga como yo. A veces ganaba hasta tres o cuatro veces más de lo que gano ahora al mes. Encima, iba a haber pronto una vacante en la tienda de mi tío en Yeongwol, podría haberme metido allí. Todavía hacía falta dinero, ya que mi hermana estaba enferma, pero podría haberlo solucionado rápido si me hubiese puesto a trabajar con él.

»Cuando recibí ese mensaje *spam*, al principio pensé en ignorarlo. Con dos fracasos sin sentido era suficiente. Pero luego me llamó la atención la confianza con la que cargaba el correo. Al recibirlo me invadió una sensación extraña, como si las piezas de mi vida encajaran de golpe con un chasquido. A ver, cómo lo explico... A lo mejor era como un ludópata que se juega todo lo que tiene diciendo "esta vez es la buena". O como el protagonista de una novela en la que el autor me mandaba una señal, preparando el punto culminante de la historia.

»Fui en persona y conocí a los autores de ese mensaje. Eran dos hombres que parecían hermanos, más o menos de mi edad. Resultó que no eran coreanos, sino que venían cada uno desde un país distinto, pero tenían una pronunciación parecida al haberlo aprendido con el *worm*. Eso los hacía parecer hermanos aún más.

»Ambos se presentaron como empleados del centro de investigación de LK Robótica en Suwon. Según ellos, allí habían fabricado una gran variedad de biorrobots con los que podían transcribir la información que quisiera en mi cerebro. También dijeron que habían sido despedidos de forma injusta dos meses antes, y que por eso la empresa aún no sabía de la existencia de esos robots. Al parecer, ya habían terminado de experimentar en ellos mismos y estaban buscando nuevos sujetos para probarlos. ¿Y quién mejor para eso que un tipo como yo, que se apunta una y otra vez a una gran compañía teniendo un currículum pésimo? Además,

aquellos hombres pedían el coste mínimo, y era una cantidad que podía permitirme sin problemas. Aunque terminase en fracaso, podía verlo como un billete de lotería caro y olvidarme del asunto. Y ese fue el precio a pagar por lograr mis sueños.

»La operación fue sencilla. Fue más breve que la que me realizarían más tarde en la empresa para implantarme el *worm*, y no tuve efectos secundarios como zumbido en los oídos o pérdida de campo de visión. Solo hubo un poco de retraso al ajustar el tiempo de vida del parásito. Esos dos tipos venían de forma regular al sitio donde me alojaba para ayudarme a traspasar la información del biorrobot a mi cerebro.

»Fue una experiencia extraña. No era como si simples datos se instalasen en mi mente, como con el *worm*. Uno a uno, diminutos fragmentos de información se introdujeron en mi cabeza, conectando entre sí, formando como una capa que envolvió mi consciencia. Fui absorbiendo esos datos poco a poco hasta hacerlos míos, y se quedaron en mi cerebro incluso después de que el biorrobot desapareciera. Sentí algo de miedo, pero al mismo tiempo, alivio. Era como tener un ángel de la guarda que me aconsejaba y evitaba que cometiera errores.

»Cuando hice el examen de acceso, sentía que iba volando. Como ya lo había hecho otras dos veces, ya sabía cómo era el proceso, desde la prueba escrita hasta las psicológicas. No obstante, esta vez vi cosas que no podría haber sabido por mi propia experiencia. Cómo decirlo... Fue como si mi visión se ampliase y todo se moviera más despacio. A decir verdad, me sorprendió mucho haber quedado segundo. No pensé que habría alguien que lo pudiera haber hecho mejor que yo.

»Lo que me preocupaba era la entrevista. Para entonces, los dos tipos que me vendieron el parásito ya habían sido arrestados, lo vi

en las noticias. En cuanto a quienes se los compraron, también habían sido descubiertos y el caso se estaba volviendo un debate social: ¿podía considerarse trampa usar la ciencia para obtener una educación más efectiva? Si estuviese permitido, ¿qué sentido tendrían entonces esas pruebas para seleccionar a los más capacitados? Bueno, al final la policía no vino a por mí, y aquellos dos detenidos no mencionaron mi nombre. Fui al centro de exámenes con una mezcla de preocupación y tranquilidad.

»Allí había seis entrevistadores, tres mujeres y tres hombres. Estaban usando unas máscaras virtuales, así que se veían muy parecidos. Solo podía suponer sus edades fijándome en sus voces y su forma de hablar. Me preguntaron por mi padre y por mi examen anterior, para lo que me había preparado las mejores respuestas posibles. Aunque no se las hubiesen creído, no tenía nada de que arrepentirme. Eran lo mejor que se me había ocurrido.

»Lo raro vino después. Uno de los entrevistadores me preguntó por el ascensor espacial, y yo empecé a soltar mi respuesta modelo, ya traída de casa. Sin embargo, entonces algo despertó. No, para ser más exactos, fue como si surgiera entre mi ángel de la guarda y yo un canal por el que me inundó un torrente de emociones abrumadoras. El ascensor no era ya una simple compilación de datos, sino el objeto de mi amor. Amaba con locura esos finos cables que conectaban la Tierra con el espacio. El mismo amor que Romeo sentía por Julieta, el que Dante sentía por Beatriz. Comencé a soltar un largo monólogo sobre la estructura, y fue en el idioma del amor. Tal vez lo llevé demasiado lejos. Lo que la empresa necesitaba era un técnico, no un pervertido con un fetiche por objetos. Sin embargo, parece que mi discurso bastó para borrar las sospechas que tenían sobre mí. Era difícil imaginarse que aquel parásito pudiera inyectar semejantes emociones en alguien.

»¡Estaba tan contento cuando aprobé los exámenes! En un estado de éxtasis, casi. Y no porque hubiese logrado mi objetivo de entrar en LK Space, sino porque me había dado cuenta de que amaba a alguien.

»Sí, he dicho "alguien". Me fui dando cuenta poco a poco mientras salía del centro de pruebas. Ese amor por el ascensor espacial no existía solo como tal. Estaba vinculado a otro sentimiento amoroso hacia una entidad con personalidad que, a pesar de no ser humana, podía considerarse como un alguien. Y el ascensor era el puente que me conectaba con ese alguien.

»Pero ¿quién? En mi mente era una existencia femenina. Alguien femenino, aunque no fuera una mujer real. Me resultaba difícil imaginarla de otra manera. Lo asocié al tipo de amor que sentía. Sentí que, si ese alguien fuese un hombre, dicho amor tendría otra textura y forma.

»Al principio traté de contentarme solo con disfrutar de esa emoción. Eso me bastaba para ser feliz. Además, ahora estaba ocupado. Era la primera vez en mi vida que vivía en el extranjero, gracias a mi nuevo trabajo, y también me preocupaba mucho entrar en el mundo laboral de los adultos por primera vez después de mi graduación.

»Mi trabajo era divertido y aburrido al mismo tiempo. En primer lugar, me encantaba Patusan. Me encantaba el perfecto sistema arcológico creado por el grupo LK, y también las ruinas y las mariposas. Y por encima de todo, el ascensor espacial. Mi trabajo también era interesante. Tuve que moverme de un lado a otro por la isla para pasar el período de prueba, pero me gustaba todo lo que estuviese relacionado con el ascensor. No obstante, no encajaba bien con la gente, y tampoco agradaba a mis compañeros. Eso no ha cambiado. Todos piensan que soy un rarito engreído y con mala

actitud, y que no trabajo bien en equipo. También los hay que susurran que me contrataron por enchufe, aunque no hay nada que yo pueda hacer sobre esto. Pero ¿qué sentido tenía la competencia justa en ese sitio? Soy la persona más documentada acerca del ascensor, ¿importa tanto el cómo llegué a serlo?

»Estaba absorto en mi propio mundo. Uno que, apenas un año atrás, era simple. Tenía a las mariposas, a mi hermana y mis propias fantasías. Pero ahora algo más se había colado en mi mundo, abriéndose hueco poco a poco. A diferencia de mí, flojo y débil, ese algo era ardiente e intenso. Me forzaba a hacer determinadas cosas, a sentir ciertas emociones. Me dio miedo, pero al mismo tiempo me fascinó el placer que me daba esa intensidad. Comenzó a tomar dominio sobre mí una forma de vivir que nunca antes me había imaginado. Mientras iba recibiendo a ese nuevo yo, me esforcé por no perder al antiguo. Por suerte, Patusan es el paraíso de las mariposas. Y así, a medida que esos dos mundos colisionaban dentro de mí, mis experiencias se fueron volviendo cada vez más plenas.

»No obstante, había una parte vacía. La de esa “mujer”. Heredé un amor por una entidad que no sabía si existía ni cómo era, algo que quizá era una mujer. ¿Podría usted entender la frustración de amar algo y no saber nada al mismo tiempo?

»Lo primero que intenté fue recordar el aspecto de esa mujer. Al principio la dibujé, y también creé su rostro con un programa de reconstrucción facial. Sin embargo, el resultado eran siempre variantes similares de una mujer atractiva. Alguien que podía ser mi tipo, sin tener nada que ver con esos recuerdos en cuestión. No bastaba con recrear su apariencia, necesitaba saber algo más.

»Curiosamente, Patusan ocultaba fragmentos de ese “algo más” por sus rincones. Este lugar no era una simple amalgama de

máquinas y edificios. En ella, un sinfín de objetos guardaban las emociones y recuerdos personales de ese alguien. Podía sentirlos solo con estar allí, solo que no podía describirlo de forma exacta con palabras ni imágenes.

»Fue tres meses después de venir aquí cuando por fin encontré el primer rastro. Estaba junto con otros compañeros en la parada del piso superior, esperando al ascensor que regresaba cargado con muestras del cometa Avellanos-Viola recolectadas por *Girasol 23*. No estaba allí por eso; cuando el ascensor baja, siempre mandan a varios empleados nuevos hacia arriba para que aprendan cómo se hacen las cosas allí.

»El ascensor llegó acompañado de su tema musical, y la puerta se abrió. Los científicos bajaron unas cajas envueltas enviadas desde la estación espacial y las colocaron en un carrito. Un hombre mayor que parecía ser el líder miró a los otros y dijo: "¿Sabéis qué es esto? Trozos de estrellas".

»Trozos de estrellas. En fin, menudo cliché. No obstante, en cuanto él dijo eso apareció en mi mente el recuerdo de una experiencia concreta. Con una voz difícil de determinar, una mujer cuyo rostro no podía ver me decía: "Mire, señor Gildong. Son trozos de estrellas".

»Era una memoria del tipo que amaba a esa mujer.

»Por supuesto, busqué el nombre de Gildong. No salió nada, por lo que se trataría de un apodo. O Hong Gildong, o bien Go Gildong. Casi siempre se usaba el primero. Pero ¿por qué Hong Gildong? ¿Porque es alguien capaz de aparecer y desaparecer en un instante? No lo creo. Entonces, la otra opción que quedaba era que se tratara de un hijo bastardo. Y entre todas las personas relacionadas con Patusan, ¿cuántas de ellas se acercarían tanto a ser ese "hijo bastardo" como el difunto presidente Han Jeonghyeok? El presidente

anterior a él, Han Bugyeom, adoptó al hijo de una antigua novia coreana, ¿no es así? Es por eso por lo que se llevaba tan mal con sus otros hermanos. Si hasta corría el rumor de que, debido a que tenía una enfermedad genética, su mujer Jeong Somi recurrió al esperma criogenizado de Han Bugyeom para tener a Han Suhyeon. Siendo así, él sería el Hong Gildong moderno. Y esa mujer, fuera quien fuera, era lo suficientemente cercana a él como para bromear llamándole “señor Gildong”.

»Comencé a sentirme un poco raro. No es que no hubiese pensado antes que estos recuerdos podrían ser los del presidente Han. Dado que los habían conservado, supuse que su dueño sería alguien importante. Y aparte de él, no había ninguna otra figura importante entre las personas relacionadas con Patusan que hubiese fallecido hacía poco. Sin embargo, me resultó raro que el presidente Han amase a alguien con tanta pasión. Ese recuerdo solo podía ser reciente. Con el tiempo, los recuerdos de amor terminan corrompiéndose.

»Entonces comencé a tener envidia del presidente Han. Envidiaba a un muerto por haber amado a una mujer cuyo nombre y rostro yo desconocía, por el poder que tenía antes de morir y todo lo que podía lograr con él. Y por encima de todo, envidiaba ese apodo tan anticuado de “Hong Gildong”. Ese resentimiento creció demasiado en mi interior, y, por un tiempo, lo que quedaba de mí se perdió en la obsesión por descubrir la identidad de aquella mujer.

»Lo cual conseguí a los cinco días. Ese momento iba a llegar, con o sin esa obsesión. Así de cerca había estado de ella en ese tiempo.

»Era domingo. Había comido con rapidez en la cafetería y me disponía a ir a una tienda de recuerdos en el barrio antiguo para comprarle un regalo a mi hermana. Una pantalla de noticias de la empresa estaba colgada en el vestíbulo del primer piso. Hablaban de

la nave de exploración de asteroides de la Alianza Espacial de África, la cual habíamos cargado durante los últimos meses con piezas de repuesto y habíamos enviado más allá de la órbita. Varias caras desconocidas abrían sus bocas en silencio sobre los subtítulos. En último lugar apareció una mujer para poner fin a la noticia, y no pude hacer más que quedarme de piedra, como si me hubiesen clavado en el sitio. Era ella. Era imposible que no lo fuera. En ese instante, un sinfín de recuerdos tomaron esa cara y comenzaron a brotar dentro de mí como una cascada. Fue tan repentino que me entró un severo dolor de cabeza.

»Una vez terminaron las noticias, la mujer desapareció. No me hizo falta buscar su nombre. Conocía tanto su nombre como su rostro, antes incluso de entrar en la empresa. Es solo que, por ese entonces, no tenía ningún interés en ella.

»Era Kim Jaein, la directora del Centro de Investigación y Desarrollo Espacial LK.

La persona a la que (tal vez) amo

Después de escucharlo con cautela, no puedo evitar torcer el gesto. Me muerdo el labio inferior para no romper a carcajadas. Es lo más normal del mundo que alguien amase a Kim Jaein. Aunque es un poco asqueroso que ese alguien sea Han Jeonghyeok. Pero ahora, con la adición del familiar rostro de esa mujer a esta historia, de repente esta se ha vuelto más fina, más... cliché.

Se trata de la hija de Han Sahyeon, la única hija de Han Bugyeom. Kim Jaein tampoco compartía sangre con el resto de la familia, igual que Han Jeonghyeok. En cuanto a su madre, la indomable Han Sahyeon, se unió a un grupo rebelde tras el divorcio de sus padres. También escribió tres libros que solo podían ser detestados por aquellos relacionados con el grupo LK, y en especial por su propia familia. Y peor aún, los tres fueron de los libros más vendidos, y uno de ellos, ligeramente disfrazado de novela, fue adaptado a una serie de siete temporadas. Justo de ahí viene la imagen que la gente tiene del LK. Más tarde, se casó con la actriz Kim Rena de veintiséis años, y al año siguiente nació Kim Jaein. Decidió no añadir su propio ADN al bebé, ya que tenía cero interés en continuar con el linaje genético de la familia Han. Cuando ella tenía treinta y cinco años, su padre Han Bugyeom falleció. Una bomba estalló en el funeral, y si ella misma no hubiese sido una víctima de aquella explosión, seguramente habría usado la experiencia en su cuarto libro por hacer la gracia, soltando risitas por lo bajo mientras escribía.

Antes de eso, había declarado en rotundo que no recibiría ni un centavo del dinero de los Han, pero Kim Rena era una persona más flexible. Discretamente, Kim Jaein fue incorporada a la familia. Sin interesarle la competición que había entre sus primos, decidió convertirse en astrónoma. A los diecinueve años escribió una tesis en la que presentaba una nueva forma de hallar ecosistemas del espacio exterior, y a los veinticinco descubrió un planeta con vida extraterrestre utilizando esa misma técnica. Cuando a los treinta se convirtió en la directora del Centro de Investigación y Desarrollo Espacial del LK, todos lo vieron como algo natural.

Con una madre considerada como la más hermosa dentro de la población coreana, la otra mitad de su genética, salida a saber de dónde —o cómo la habrían hecho— no era de tan mala calidad como para arruinar su belleza. De hecho, todas las miradas se posaban siempre en ella. Y a pesar de que no le gustaba aparecer en los grandes medios de comunicación, le hacían fotos y vídeos constantemente, además de circular *fanfics*. La fiebre por esas historias disminuyó un poco cuando se casó a los treinta y dos años con Anton Choi, un piloto de pruebas alemán-coreano ocho años menor que ella, pero la mecha volvió a encenderse cuando, tan solo ocho meses después del casamiento, su marido falleció en un accidente en un *skyhook*.

Esa era Kim Jaein. Una persona que no desvelaba mucho de sí misma, pero de la que ya había salido todo lo posible en forma de *fanfics*. Alguien que no podía evitar ser encasillada en clichés antes incluso de dar un paso adelante. Nunca me habría imaginado un *fanfic* en el que Han Jeonghyeok fuese su pareja, pero tiene que existir alguno por ahí. Cuando Kim Jaein tenía catorce años y se preparaba para entrar en la universidad, el grupo LK adquirió Odissey, la antecesora de LK Space. Tampoco sonaría rara una

historia inventada en la que el ascensor espacial hubiera sido construido solo por ella. Solo pensar que alguien había fantaseado con el presidente Han como protagonista de un romance me provoca escalofríos. Pero esa gente no conoce límites.

Y quizá hasta tenían razón.

Reflexiono sobre lo que sé de Kim Jaein. Durante los doce años en los que estuvo en el LK, creo que nos vimos unas treinta veces. En la mayor parte de ellas estaba presente el presidente Han, y también nos vimos aparte en tres o cuatro ocasiones para discutir sobre los comunicados de prensa. Apenas hablaba de su vida privada estando conmigo. Tampoco la vi nunca dirigirse al presidente Han como «señor Gildong». Habría sido rarísimo. No les pegaba para nada.

La Kim Jaein que yo conozco es una mujer seca y fría, formal y sin atisbo de sensación humana. Alguien cuya falta de encantos solo hace que la belleza heredada de su madre sea todavía más prominente. Quizá los astrónomos y los expertos en ingeniería espacial con los que trabaja piensen distinto, pero así es como la veo. Desde lejos, yo también sería capaz de adorarla, pero ¿y de cerca? Aún no comprendo qué vio Anton Choi en ella. Ese hombre atractivo, como una bestia fuera de control, no pegaba ni con cola con esa mujer fina como un recorte de la portada de una revista.

Trato de ponerme en el lugar del presidente Han. Ambos eran los foráneos dentro de la familia Han, por lo que podría haber tenido cierta sensación de homogeneidad hacia aquella muchacha que se había convertido en su sobrina. Y esa emoción podría haber evolucionado a un amor. Quizá era fan de Kim Rena, y fue ese parecido con su madre lo que impulsó esas ideas románticas. Debe de haber muchas posibilidades que no he podido ver hasta ahora. ¿Cómo de bien conocía realmente a este hombre? El Han Jeonghyeok que creía conocer no es más que el resultado de un

puzle superficial, fragmentos acoplados entre sí creados por mis propios anhelos y necesidades. Lo mismo pasa con Kim Jaein. ¿Y si había algo más bajo esa capa tan sosa y aburrida?

Miro a Choi Kangwu, que lleva un rato sin hablar. Ese rostro con vello disperso tras días sin afeitarse. Su barba redondeada como una isla en ambas mejillas se ve ridícula. Ya mencioné que se ve mayor que yo, pero con la expresión que tiene ahora parece más bien un pobre perro con una vida dura. Además, me recuerda a alguien... Ya sé: Anton Choi. Es como una versión ambigua de él. Ahora que lo pienso, también el resto de los hombres que aparecen en la lista de aquel par de estafadores. Pobre Anton Choi. Todos esos tipos eran el resultado de seleccionar mecánicamente más o menos su aspecto, ignorando ese atractivo sexual que él emanaba sin darse cuenta.

Por un momento pienso en la apariencia del presidente Han. Una cabeza abultada, los ojos hundidos, la boca que parecía estar siempre sonriendo y que le daba un aire de payaso, y el cuerpo pequeño, grueso y tosco. Al ponerse junto a sus hermanos destacaba más todavía, pues estos habían heredado sin falta los rasgos del lado materno de la familia. Tenía una cara fea pero una mirada intensa, y la usó tan bien mientras estaba con vida que nunca se me pasó por la cabeza que estuviera descontento con su propia imagen. Pero claro, eso era cuando no sabía que amaba a una mujer varias décadas más joven que él. Me pregunto si, desde el punto de vista estético, le repugnaría la idea de amar a Kim Jaein con ese cuerpo.

Algo que parecía ser parte de la mente del fallecido Han Jeonghyeok estaba dentro de la cabeza de un tipo similar al esposo fallecido de Kim Jaein. Y ahora, ese mismo hombre ama con la misma pasión tanto a esta como al ascensor espacial.

Antes he dicho que me parecía un sinsentido almacenar los recuerdos personales del presidente Han. El problema es que, en ese momento, se me había escapado algo crucial: eso que el presidente quería dejar tras su muerte, que quería que durase para siempre. Estaba tan centrado en la imagen que tenía de él que no pude verlo.

Ese algo es el amor.

De ahora en adelante

—¿Qué harás ahora? —le pregunto.

—No estoy seguro.

—¿Ese biorrobot no te da órdenes?

—No.

—¿Simplemente amas a Kim Jaein y al ascensor?

Su expresión se endureció, quizá porque pensó que le estaba tratando como a un niño.

Me levanto de la silla. Siento el leve ruido y la corriente de aire venidos del climatizador que hay en una esquina del contenedor y camino despacio.

—Esto no es un secreto solo entre nosotros dos, hay gente que ya sabe un poco del tema. No sé si será una IA o una persona, pero hay alguien dirigiendo todo esto. Seguro que esos dos estafadores readmitidos en LK Robótica también sentirían que tu biorrobot era especial, ya que solo tú recibiste un trato diferente. Quien sea que contrató a ese tipo que tú conocías por el nombre de Sekewael también debe tener una idea general de lo que está pasando. Solo nos queda suponer que la información que buscan está dentro de tu *worm*. Además, cada vez hay más gente que sospecha de ti desde lo del intento de asesinato. Sin prestar atención a las pistas existentes, se centran en sus propias narrativas. Y pronto terminarán encontrándose en un mismo punto.

Tras dar una vuelta por el interior del contenedor, me paro delante de Choi Kangwu y le doy golpecitos en la frente con el dedo.

—Todos querrán la cabeza del nuevo empleado de LK Space, Choi Kangwu. Lo mejor sería llevarte con vida, pero tampoco importa mucho si mueres. La tecnología ha mejorado mucho.

Me satisface ver cómo el color huye de su rostro. Continúa hablando.

—¿Qué debería hacer en esta situación? Ya no soy más que un monigote que sobrevive como puede dentro del sistema del LK. No tengo nacionalidad, y mi carné también es falso. Durante esta última década, el presidente Han me proporcionó una especie de muro de seguridad. De alguna forma sigue en pie, pero no sé cuánto durará. ¿Y si Han Suhyeon se quita de en medio a Ross Lee y se apodera del conglomerado? Ese tipo odia todo lo que tiene que ver con su padre. Ni siquiera lo considera como tal, ya que su verdadero padre es aquel al que llama abuelo, el anterior y difunto presidente Han Bugyeom. Sí, los rumores son ciertos. En cuanto se enteró de la enfermedad genética de su hijo, decidió encargarse él del asunto. Han Suhyeon también lo sabe. No obstante, si Ross Lee se echa para atrás, es el fin para mí. El otro se librará de lo que quede del presidente Han en la compañía, incluido yo, claro. Ah, por cierto, no conocerás mi nombre real, ¿verdad? A ver, prueba a decirlo. Así, sin darle muchas vueltas.

Choi Kangwu tartamudea y dice mi nombre. No lo había oído ni una vez en los últimos doce años.

—Si buscas ese nombre, te harás una idea de mi situación. Bueno, no importa, seguramente se te aparecerá también ese recuerdo en un momento u otro. En fin, el presidente Han era un genio a la hora de encontrar a gente con fallas a la que manipular hasta lograr su lealtad. El problema está en que, ahora que ha fallecido, no podemos recurrir a ellas. Dicho esto, tú eres mi segunda oportunidad. La oportunidad de salir del país con una identificación

falsa hacia algún lugar como Alaska. Morir en paz mientras veo osos polares.

—Pero yo no sé nada —replica él.

—No sabes cuánto sabes ni cuánto no sabes, ¿verdad? Ahora mismo, tu cerebro es un caos. Ni siquiera comprendo cómo puede conectarse con el *worm* de la empresa. Aunque te lo extraigan, ese desorden seguirá siendo el mismo. Delirios y fragmentos de una identidad te envuelven en un velo de confusión, con el fantasma de un muerto en tu cabeza y amando a una mujer que no conoces. Piensas que sabes todo sobre el ascensor espacial, pero ¿cómo sabes cuánta de esa información es verdad? Son conocimientos de otro que te han implantado ahí. Podría haber trampas en su interior; un solo error y tu cerebro podría explotar en un instante, igual que le pasó a O'Shaughnessy. También podría haber algún error inesperado. La transmisión de memorias aún no es una ciencia perfecta. ¿De cuántos de esos recuerdos has podido comprobar la veracidad?

Parece que muchos, viendo la confianza volver a su rostro. Pero sigo hablando, sin darle la oportunidad de abrir la boca:

—Desde mi punto de vista no tienes ni ideas ni un plan. Solo has estado disfrutando de tu amor por el ascensor y por Kim Jaein, como cuando antes jugabas persiguiendo mariposas. Quienes entraron contigo en la empresa están trabajando duro y estudiando como locos, pero ¿tú? No tiene pinta. Es posible que, desde fuera, pareciera que sí, pero la vida que estás llevando no es muy diferente a beberse una copa que te ha servido otro. Tampoco pasa nada por eso, no es de mi incumbencia. Sin embargo, tu buena racha se acabó en el momento en que O'Shaughnessy decidió que te sacaría el *worm* de la cabeza. Eres un conejo en temporada de caza, Choi.

Como no agaches la cabeza en el último segundo como Bugs Bunny, estás muerto. No, eso quizá sería hasta un privilegio.

—¡Pare, por favor!

—¿Cambiaría en algo la situación si lo hago? De todos modos, has tenido suerte de conocerme. Aunque esto podría formar parte también de los cálculos minuciosos del presidente Han. Un guion ya preparado desde un principio para proteger al grupo LK y a gente como nosotros del negligente de Ross Lee y el avaricioso de Han Suhyeon. A lo mejor hasta fue él quien contrató a O'Shaughnessy. ¡Céntrate, Mac! No, no puede ser, él no era de los que dejan todo a la suerte de esta manera. Bueno, ya no estoy seguro. ¿Qué es lo que sé del presidente Han?

Mi ira contenida termina estallando. Me detengo y me rasco la cabeza. Una vez me calmo casi por completo, avanzo hacia Choi Kangwu, que me mira con expresión atónita.

—Tenemos que ser egoístas. Ese es el único camino por el que tú y tal vez yo podamos sobrevivir. Comprueba todo lo que tienes y úsalo. Si juegas bien tus cartas, podrías incluso hacerte con el grupo LK. O hasta retozar con Kim Jaein, si tienes mucha suerte. Estás viviendo la fantasía con la que han soñado los frikis tecnológicos del mundo entero. Aunque...

—No tengo pensado hacer nada de eso.

—¿Y por qué no, joder?

—Lo que quiero decir es que el presidente nunca ha tenido esos pensamientos sobre Kim Jaein.

¿Cómo? Entonces, ¿esa emoción que guardaba solo era un fuerte amor familiar? Puede ser, sí. Teniendo en cuenta lo asqueroso que sería si sintiera esa pasión por su sobrina, aunque no compartan lazos de sangre. No, eso no encaja con lo que ha dicho Choi Kangwu

hasta ahora. Pero este no es momento de ponerse a pulir los detalles.

—Vayamos por partes. Lo primero que tenemos que hacer es buscar protección. El problema más grande son los *worms* que tenemos en la cabeza, claro. No es suficiente con reforzar el cortafuegos, ya que la empresa puede entrar en los implantes en cualquier momento. Y bueno, en tu caso ni siquiera sabemos cómo tu cerebro y el *worm* están conectados, lo que complica más las cosas. Por fortuna, tengo a alguien que puede solucionar algo así. El problema es...

—¿Sí?

—... ¿podemos fiarnos de esa mujer?

Bajo las alas de un hada

—Qué guapo es —suelta ella.

—No lo digas tan en serio, que se lo va a creer —le contesto.

—Mmm, no estoy muy segura de que se parezca a Anton Choi.

—Porque fue una máquina la que eligió su apariencia, y esta es solo una parte del encanto de una persona.

—Será eso, sí. Aunque, ¿tenía Anton otro encanto aparte de ese? Sé que tú le mirabas con buenos ojos, pero además de ponerse a hacer acrobacias hasta provocar un fallo en la nave y terminar saltando por los aires junto a ella, ¿qué más tenía? ¿Y quién trabaja hoy en día como piloto de prueba? Es lo mismo que decir conejillo de Indias.

Sumac Graskamp suelta un suspiro de frustración antes de seguir:

—Comparada con él, la misma Kim Jaein, a la que tú llamas aburrida, sí es una persona con sustancia. Descubrió una nueva forma de vida en otro sistema planetario, y la mitad de los planes que se realizan en LK Space vienen de ella. Quien representa a la empresa no es Han Suhyeon, esa triste copia de su abuelo, sino ella. Tal vez sea algo obvio que una mujer como ella le guste a este tipo de aquí, pero no es una persona tan vacía como tú piensas.

—Eh, disculpe —interrumpe Choi Kangwu.

Pensaba que diría algo más, pero no. Supongo que es su manera de hacernos saber que estaba ahí.

—¿Qué quieres hacer ahora? —me pregunta Graskamp.

—Primero, activar toda la información que haya dentro del biorrobot y protegerla de la empresa. Por eso estamos aquí.

—¿Y por qué crees que podemos hacer eso aquí?

—Porque revisamos el cerebro de Neberu O'Shaughnessy antes de pasártelo a ti. En ese momento, no se me había ocurrido la posibilidad de un biorrobot, solo me interesé por el *worm*. Pero uno solo ve lo que sabe. Por eso ahora sé que Green Fairy cuenta con una tecnología considerable relacionada con los biorrobots. Esa información se filtró por el LK, claro.

Graskamp echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—¡Ja! No se filtró, Mac. Fue LK Robótica quien nos la envió. Necesitaban gente para experimentar antes de poder sacarlos al mercado. Nosotros llegamos los primeros. Y luego tu amiguito.

—Entonces, ¿O'Shaughnessy estaba siendo controlado por un biorrobot?

—No descartamos la posibilidad. Reunimos a cuatro personas que pasaron por esa intervención y les incorporamos un *worm* más a cada uno. Supongo que este tipo también nos puede ser de ayuda. La cosa es si te fías de nosotros o no.

—Por supuesto que no. Hay demasiadas probabilidades de que me estés mintiendo para quedarte con su cerebro y vendérselo a quien sea. También está la posibilidad de que tú manipules a O'Shaughnessy para que se volviera loco. Pero, por más que piense así, nuestra supervivencia también depende en gran parte de ti.

—¿No sería mejor pedirle protección a Kim Jaein? Es una persona más de fiar que yo.

—Y lo haré, tranquila. Es solo que, antes, tengo que saber qué es lo que tienes.

—¿Me estás diciendo que no te basta con tener seguridad, sino que también pretendes exprimir la situación para sacar todo lo que

puedas?

—¿Tiene algo de malo eso?

—No, pero ¿tu amiguito piensa igual que tú?

Me fijo en la expresión tensa de Choi Kangwu, señalado por el dedo esquelético de la mujer. Solo con ver el cambio en su cara puedo saber qué se está cociendo en su cabeza. Tiene miedo de ser asesinado por un desconocido y que le extraigan el cerebro, pero le da vergüenza pedirle protección a Kim Jaein y resguardarse bajo su cuidado. Lo que quiere es estar a su nivel, proteger su virilidad ante ella.

—Sea lo que sea, hágalo rápido —suelta a duras penas.

—Bueno, pues está decidido. Pero no olvides que este viejo zorro de aquí se está aprovechando de tu amor platónico para conseguir lo que quiere.

Graskamp agita el dedo. Las ventanas, que hasta ahora mostraban los coches redondeados y los edificios de estilo francés al otro lado de la calle, se tornan oscuras. Hemos sido engañados: la oficina que creíamos que estaba en el primer piso se encuentra en realidad en algún punto bajo tierra. Green Fairy nos había bloqueado la salida desde el primer momento. Y, sin embargo, la situación me resulta más tranquilizadora que otra cosa. El hecho de que tomaran tantas precauciones podría significar que no ocultaban malas intenciones.

La puerta se abre y entran cuatro mujeres arrastrando una silla reclinable. Reconozco la cara de una de ellas, con una bata blanca y el pelo tan enmarañado que distrae. Es Billabong Bang, aunque no estoy muy seguro de cómo se pronuncia su nombre. La Unidad de Seguridad quiso contratarla a través de Asuntos Exteriores, pero ella terminó escogiendo Green Fairy. Probablemente le gustó más lo ilegal de este sitio.

Las mujeres sientan a la fuerza a Choi Kangwu en la silla. Son seis brazos negros los que sujetan su cuerpo contra la silla. La doctora Bang le coloca en la cabeza un casco, o debería decir chatarra *steampunk*, que traía en la mano izquierda. Una vez se lo fija bien, las cuatro se marchan empujando la silla reclinable por la misma puerta por la que han entrado.

—¿Es necesaria tanta urgencia? —pregunto.

—¿Qué pasa, tanto deambular sin rumbo en el LK te ha dejado empanado? No hay tiempo, Mac. Has venido desde Bandar Seri Begawan hasta aquí con mucho sigilo, lo admito. Pero no puedes bajar la guardia solo por estar en nuestras instalaciones. ¿No te has parado a pensar que nuestra empresa podría estar llena de agentes dobles infiltrados?

—Pensaba que ya te habrías encargado tú de solucionar eso.

—¿Yo? ¿Por qué iba a librarme de ellos, con lo útiles que son?

La guerra de las bestias invisibles

Las mujeres llevan a Choi Kangwu hasta un aparcamiento donde esperan tres camiones. Lo suben al de la izquierda, mientras que Graskamp y yo nos montamos en el de en medio. Las puertas se cierran y siento poco a poco cómo el vehículo acelera, aunque no hay vibración alguna. Un laboratorio móvil fabricado por Green Fairy, utilizando la tecnología punta de Hollywood. Varias naves de filmación habían subido en el ascensor espacial hace un mes con una tecnología parecida. Eran el equipo que iba a grabar una especie de *reality* en órbita lunar sobre una guerra espacial, que saldría la semana que viene.

—Dame las claves de su *worm* —exige Graskamp.

—Si no me explicas para qué las quieres, va a estar complicada la cosa.

—Está bien, te lo pondré fácil. Mientras venías de camino, la existencia de Choi Kangwu ya ha quedado expuesta a ojos de todos. De momento no sabemos quién está tras él, ni por qué. Para averiguarlo, estamos esperando al próximo movimiento de nuestros agentes dobles. Estos laboratorios móviles son la única alternativa. Hemos renovado el edificio hace nada, por lo que no podemos dejar que un asunto como este afecte a nuestras instalaciones. Tampoco hay tiempo de implantar un *worm* nuevo, solo nos queda usar el que ya tiene en el cerebro. Por suerte, sabemos todo lo que hay que saber sobre los implantes del LK, gracias a nuestras pruebas. Trajimos a tres de aquellos tramposos que fueron descubiertos y

experimentamos con ellos. No seas así, están todos bien. Bueno, uno de ellos sufrió ciertos defectos de memoria, pero le dimos un hipocampo artificial. Se recuperará. Es cierto que le desaparecieron los recuerdos de varios años, pero ¿para qué quiere ir cargando con recuerdos de su infancia? En fin, las partes del tejido cerebral modificadas tanto por el *worm* como por los biorrobots son las mismas y conectan con el hipocampo. Revivir las memorias que le quedan solo con la función básica del implante es pan comido. De momento no tenemos constancia de efectos secundarios. Cuando surja alguno, ya lo arreglaremos. Ahora, idame las claves!

Saco mi móvil y se las paso. El pulgar de la bruja verde baja con ansia en su propio móvil. En ese momento, la pantalla que compone una de las paredes del laboratorio se enciende, y en ella veo el laboratorio en el que está Choi Kangwu. Es como si ambos espacios estuvieran separados por un enorme espejo de doble dirección. Tras recibir las claves de Graskamp, la doctora Bang tira de una palanca de metal que parece sacada del laboratorio de Frankenstein, encajada en esa silla reclinable. El cuerpo de Choi Kangwu tiembla y él chilla mientras la doctora se ríe a carcajadas como una loca. Me preocupa el hecho de que parezca estar disfrutando de lo que ocurre. No creo que la seguridad y la salud de Choi Kangwu estén en un puesto muy alto en su lista de prioridades, precisamente.

Siento un giro brusco, a pesar de que sigue sin haber ninguna vibración. Trato de comprobar nuestra ubicación tanto con el *worm* como con el mapa de mi móvil, pero ambos se quedan colgados. Una barrera bloquea la señal en el laboratorio. La única información que me llega se basa en las sensaciones de acelerar, frenar y girar. Esto me resultaría útil si estuviera en un lugar conocido, pero no sé nada de Vientián. Ni siquiera sé cómo se pronuncia. Solo sé que el laboratorio portátil al otro lado de la pantalla donde Choi Kangwu

convulsiona está siguiendo un camino diferente al nuestro. Mientras que nosotros avanzamos a gran velocidad en línea recta, el otro camión gira a la derecha con una violencia peligrosa.

—Nosotros también hemos estado ocupados, ¿sabes? —continúa Graskamp—. Volvimos a diseccionar el cerebro de O'Shaughnessy a nivel celular y comprobamos la copia de seguridad de la información transmitida por el *worm* durante el último año. Conforme se iba acercando su fecha de caducidad, el biorrobot había estado manipulando poco a poco el implante de la empresa, como una especie de caballo de Troya. ¿Que si no lo supimos hasta ese momento? Por supuesto que lo sabíamos. Es solo que nos pareció una vía por la que poder adentrarnos en las entrañas del LK. Aquel día en Pala no fui sincera contigo, lo siento. Bueno, en realidad no.

»Cuando O'Shaughnessy comenzó a actuar de forma extraña, nos dimos cuenta enseguida. Incluso él mismo se dio cuenta de que estaba siendo controlado, y la parte que lo controlaba también se dio cuenta de que lo sabíamos. Todo esto no era más que un juego consistente en estar unos pasos por delante de tu oponente, y habíamos perdido. Esos tipejos fueron muy astutos. Resulta que también estaban manipulando a otras cuatro personas que parecían estar bien y las usaron para confundirnos en el análisis del *worm* de O'Shaughnessy. Y eso que estábamos preparados... Pero tú ya sabes cómo son las cosas, Mac. En el mundo de hoy día, no existen esos drásticos giros de argumento sacados de una novela de Agatha Christie.

»Aun así, conseguimos averiguar quién era nuestro oponente. La Unidad de Seguridad del LK. O un pequeño grupo dentro de ella. Ahí es hasta donde nos llevó el rastro. Antes de que O'Shaughnessy muriera, estábamos seguros en un ochenta por ciento, pero ahora es un noventa y seis. Ver la confusión que hubo en Asuntos Exteriores

solo me confirmó lo que ya sospechaba; Seguridad es la parte de la compañía de la que tu unidad tiene menos información. Tengo razón, ¿verdad? Todos vosotros erais vuestras propias empresas antes de ser absorbidos por el LK como mitocondrias en una célula, e incluso ahora seguís compitiendo entre vosotros. No existe cooperación ni nada parecido.

»Por supuesto, la Unidad de Seguridad no es la única responsable. Hay alguien más, alguien superior. Y si Kim Jaein es ese alguien, entonces os estáis metiendo vosotros solos en la boca del lobo.

—No creo, ella no tendría ningún motivo para hacer eso.

—¿Seguro? ¿Y qué me dices de los motivos del resto? ¿Cuánto sabes de lo que ocurre en el Olimpo del grupo LK? Hasta este momento creías que el *worm* de tu amigo estaba limpio y que habían implantado datos importantes en su cerebro con un biorrobot. Pero no es así. Hay un segundo programa dentro del implante, capaz de traspasar con facilidad las revisiones de Asuntos Exteriores y que ha estado absorbiendo y clasificando información en su cabeza hasta ahora. Es posible que la mandase a alguna parte, pero todavía no sabemos dónde. Como ves, no fue una pérdida de tiempo extraer el *worm* de O'Shaughnessy.

»¿Que por qué se molestaría tanto Seguridad en hacer todo esto? Verás, antes a nadie le importaba un tipo como Choi Kangwu. Lo único que tenían que hacer era mandar a varios expertos a su apartamento por la noche y cambiarle el implante. Sin necesidad de causar alboroto ni matar a nadie. O sin tener que recurrir a una agencia de espías para que controle al trabajador en cuestión.

»Pero eso es lo que pasó. Y quizá sea parte del plan de quien sea que lo maneja todo desde arriba. Aunque todavía no entendemos por qué. Así que...

De repente, Graskamp interrumpe su monólogo y se lleva un dedo a los labios. En ese instante, el camión se tambalea y nosotros con él. Miro la pantalla. Choi Kangwu sigue gritando en el otro laboratorio, que avanza en línea recta. ¿Se había parado en algún momento? Estaba tan metido en la conversación con la bruja verde que me había olvidado por completo de él.

Los gritos cesan. Las mujeres le quitan el casco y aflojan las ataduras. Después trasladan el cuerpo inconsciente del hombre a lo que parece una silla alta para niños. En ese momento, la pantalla se parte y aparece en ella un agujero rojo, brillante. La pared que ocupa se rompe, el laboratorio se agita. El equipamiento de Hollywood que hasta ahora se había mantenido estable ha fallado. La doctora Bang grita algo hacia la cámara antes de que nuestra pantalla se funda a negro.

Graskamp agita un dedo y una moto con una forma similar a un delfín y dos plazas desciende enganchada a la pared contraria a la pantalla. Las ruedas salen a su posición justo antes de que toque el suelo, y la moto se vuelve invisible. Siguiendo las órdenes de la mujer, me coloco detrás de ella. Pronto, una especie de cubierta redondeada aparece desde detrás y nos envuelve.

—Agárrate bien.

La compuerta del laboratorio se abre y la moto sale disparada. El camión está tirado en un ángulo de noventa grados en medio de un enorme vertedero. La carrocería ha quedado abultada por los ataques recibidos hasta ahora y parece a punto de romperse. Drones voladores y coches robots destrozados ruedan por el suelo aquí y allá. Veo un pequeño destello en el cielo: un dron, enzarzado hasta hace segundos en la batalla, vuela hacia el oeste con su membrana de invisibilidad parpadeando. La mitad eran nuestros, mientras que la otra mitad eran a saber de quién. Otro con la membrana ya

inservible cae al vacío. Desde esta distancia no puedo saber de qué bando es.

El *worm* se activa y se abre una ventana: es un mapa. El punto rojo que corre en dirección oeste es la moto en la que estamos montados. Y desde esa misma dirección, un punto verde se acerca a nosotros a toda prisa, rodeado de puntos amarillos que parpadean. A su vez, estos están rodeados de puntos azules.

Se abre una nueva ventana. En la parte inferior aparece el rostro retorcido de dolor de la doctora Bang a través de una lente óptica. Agitada, dice algo mientras escupe saliva en un idioma que no puedo identificar ni suponer de dónde proviene. No es afrikáans, tampoco laosiano... Lo más parecido sería el *pig latin*. ¿No me digas que es eso...?

Se abre una tercera ventana y aparece un vídeo grabado por uno de nuestros drones. Una moto de contornos contoneantes y difusos por la membrana de invisibilidad corre a gran velocidad por el vertedero. A su alrededor parpadean pequeños drones que le disparan. A lo lejos se ve otra moto avanzar hacia ella, acompañada de una nube de drones que ha salido del camión que dejamos atrás. Cierro todas las ventanas y dirijo la vista hacia la moto casi invisible que nos viene de frente. El espacio alrededor retumba con los sonidos de disparos que vienen de todos lados y amenazan con romperlo. El campo de batalla de unas bestias invisibles. Aprieto los dientes y cierro los ojos. Soy ya demasiado viejo para estas cosas.

La moto gira y da un salto. Dos ametralladoras salen de la parte frontal y disparan balas aguja al aire. Dos drones caen derribados, sacudiendo el suelo en el impacto. Abriendo un solo ojo, grito. Dos drones más, ya sin membrana, vuelan hacia la otra moto. Uno de ellos choca con un tercero invisible y termina cayendo a un lado,

pero el segundo consigue colisionar contra ella. Saltan unas chispas amarillas, trozos de metal salen desperdigados.

El cielo centellea por un momento. Mi *worm* se apaga, y los drones que han estado acribillándose entre ellos con balas aguja pierden su capa invisible al mismo tiempo y se precipitan contra el suelo. Uno de ellos acababa de detonar su bomba de ondas electromagnéticas.

Me bajo de la moto de un salto. La otra está tan destrozada que no puedo distinguir su forma. Rastreo los alrededores en busca de los cuerpos de Choi Kangwu y la doctora Bang. Veo algo que parece la mitad de un cadáver atrapado bajo unos escombros. Lo compruebo igualmente.

Oigo una risita a mi espalda. En ese momento, me doy cuenta de que todo esto no ha sido más que un juego planeado por la bruja verde.

—¿Cuánto de esto ha sido real? —pregunto.

—Nada de lo que has visto en esa pantalla estaba pasando de verdad, Mac. ¿Qué te parece? No está nada mal, ¿eh? Ha sido demasiado teatral, pero no tendría gracia si fuese realista.

—¿Y el camión de Choi Kangwu? ¿Está bien?

—Los tres camiones eran un señuelo. ¿Cómo íbamos a hacer una operación tan delicada en un camión? ¡Por favor! Tu amigo no ha salido en ningún momento de nuestro edificio. Bueno, ahora sí está fuera. La intervención ha acabado hace diez minutos, así que le hemos dejado salir.

Un nombre recordado demasiado tarde

Mi *worm* se enciende otra vez. Está vacío. Mi secretario personal con la voz de George Sanders ha desaparecido, y ha volado todo excepto el programa básico. Pruebo a intentar contactar con el LK, pero es inútil. He quedado completamente separado del grupo. ¿Cómo voy a explicarles esto? Trato de decirme que ya lo pensaré luego, pero la ansiedad no desaparece de mi interior.

Había seguido el procedimiento estándar. Me había dado a mí mismo cinco días de descanso antes de ir hacia Bandar Seri Begawan. La cosa no pintaba tan mal. Hubo un intento de asesinato, sí, pero la diligente Miriam ya estaba al cargo de todo, por lo que mi presencia no era obligatoria. Choi Kangwu y yo abandonamos Patusan en diferentes vuelos. Dada la situación, desde Asuntos Exteriores esto se vería como que yo, como jefe de la unidad, me estaba asegurando de proteger a Choi Kangwu de otro posible intento de asesinato. Es una mentira convincente con varias capas. También había activado antes de irme mi avatar para casos de emergencia, el cual podría cumplir con mi papel de espantapájaros siempre y cuando no se diera ningún asunto complicado. Y aunque ese avatar fuese descubierto, tengo otro plan de reserva. Así era mi trabajo. Mentir y pensar artimañas era mi pan de cada día.

Lo único que me preocupa es cómo se vería justo esta artimaña a ojos de Rex Tamaki.

Desde el momento en que nos conocimos, ambos nos vimos como a un oponente de ajedrez. En teoría, nuestros trabajos no están

relacionados, por lo que no hay motivos para competir. Pero cuando una compañía contrata a la vez a dos organizaciones criminales y les asigna puestos cercanos, lo más natural del mundo es que se entrometan en los asuntos del otro. Y más todavía si el jefe que los ha contratado fallece de repente y la lealtad hacia él desaparece del mapa. A pesar de que el presidente Han disfrutaba de esta tensa relación y trató de fomentar la cooperación entre nuestras unidades, sus sucesores, no tan perversos como él, seguramente pensarían que sería más efectivo ponernos en el mismo equipo, o bien librarse de uno de los dos. El único motivo por el que aún no se ha hecho esto reside en la vagancia de Ross Lee.

Los de Seguridad son siempre los primeros en obtener información, lo que siempre pone a Asuntos Exteriores en peor posición. Por eso mismo nos estresamos tanto a la hora de recabar datos. Lo que sea que haga esa gente en nombre de la empresa no es asunto nuestro. No obstante, si se trata de un complot contra nosotros, la situación cambia.

Esto es lo único que sé de forma segura sobre Rex Tamaki: es un hombre laico, sin creencias, visión ni inclinación política. En su tiempo libre se dedica a ir de mujer en mujer, y es adicto al peligro. Otra razón por la que estamos en desventaja en este juego: a diferencia de mí, a él sí le divierte jugar a esto. Por eso, aunque ha tenido mucho tiempo para averiguar mi identidad, simplemente ha preferido guardarse ese as en la manga, incluso tras la muerte del presidente. El mundo es un patio de recreo para él, y tanto yo como mi unidad no somos más que juguetes. De ahí también que los de Seguridad no cooperen del todo con Han Suhyeon. Para Tamaki, ese tipo es la persona más aburrida del mundo entero.

No parece que Seguridad estuviese detrás del intento de asesinato de Choi Kangwu. En primer lugar, porque fue un intento pésimo. Es

difícil pensar en una razón por la que fingieran ser tan ineptos. Las probabilidades de que, igual que nosotros, estén por ahí buscando al verdadero culpable son muy altas. El problema está en lo cerca que estén ya de la verdad. ¿Y si ya se han hecho con ella? ¿Cómo pensarán usarla?

Vale, tendré que confiar en Miriam. Después de todo, nadie detecta mejor que ella los movimientos de la Unidad de Seguridad.

Me levanto y me miro en el espejo. Mi rostro tiene un aspecto algo similar al que tenía antes de la cirugía, pero con un aire totalmente diferente y diez años más joven. Mi pelo, muy corto y teñido de un marrón oscuro. El implante cosmético me causa cierta irritación, pero puedo soportarlo. Han tardado casi dos horas. Ahora tengo más curiosidad por saber con qué otras técnicas contarán en el equipo de efectos visuales de Green Fairy. Aunque mejor no pensar en los posibles efectos secundarios de después.

Abro la puerta y salgo. Recorro un largo pasillo y llego a una sala. Allí, dos pacientes están jugando al pimpón. Hay otras dos personas más observando una pantalla con la mirada ida. En esta, una orquesta de únicamente veinte mujeres con vestidos blancos está tocando un vals del siglo xx.

Me siento en el sofá y conecto con el *worm* a la información pública del hospital. Un tipo con un nombre desconocido pero con mi cara lleva ingresado aquí tres días. El currículum también es bastante creíble. Mientras que nadie me hable de repente en tagalo, creo que podré suplantarlo sin problemas. No veo ningún paciente registrado bajo el nombre de Choi Kangwu. Deben de haberlo ocultado aún mejor.

Sumac Graskamp entra en la sala acompañada de un médico. Me levanto y me acerco a ellos sin prisas. El médico se separa de nosotros y se mete en una habitación cercana, mientras que

Graskamp y yo tomamos el ascensor. Hasta ahora habíamos estado en el segundo piso, pero ahora subimos hasta el duodécimo.

Choi Kangwu está en la habitación 1205. Aún no ha recobrado el conocimiento. Su rostro se ve muy hinchado tras la operación en la que los cirujanos de Green Fairy le han colocado a su antojo un implante cosmético. Aún no está activado, por lo que su aspecto no ha cambiado mucho. A excepción de que está afeitado, aunque supongo que será por la intervención quirúrgica.

—Analizando los drones recogidos, hemos averiguado quién nos atacó. O mejor dicho, el qué. La compañía de logística TGGA y Servicios HYO —me anuncia Graskamp.

—¿Y qué significa todo eso?

—No son abreviaturas, solo han juntado letras al azar. Ambas son empresas creadas por una IA que ha surgido de la nada en la web. Esto lleva pasando ya tres años, y comenzó en Laos. He oído que también hay varias empresas de estas en Kenia y Ruanda, pero seguro que hay más por ahí. Todo el mundo está pendiente a ver qué pasa con eso, sin querer inmiscuirse. Creo que es mejor estar preparados. La era de los humanos llega a su fin. Pronto, incluso el LK terminará convirtiéndose en otra entidad de la IA.

»En cuanto a los de Seguridad, no hallamos ningún rastro. Parece ser que todo desapareció tras el ataque de los drones. Aunque están bajo la vigilancia del Gobierno de Laos, así que ya tenemos algo. No quieren compartir información con nosotros, pero ahora tenemos el rastro de ese rastro, y la policía lo está siguiendo en estos momentos.

—¿Y si es un señuelo pensado para vosotros?

—También hemos previsto esa posibilidad, pero ¿por qué harían algo así? No sería más que una pérdida de tiempo para ambas partes. Cambiando de tema, hemos terminado de limpiar más o

menos el cerebro de Choi Kangwu, haciendo también una copia de seguridad del *worm*. Aunque no podemos leer los datos. Para eso necesitamos su cerebro. Avísame cuando se despierte.

La bruja verde sale de la habitación, donde solo permanecemos él y yo. Me quedo mirando su cuerpo tendido en la cama y me dejo caer con un quejido en la silla que hay al lado. Me siento como si hubiese rescatado un perro enorme abandonado y lo hubiese traído al veterinario. Como si un pequeño acto innecesario se hubiera ido haciendo cada vez más grande, como una bola de nieve. ¿Era esta mi única solución? ¿No habría sido mejor tomar el dinero ganado hasta ahora y los tesoros del presidente, dejar el LK y esconderme donde sea? Aún no es tarde para ello. Si me quedo con Green Fairy, digo yo que me darán algo que hacer. Y Han Suhyeon no tendría ningún motivo por el que seguir persiguiéndome, ¿no?

Por supuesto que lo tendría, ¿por qué no iba a hacerlo? Sacudo la cabeza en medio de mi monólogo interno. He estado hasta hace poco presumiendo de mi importancia, todo para protegerme a mí mismo después del fallecimiento del presidente, dando la impresión de que quizá Han Jeonghyeok me había dado más de lo que él creía. Bueno, también era para impulsar a mi unidad y demostrar que no tenía intención de dejarme ganar por otros departamentos. Pero, pensándolo bien, no fui más que un idiota. Y aunque Han Suhyeon lo es también, él no está solo. Tiene a mucha gente astuta cubriéndole las espaldas, ya que así sacan beneficio. Esas personas han ido cada una por su cuenta hasta este momento, pero ¿hasta cuándo durará eso? ¿Qué pasará cuando Ross Lee se retire y toda esa gente se agrupe con Han Suhyeon? Cuando eso pase, Tamaki ya habrá escogido bando. Y viendo que ya no puede divertirse más conmigo, se aburrirá de mí.

Lo único que puede salvarme ahora es hacer que todo mi fanfarroneo de antes se haga realidad.

Choi Kangwu se retuerce. El monitor sobre la cama se enciende y se oye una alarma. Él abre la boca y deja escapar un gemido. Su cuerpo vuelve a convulsionar, y la camilla de metal tiembla. De repente abre los ojos, se aferra a mi brazo izquierdo con fuerza y empieza a soltar un torrente de maldiciones en otro idioma. Sus insultos en coreano, antiguos y ya pasados de moda, lejos de asustarme me parecen ridículos.

Dos enfermeras entran corriendo, nos separan y le inyectan un tranquilizante en el cuello. Sus gritos se transforman en llanto. Me cuelo entre las dos enfermeras. Por un momento, el hombre mira a la nada con los ojos desenfocados, abriéndolos como platos al encontrar por fin mi cara.

—Yo los maté, Mac. ¡Maté a esa gente!

Aunque era su voz, su forma de hablar se parece tanto a la del difunto presidente Han que resulta hasta sospechoso.

—¿A quién?

—A Adnan Ahmed. Y a esa otra gente...

Los calmantes por fin hacen efecto, y su voz se va debilitando. Lo dejo bajo los cuidados de las enfermeras y salgo de la habitación con expresión confusa.

La gente a la que maté

Adnan Ahmed era un geólogo contratado por Construcciones LK. Era el hijo de un pescador de Patusan, donde había pasado casi toda su infancia. Fue a la universidad en Taprobana e hizo un doctorado en el Instituto Avanzado de Ciencias y Tecnología de Corea. Construcciones LK ya le había echado el ojo desde el primer momento, pensando en usar las estructuras geológicas subterráneas como esponjas de Patusan en la construcción de una ciudad subterránea. Hay una placa en algún lugar de Patusan con su nombre y un poema de tres versos bajo él, escrito en coreano por un poeta contratado por el LK. Comisionado por el presidente Han, este se pasó un año en la ciudad escribiendo poemas en honor a los obreros fallecidos o desaparecidos durante la construcción. Todos dicen que los poemas están bastante bien para ser escritos por encargo de una compañía, pero yo no tengo ni idea de poesía coreana.

Adnan era un tipo de casi dos metros de alto, con cabello largo y rizado que le llegaba a los hombros. No era guapo, pero su sonrisa afable causaba una muy buena impresión. A diferencia de los coreanos con los que trabajaba, él tampoco se eliminó la barba. Era un hombre inteligente y talentoso, además de sencillo y honesto. Salimos juntos por una semana y nos acostamos dos veces. No estoy diciendo que fuese gay. Solo era un chico joven que buscaba tener todo tipo de estímulos y experiencias.

Hace una década, en Patusan, cualquiera con un cargo ligeramente alto en el LK se vio obligado a tomar una dura decisión, aún más para un tipo tan sencillo y honesto como Adnan: ¿convertirse en un perro de una compañía internacional o luchar por tus compatriotas? Cualquier persona normal trataría de encontrar un punto medio, pero eso no funcionaba para Adnan. Tanto su amor por el ascensor espacial como su orgullo de ser ciudadano de Patusan eran igual de apasionados, y no pudo conciliarlos.

Por ese entonces, aún no existía el Frente de Liberación de Patusan. No era más que un aglomerado de muchas opiniones, descontento e ira. Y en medio de todo esto, Adnan decidió ser fiel a sí mismo y a lo que amaba. Una postura peligrosa, la verdad.

Muchísima gente intentó aprovecharse de él. Este ingenuo geólogo trató de mantener la cabeza alta y seguir su propia voluntad. Claramente, esto solo le convirtió en el blanco de todos, y sus enemigos aumentaron. Fue un giro inesperado en su historia. Nunca se había imaginado que se convertiría en una figura política, en alguien odiado por tantos.

Adnan le caía bien al presidente Han Jeonghyeok. Le resultaba molesto, pero le caía bien. Decía que era un tipo decente, de principios sólidos y que no buscaba el camino fácil. A veces se llevaba algún que otro insulto como oportunista o chaquetero, aunque los auténticos oportunistas eran quienes lo rodeaban. Y para estos, la transparencia política era el arma más fácil que tenían. Por supuesto, el presidente Han estaba preparado para librarse de Adnan de inmediato en cuanto afectara a sus beneficios.

Y entonces ocurrió lo de los tres abogados.

Sus nombres eran Lee Jaechan, Kang Yeongsu y Jeong Mungyeong, y eran parte del equipo legal de LK Space. Aunque, más que abogados, eran unos estafadores. Su tarea consistía en usar los

vacíos legales de Patusan, impensables en la era espacial de hoy, en beneficio de la empresa. Tenían más trabajo de lo que uno puede pensar. Podía pasar de todo en los tribunales de Patusan.

Si al menos se hubiesen centrado solo en su deber, yo no tendría ninguna necesidad de saberme sus nombres. Pero no, tenían que cometer un acto horrible. Una noche lluviosa de domingo, de regreso al barrio antiguo tras haber estado divirtiéndose en la ciudad, violaron a dos niñas de trece años. Una de ellas murió en el acto.

Fue algo premeditado. La posibilidad de que un empleado corriente con un *worm* cometiera un crimen así era imposible, ya que el implante mandaría una señal a la empresa en el momento que se le ocurriera algo así. Eso implica no solo que esos tipejos los habían manipulado de alguna forma de antemano, pensando usar ese dato más tarde como coartada, sino que llevaban meses detrás de las víctimas.

A pesar de haber sido drogada, la víctima superviviente recordaba la cara de uno de los violadores. Incluso que había sido un grupo de tres personas. No obstante, no se pudo encontrar ninguna prueba de ADN, y tampoco desmontar la coartada que tenían. Y aunque parecía obvio que esos tipos habían editado de alguna forma los vídeos de las cámaras de seguridad y los drones, en sí eso no contaba como una prueba. La imagen del grupo LK, que ya era mala de por sí, comenzó a caer en picado como lluvia torrencial. Y nada menos que en época de elecciones, con la madre de la víctima fallecida ocupando un cargo importante en el Partido Dora. Aunque fueran una minoría, los nativos de Patusan podían obstaculizar los planes de la compañía.

Por lo tanto, el presidente Han quería una solución limpia, y la tarea quedó encargada a Rex Tamaki, el nuevo miembro de la

Unidad de Seguridad. Tras pedir cuatro días de descanso, voló hasta Yakarta, secuestró uno a uno a esos abogados, que habían huido hasta allí, y los envió de vuelta en cajas.

Cuando los criminales se despertaron, estaban frente a frente con la víctima que sobrevivió y la madre de la otra chica. Entonces, el presidente Han explicó a ambas que aquellos tipos no podían ser procesados por ley, y acto seguido les ofreció siete armas blancas de aspecto horripilante con dientes de sierra, diseñadas por Tamaki personalmente para infligir el mayor sufrimiento posible. Él mismo les explicó con amabilidad que, dependiendo de dónde cortasen, el dolor sería mayor y podían alargar la tortura por mucho más tiempo. Cada una tomó el arma que mejor le pareció, y, después de tres horas y media de gritos, los violadores murieron. La Unidad de Seguridad se encargó de los cadáveres, y se provocó un accidente de yate para nada sospechoso cerca de Yakarta. Sin duda, Tamaki tenía muy buena mano para crear coartadas.

Es un final feliz. Pero, aún después de muertos, esos tres criminales jugaban sucio. Molestos porque la empresa no los había protegido, tomaron en secreto documentos del equipo legal de LK Space y los metieron en una caja fuerte de datos. Y una vez los tres terminaron desaparecidos, la información que había allí dentro fue enviada a todo tipo de fuerzas políticas de Patusan.

El equipo legal se encargó de la mayoría de esos datos, mientras que el resto recayó en Asuntos Exteriores. La empresa nos contrató desde un principio para trabajos como ese. Tratamos de atar cabos sueltos lo mejor que pudimos, pero semejante filtración de información dejó expuestos varios vacíos legales que habíamos enterrado bajo capas y capas. Concretamente uno en el que, según el decreto del juez al cargo, los nativos de Patusan podían reclamar el cuarenta por ciento de la tierra donde se estaba construyendo la

nueva ciudad. El odio hacia el LK estaba por las nubes, en parte debido al caso de la violación, y no tenía pinta de que fuese a asentarse pronto. Y tampoco es que la madre de la víctima pudiera cubrir mucho terreno que digamos. No podía ir por ahí relatando ese acto de justicia de Han Jeonghyeok en el que ella misma se había manchado las manos de sangre. En lo que respectaba a la opinión pública, la muerte de aquellos violadores no había sido cosa del LK, sino del destino.

—¿Qué tiene que ver Adnan Ahmed con este caso? —pregunta Graskamp.

—Él se encontraba entre las cincuenta personas que podían reclamar parte de la tierra, y era primo de la niña asesinada. Pero, en ese momento, la empresa no podía dejarlo marchar bajo ningún concepto. Además, ya he dicho que le caía bien al presidente Han. De la noche a la mañana, Adnan se había convertido en la persona más importante de Patusan, y al contrario de lo que habría hecho antes, decidió reunir a los trabajadores y presionar a la compañía.

»Ahora bien, la gran ventaja del presidente Han era que comprendía a la perfección los puntos fuertes y débiles del adversario, y sabía darles un buen uso. ¿Y cuál sería la ventaja de Adnan? Pues que era un tipo honesto, sincero y que no tenía nada que ocultar. Era simple, directo. Tal vez antes parecía un tipo complejo, considerando como se vería desde fuera esa lucha interna entre su pasión por la isla y la que sentía por el LK. Pero, aun así, lo que era realmente complejo era la situación, no él. Por eso, cuando dio un paso adelante, incluso quienes estaban en su contra le siguieron. Se trata de un poder que solo la gente sencilla y honesta puede tener.

»¿Qué se hace en estos casos? El presidente tuvo que jugársela. Llamó aparte a Adnan y le contó cómo murieron aquellos violadores.

Al compartir ese secreto, le convirtió en cómplice. Creo que, a partir de ese momento, Adnan se sintió sucio. Supo que se había hecho justicia, pero ya no podía seguir siendo tan sincero como antes. Desde ese momento, los suyos notarían que algo no andaba bien con él y supondrían que se había pasado al bando del presidente. Tampoco estaban del todo equivocados. De esa forma, con una simple maniobra, el presidente había creado una grieta en aquel grupo de cincuenta personas.

—¿Por qué no sé nada de esta historia? Tampoco es que me encargue de todos los procesos del LK, pero es imposible que yo no me enterase de esto.

—Bueno, es que todo terminó enseguida. La empresa y el grupo de cincuenta personas llegaron a un acuerdo con relativa facilidad. El Partido Dora se encargó de enfriar ese odio en contra del LK, con la madre de la chica fallecida apoyando a la compañía de forma oficial. En cuanto a Adnan y varios de sus compañeros, murieron en una explosión provocada por un grupo de terroristas cristianos extremistas. El sentimiento general fue de pena y lástima, con algún que otro insulto. En cualquier caso, el puesto que había ocupado Adnan quedó vacío por un tiempo, pues no había nadie que conociese tan bien la estructura geológica de la isla como él. Se decía que, gracias a su experiencia, sabía por intuición un diez por ciento de las incógnitas que la IA aún no puede comprender. No, yo tampoco entiendo qué diablos significa eso, pero bueno.

»Yo también me creí esta historia. ¿Qué razón tendría para no hacerlo? Siempre ha habido choques entre la gente de Patusan y el LK. Por ese entonces, no sabía nada sobre la ejecución de los violadores a manos del presidente, por lo que tampoco tenía idea de lo seria que era la situación. Incluso ahora hay muchísimas cosas

que desconozco. Pero es esa ignorancia hacia lo que realmente está pasando lo que hace que nuestras mentiras sean más creíbles.

—¿Y qué se supone que pasó en realidad?

—De esas cincuenta personas, fallecieron treinta y ocho. Creyendo que la empresa estaba usando a Adnan para manipularlos, el grupo se reunió en nuestra zona de obras y se alzó en una protesta. Supongo que no tenían pensado provocar nada, solo montar un poco de pelea con Adnan. Creo que este, en un intento de proteger tanto al LK como a sí mismo, había terminado contando la verdad sobre lo que había pasado con los violadores. Esto podría haber hecho que la situación mejorase, pero sucedió al contrario, cómo no. A esa gente no le importaba que esos violadores hubiesen muerto; lo que sí les interesaba era usar esa nueva información para achicar la influencia del Partido Dora y atacar de nuevo a la compañía. Terminó interviniendo la Unidad de Seguridad, con la aprobación del presidente. El grupo estaba situado en un punto geológico muy arriesgado, supongo que el estrés de calcular la matanza no fue demasiado alto. Además, ya era una zona geológica muy delicada, iba a derrumbarse antes o después. Hubiese intervenido la empresa o no.

»A partir de aquí, la historia no son más que patrañas. La Unidad de Seguridad reemplazó a treinta y cinco de las treinta y ocho personas por entidades virtuales. Gente que solo existía en papel y online sustituyó a los fallecidos. La mayoría de ellos eran considerados extranjeros a pesar de tener padres de Patusan, por lo que manipular los datos fue más fácil. Sin embargo, no podían encargarse del mismo modo de Adnan y sus compañeros. No quedó otra que meter en la narrativa a los terroristas cristianos. Tampoco era una mentira muy grande. Ya habían detectado a esos tipos colocando explosivos en la torre del ascensor en otras dos

ocasiones. Además, actuaban con una organización tan mala que no se enteraban bien de qué miembro había hecho qué. Todavía creen que realmente fueron ellos los responsables de ese ataque terrorista.

—Y mientras sucedía todo eso, ¿vosotros no teníais ni idea?

—Supusimos que nos faltaban piezas del puzzle, viendo cómo Tamaki se paseaba con una estúpida sonrisa en la cara.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza. Nada de eso encaja con Han Jeonghyeok. Entiendo que le molestase que los violadores se hubieran ido de rositas, y que, si la empresa miraba a otro lado, terminaría pagando por ello. ¡Pero hay tantas formas más seguras de resolver algo así! La Unidad de Seguridad podría haber fabricado pruebas falsas, igual que hicieron esos tipos con sus coartadas. O bien, ¿no podría una compañía tan grande como el LK haberse encargado de esos tres abogados sin tanto lío? En fin... Según lo que dices, Han Jeonghyeok habría tenido cientos de soluciones distintas en las que no tendría que ensuciarse las manos de sangre, pero decidió comportarse como Ernst Stavro Blofeld.

—¿Quién?

—Pues uno, eso no importa. La cosa es que, con tirar por error una ficha de dominó, caen todas. Al final, todo sale mal. ¿Es que no tenía a gente lista por allí, o algún asistente de IA? ¿O sí, pero decidió ignorarlos? ¿Por qué alguien tan inteligente y realista como él haría una tontería como esta?

—Por amor.

—¿Qué chorrada estás diciendo?

—Es una chorrada, pero es verdad. Fue porque se enamoró. Tanto la ciudad de Patusan como el ascensor espacial son un regalo de parte de Han Jeonghyeok para Kim Jaein. Y no quería ensuciar su regalo para ella. Si aparecía una mancha como esos violadores, tenía que eliminarla de inmediato. Más que mandarlos a la cárcel, recurrió

a un castigo aún más perfecto. En ese momento, le pareció una solución racional. Sin embargo, lo cierto es que actuó sin pensar, movido por un deseo personal inconfesable, con lo que la situación se complicó aún más. Y ahora, ese sentimiento de culpa enterrado está empezando a despertar junto con sus memorias en el cerebro de Choi Kangwu.

Desaparecido

La habitación del hospital está vacía.

La cama está deshecha, y el armario, abierto. Todos los aparatos eléctricos, incluyendo la lámpara, están desconectados. En la papelería hay un trozo de papel desechado, con mi nombre escrito en una esquina. Parece que iba a dejarme un mensaje, pero había cambiado de idea.

—¿Cómo de listo es tu amiguito? —pregunta Graskamp.

—Hace años pensaba que perseguir mariposas era lo más divertido del mundo.

—Eso no responde a mi pregunta. ¿Es lo suficientemente listo como para burlar nuestra seguridad y salir del hospital?

Parece ofendida. Debe de haber herido su orgullo que un novato como Choi Kangwu haya traspasado la red de seguridad de Green Fairy. Tengo que calmarla mostrándole que no es tan bobo como parece.

—Con la ayuda del biorrobot, sabe muchísimo acerca de Patusan y del ascensor espacial. Pero ¿ayudaría eso a la hora de escapar de un hospital? No lo creo. Por más que lo piense, no es algo que haya podido hacer él solo. Debe de haber recibido ayuda desde fuera. El *worm* debe de haberse conectado a algo externo al iniciarse.

—Entonces, ¿me estás diciendo que un entusiasta de las mariposas, en un posible estado de delirio que le hace creerse Han Jeonghyeok, se ha escapado con la ayuda de alguien desconocido y podría estar deambulando por alguna parte de Vientián?

Intento imaginarme la posibilidad de que el fantasma del presidente Han, almacenado en forma de datos digitales, reanimado en un *worm* y metido en el cerebro de Choi Kangwu, pueda someter la consciencia de este. Me imagino al presidente, ahora con un cuerpo joven, sano y atractivo, seduciendo a Kim Jaein. Parece lo más probable, tanto que no creo que sea eso. Él no es una persona tan obvia. Tampoco puedo imaginarme a esa mujer fría como la protagonista de una novela gótica del siglo XIX siguiéndole el juego de esa manera. Además de que todo esto resulta repulsivo, algo que seguro que el presidente Han también sabía. De ahí que ocultase con desesperación sus pensamientos. Por más que cambie de cuerpo, ese asco no desaparece.

En cuanto a la parte técnica, suena complicada. Copiar parte de las memorias de alguien y traspasarlas no era algo tan difícil, pero ¿trasladar una consciencia al cerebro de otra persona? En algún momento se podrá, pero ahora no. Aunque circulan por ahí rumores de que una gran compañía internacional como el grupo LK cuenta con un superequipamiento científico, sería imposible mantener una tecnología tan avanzada en secreto por mucho tiempo. Toda tecnología existe en una fina y estrecha red de conocimiento colectivo.

De modo que quien está ahí fuera sigue siendo Choi Kangwu. El mismo que porta un fragmento de las memorias de Han Jeonghyeok y puede burlar la seguridad de Green Fairy. No obstante, ¿de quién habría sido la idea de fugarse del hospital? ¿Y de quién la voluntad para hacerlo?

Supongo que Choi Kangwu. Es la elección espontánea, simple y estúpida de alguien como él.

Reviso en mi móvil la información proporcionada por la IA de Green Fairy. Aparecen varias posibles trayectorias. Las medidas que

había tomado para camuflar su rastro, perfectas durante unos veinte minutos o así, comienzan a perder el efecto. Ha puesto un esfuerzo sorprendente en su huida. Cómo decirlo... Es como traer una excavadora para una tarea en la que basta con usar una palita de jardinería. La red de tráfico de todo Vientián es un caos por su culpa.

Tengo que pensar como Choi Kangwu. Si estuviese desconcertado por el miedo y contase con el poder de detener la ciudad entera de golpe, ¿qué medio de transporte tomaría? Nada de aviones, desde luego. Tiene que ser algo rápido, flexible y con privacidad asegurada. Algo con lo que salir de Vientián cuanto antes.

Busco todos los medios de transporte que lleva el LK en Vientián. No aparece nada. No obstante, hay una posible ruta que me llama la atención, una que pasa por un puerto cerca de nuestra sede.

Salgo del hospital junto con Graskamp y montamos de nuevo en la moto. Al llegar al puerto entro en el hangar de la empresa con mi código de Asuntos Exteriores, que por suerte aún puedo usar. Compruebo que falta algo: un hidroavión de cuatro plazas de uso ejecutivo. Menos mal que queda otro.

—¿Qué harás cuando le atrapes?

La bruja verde pregunta mientras yo, subido a la nave, abro a la fuerza el cierre de seguridad.

—Ser lo más razonable posible y persuadirlo —le contesto.

—¿Qué sabréis vosotros de lo que es razonable y lo que no?

No tengo ningún comentario al respecto.

El pecado de otro

Me bajo de la nave en el puerto de Tamoe, donde veo el primer hidroavión ahí atracado como si nada. Está vacío, claro. Cuando me acerco, parece encogerse como una bestia sorprendida, retrocede y despegue sin que nadie lo maneje. No hacia Laos, sino a Patusan. Cuando llegue al hangar, los robots se encargarán del mantenimiento y repostaje, y una vez terminada la tarea regresará por sí solo a Vientián. Nada de lo que yo tenga que preocuparme.

Sin ningún plan en concreto, camino hacia el Distrito de Gondal. No creo ni por un instante que Choi Kangwu esté en Tamoe. Si realmente una parte del presidente Han ha despertado en algún rincón de su cerebro, lo más probable es que no esté en esa ciudad aburrida y sin personalidad, sino en el mayor vertedero creado por la empresa: el Distrito de Gondal.

El Gobierno de Tamoe había intentado de todas maneras hacer desaparecer este lugar, o al menos mejorarlo, aunque sin éxito. A pesar de que habíamos llegado a una era en la que una inmensa IA se encarga de la construcción y administración pública de las ciudades como por arte de magia, tratando de disminuir la pobreza, sigue habiendo rincones a los que no llega. Siempre llenos de basura. El LK también trató por un tiempo de convertir este sitio en una romántica comunidad capaz de ser autosuficiente, igual que hizo con los asentamientos en Pala. Pero, a diferencia de los habitantes de dichos asentamientos, la gente de aquí no tiene objetivos ni

determinación. Todos aquellos que encajan bien con Pala ya están allí.

Vengo aquí solo una o dos veces al año, pero conozco bien la zona. Puedo guiarme por este laberinto de contenedores oxidados incluso sin la ayuda del *worm*. Hasta sé dónde viven algunas personas influyentes. Al mismo tiempo, los drones del tamaño de una mosca que vuelan por aquí están pasando la información de este lugar a Seguridad y a Asuntos Exteriores. Por mucho que haya encubierto mi aterrizaje y usado el implante cosmético de Green Fairy para cambiar mi aspecto, mi unidad no tardará en enterarse de mi presencia aquí.

Mientras camino por un callejón, voy descartando uno a uno los sitios donde Choi Kangwu no iría nunca. Solo con eso, desaparece el sesenta por ciento del distrito. Eso me deja con los pisos francos que Seguridad tiene dispersos por la zona. Antes de nada, tengo que detenerme en algún sitio y trazar un plan. ¿Y qué mejor sitio que una de esas bases? Saco el móvil y busco algún contenedor vacío. No hay muchos, unos siete.

El primero ya está siendo usado como almacén por alguien. El segundo está ocupado por cinco niños de ojos hundidos, con pinta de ser adictos a alguna droga digital. El tercero está en la cima de una colina. La cuesta arriba es un fastidio, pero es el que está más cerca, así que no queda otra.

Oigo tres silbidos a mi espalda. Tres chicos adolescentes salen de alguna parte y comienzan a seguirme, silbando el tema musical del grupo LK. Es la melodía del ascensor espacial y de Patusan. Parecen divertirse al darse cuenta de la peculiar armonía que crean. Noto cierta hostilidad y odio en la expresión de uno de ellos, pero con ese cuerpo delgaducho y la barriga inflada, no supone ninguna amenaza. ¿Por qué vivís aquí de esta manera? Solo prestando vuestra mente y

cuerpo al LK cada día por cinco horas, podríais salir de esta cloaca llena de violadores y ladrones, recibir mejor comida y medicamentos y dejar de ser un peligro para los demás.

Llego al tercer contenedor. Pienso en sacar mi pistola eléctrica y asustar a los chicos con ella, pero veo que se han parado a mitad del camino, con la vista clavada en mí mientras mastican un extraño palo marrón. La brisa nocturna me seca el sudor de la frente, y calmo mi respiración. Unos bichos voladores cuyo nombre desconozco se pegan a mi cara. Seguro que la mitad de los insectos de este sitio han sido traídos de vuelta a este mundo por los científicos del LK.

Giro el pomo y abro la puerta. Las persianas de todas las ventanas están echadas, y la lámpara no funciona. Enciendo la linterna del móvil y entro. Noto algo pegajoso en la suela del zapato. Es sangre. El suelo entero es un charco de sangre. Y en medio de él, veo una mano izquierda, enorme y blanca, de la que brota ese líquido rojizo. No es de Choi Kangwu. Es demasiado grande y peluda.

La mano está unida a un brazo musculoso como el de un luchador, cortado por el hombro. El cuerpo sin brazo aún conserva la cabeza, casi cortada del todo y aferrada a duras penas al cuello. La giro con la punta del pie. Ojos grises muy abiertos, pelo rubio muy corto, un tatuaje de un carnotauru cubriendo la mitad de la frente. Es Håkon Larsen, la mano derecha de Rex Tamaki.

El arma que le ha partido en dos está tirada junto a su cabeza. A primera vista, parece un *grip* de mano blanco, de esos de hacer ejercicio. Al sostenerlo, no obstante, noto una presión en la mano y un segundo *grip* sale de la nada. Están conectados con tubos del LK, del mismo material de los cables del ascensor espacial que se fabrican sin descanso en la fábrica de Patusan. Aunque tosca, es un arma con la que se puede cortar por la mitad a una persona como si

fuese mantequilla. Sí, puedo imaginármelo. El sadismo de Larsen no podría quedar satisfecho solo con poner una bala en la cabeza de alguien con una pistola eléctrica, así que tenía que llevar consigo esto para despedazar el cadáver. Supongo que no le salió bien la jugada. Ya sabía yo que terminaría muriendo de esa forma. A ver, era un tipo que tenía sesenta nunchakus expuestos en su casa.

Busco alrededor por si veo parte del cuerpo de Choi Kangwu, pero no está. En su lugar encuentro una chaqueta de traje rasgada y manchada de sangre. Eso sí es de él. Entonces, me fijo en una tira de ropa interior, supongo que de Larsen. Choi debe de haberla usado como vendaje. No parece que haya salido muy herido.

Salgo del contenedor. Los chicos siguen en el mismo sitio, masticando esos palos. A lo mejor han visto a Choi Kangwu y a Håkon Larsen entrar aquí, así como al primero salir solo. Pero no siento que tengan mucha curiosidad. No somos lo suficientemente interesantes para ellos.

Desde la colina observo la plaza del pueblo, destrozada hace poco por la Unidad de Seguridad del LK. Las farolas brillantes están encendidas, y la gente se reúne. Como si me hubiera venido la inspiración, camino hacia allí.

Una mujer ya algo mayor está dando un discurso que no entiendo. Debe de estar hablando en buginés, un idioma que en la vida me he planteado aprender. Si mi *worm* estuviera conectado con la empresa, podría traducirlo, pero solo puedo mezclarme entre la multitud sin comprender esos gritos.

De repente, la masa de gente se mueve. Oigo una voz familiar: es Choi Kangwu. Poco después, veo cómo sube al escenario, con la espalda de la camisa empapada de sangre. Entonces, el idiota se pone a hablar en buginés. Leo como puedo los subtítulos en romance que aparecen en la parte baja de mi visión, transcritos por

el *worm*. No entiendo qué significa, pero conozco los nombres que menciona. Son los de las treinta y ocho personas asesinadas que rescaté hace poco de mi memoria. Aunque no pueda traducir las siguientes frases cortas que dice, no me hace falta. «Yo maté a estas personas. Soy un asesino.» Está tratando de lavar el pecado de otro. Se me viene a la cabeza la estatua de la Virgen que tiene en su cuarto. ¿Es esta la forma de pensar de los católicos? ¿No es básicamente un suicidio?

Tras quedarse embobada por un momento, la muchedumbre avanza a empujones hacia el escenario y tiran de Choi Kangwu hacia abajo. No veo lo que ocurre, pero puedo oír los chillidos. Saco la pistola eléctrica y avanzo como puedo hacia el lugar de donde salen los gritos.

Entonces oigo tras de mí un disparo. La turba se tranquiliza. Al darme la vuelta, me topo con el rostro de alguien que jamás habría esperado ver aquí. Es la alcaldesa Nia Abbas, guardada por cuatro mujeres armadas. La multitud se abre en dos como el mar Rojo y se ve a Choi Kangwu, tirado en el suelo como una masa sanguinolenta.

En ese momento la alcaldesa se dirige a la gente en buginés. Aunque no entiendo lo que dice, está hablando con ese tono suyo de siempre que indica que todo va bien, no pasa nada. Varias personas gritan, pero ella alza los hombros y responde con voz cansada. Poco a poco, todos se tranquilizan y empiezan a dispersarse.

Choi Kangwu se levanta tambaleándose. Su cara sucia se tuerce en un gesto de dolor. La situación es un anticlímax que no se había podido imaginar. A pesar de que había venido aquí decidido a morir, la alcaldesa había convertido su acto en un insignificante alboroto.

Dos de las mujeres le ayudan a incorporarse. La alcaldesa frunce el ceño como si le diera pena y empieza a hablar:

—Antes de nada, ¿no te has parado a pensar en los que tenemos que encargarnos de tu numerito? Si mueres, todo acabaría para ti, claro, pero ¿qué pasa con nosotros, con la investigación en la que llevamos años y años? ¿Qué pasa con esta pobre gente, a la que ibas a convertir en asesinos?

—P-pero...

Ella corta su balbuceo de golpe.

—Tú y el resto de los del LK tenéis que empezar a vivir en el presente. Ya no os basta solo con imitar a los imperialistas occidentales del siglo XIX, ¿ahora encima imitáis su culpa? ¿No os podrías saltar varios pasos? ¿Qué pretendías, en una era en la que ya hay un ascensor que lleva a la gente al espacio? ¿Acaso os parecemos todavía salvajes salidos de esas viejas novelas británicas?

Una segunda inspección

—La verdad es que Tamaki hizo bien su trabajo —sigue la alcaldesa—. Al principio no teníamos ni idea de lo de esas treinta y ocho personas. Supongo que igual que vosotros en Asuntos Exteriores, ¿no? Pero ¿de verdad creías que esto era algo que podía permanecer oculto por siempre? La gente no desaparece con tanta facilidad. Fueron decenas de personas con familiares y amigos, era imposible que a nadie le hubiese parecido sospechoso. La única opción era enterrar ese oscuro incidente bajo un montón de conspiraciones. Sin embargo, el desencadenante de que todas ellas terminaran cayendo una a una y revelando la verdad fue esa operación que realizasteis en Asuntos Exteriores.

—Es que se nos da mejor ocultar datos —contesto de forma distraída.

—Llevábamos cinco años investigando. Y, hace dos, teníamos ya las pruebas suficientes como para coaccionar al presidente Han. No imaginábamos que el viejo fallecería así, de repente. También tuvimos que posponer todo debido a las elecciones. Pero esa información sigue siendo una baza política. Y no tenemos intención de tirarlo todo a la basura solo porque tu nuevo empleado haya sido poseído por un fantasma y se sienta culpable.

—¿Significa eso que no tiene intención de revelar la verdad?

—Lo haremos en algún momento, por supuesto. Pero ¿qué nos quedará cuando lo hagamos? Todo esto no será más que otro crimen del grupo LK que añadir a la lista. Ni siquiera es el más

grave. Hoy en día, vuestra empresa arrasa con las vidas y situaciones económicas de innumerables personas, algo ya tan normal y corriente que a nadie le importa. Pero este caso en concreto es especial, ya que está manchado con la culpa del difunto presidente. Eso supone una gran ventaja.

—Entonces, ¿qué van a hacer ahora?

—Pues cooperar con Jaein. Ross Lee queda descartado, y Han Suhyeon no es más que la versión desmejorada de su abuelo. Ninguno de los dos es un buen objetivo para chantajear.

—Kim Jaein no tiene posibilidades de apoderarse del grupo LK.

—Me da igual quién lleve las riendas de la empresa. Ross Lee apenas hace nada y el LK sigue funcionando igual que antes. Poco a poco, la compañía se escapa del control humano. Y Jaein es la persona del grupo más cercana a su IA. También fue mi compañera de cuarto en la universidad, aunque supongo que ya lo sabrás.

Claro, en algún momento lo supe. Ni Kim Jaein ni ella me interesan en absoluto, así que no es que retenga mucho sobre ellas.

Observo la sala donde llevamos ya casi una hora. Es el sótano de una comisaría situada en una punta del Distrito de Gondal, que están reformando para ampliar las instalaciones. El hecho de que la alcaldesa esté usando este sitio a su antojo podría significar que el Gobierno de Tamoe está involucrado en esto. O quizá simplemente es una mujer muy habilidosa a la hora de negociar.

La puerta del baño se abre y sale Choi Kangwu. Va vestido con la ropa nueva que han comprado los subordinados de la alcaldesa, y, quitando las marcas de golpes aquí y allá, su cara está limpia. Tan solo crispada por la ira y la vergüenza. El simplón se habría imaginado un final perfecto: sacrificarse por los pecados del presidente Han, purificar la torre del ascensor y todo lo relacionado con Kim Jaein. No obstante, la aparición de Nia Abbas en escena

rompió en pedazos ese plan. Ahora que se le ha pasado ese subidón de adrenalina, tiene miedo de morir, echa de menos a su hermana en Yeongwol y no sabe qué hacer. No hace falta ser télépata para saberlo.

—He matado a un hombre.

Lo dice como con la esperanza de que ese asesinato añadiera algo más de peso a su patética existencia.

—Lo sé, pero no se puede demostrar. No hace mucho que dos empleados de la Unidad de Seguridad han estado merodeando por el escenario del crimen, y a la hora siguiente ha habido un incendio. Los drones lo han apagado lanzando unos proyectiles de extinción, pero no sacarán ningún cadáver. De hecho, hace veinticinco minutos ha salido una noticia en el telediario de Patusan avisando del fallecimiento de Håkon Larsen. Un empleado de LK Space, de cuarenta y tres años, fallecido en un accidente de avioneta cerca de la costa. Que si le gustaban los deportes de riesgo, que si no se ha podido encontrar su cuerpo... etcétera, etcétera. En fin, lo que quedase de él se habrá convertido en comida para tiburones. Al menos aporta algo a la naturaleza, lo cual no está tan mal — contesta la alcaldesa.

—Eso no cambia el hecho de que yo sea un asesino.

—Vamos, ha sido en defensa propia. Cualquiera se defendería si alguien se le tirase encima para cortarle el cuello con un tubo del LK. Tu vida es más importante que la de los demás, siempre. Incluso el propio Larsen estaría de acuerdo. Ahora, pasemos a lo más importante: ¿quién eres? ¿Aún eres Choi Kangwu?

Tras vacilar, este asiente despacio.

—¿Tienes los recuerdos del difunto presidente Han Jeonghyeok?

Asiente de nuevo.

—Entonces, ¿sabes quién mató al presidente? —arremete la mujer.

Clavo mi mirada en ella, sin poder creerlo. Sin embargo, ella ignora todas las señales que le mando, sin que desaparezca esa expresión somnolienta de su cara.

Choi Kangwu, aún de pie, abandona su postura incómoda y se deja caer en el sofá que hay frente a Nia Abbas. Su rostro se va suavizando.

—¿Qué es lo que sabe? —pregunta.

—¿Lo de que el presidente Han falleció por sobredosis de soma-T? Si fuera cierto, entonces habría muerto tomando una de esas nuevas drogas para astronautas creadas por él mismo. Su cuerpo fue cremado sin pasar por una autopsia, por lo que no podemos probarlo, pero sí sabemos que mostró síntomas similares a los que provoca el consumo de soma-T. O tal vez no. Sin embargo, todo esto es muy extraño. Si hubiese vivido un mes más, nuestra situación actual sería totalmente diferente. Él ya sabía que estábamos al tanto de que había disfrazado aquel homicidio como un accidente, y estaba preparado para negociar con nosotros. La torre ya estaba terminada y funcionando a la perfección. Había abierto a la humanidad el camino hacia las estrellas, y eso era suficiente. No importaba tanto que el monopolio de LK Space sobre la torre se estuviera desmoronando. Aunque hubiera gente dentro del propio LK que no estuviera dispuesta a aceptarlo. Así que, te preguntaré de nuevo: ¿nuestras suposiciones son correctas?

—E-eso creo...

—¿Sabes quién lo mató?

—No. Siempre tuvo miedo de no saber quién lo asesinaría, pero mi memoria está incompleta. Fragmentada como si fueran recortes de revistas. Creo que el último recuerdo que tengo es de diez días

antes de su muerte, cuando la Ópera Nacional de Australia actuaba aquí con *Il trovatore*. Me acuerdo de que, cuando Renata Yoon cantó «¡Rugen las llamas!», el presidente lloró tan fuerte que le temblaba todo el cuerpo. Sabía que estabais al corriente de la masacre, y también es verdad que se sentía culpable por ello. No sé en qué pensaría. Por ese entonces, estaba en un estado de pánico. A pesar de que desde fuera parecía estar disfrutando de sus últimos años dorados, tras el telón todo se iba complicando más y más. Me parece que había decidido verse con vosotros, pero no estoy seguro. Lo que tengo no son más que memorias ajenas y faltan partes importantes. No es que estén desordenadas, es todo lo que hay. A veces creo que me convierto en el presidente, soltando cosas que él mismo dijo, pero nada más. Creo que no tenía intención de darme más que esto. Eso es lo que siento.

La conversación se corta. Choi Kangwu no tiene nada más que decir, y la alcaldesa no parece tener intención de seguir hablando. Alterno mi mirada entre ambos y asimilo la información. Lo más absurdo de todo es que apenas había algo que yo no supiera. Los rumores de que el presidente había sido envenenado comenzaron a circular desde el mismo día de su muerte. También estaba familiarizado con el de que ese veneno se llamaba soma-T. Por supuesto, también se decía que el asesino era un miembro del LK. De hecho, nosotros fabricamos esa parte. Ahora que lo pienso, creo que fui yo el que se inventó lo de soma-T. Todo encajaba demasiado bien, lo que haría que esos rumores no fueran creíbles. Si quisiera, podría inventarme un arsenal de argumentos falsos para rebatir el planteamiento de Choi Kangwu y la alcaldesa, aunque todos basados en la verdad. Pero ¿para qué? Estamos aquí para desenmascarar la verdad, mi aportación no serviría de nada.

—¿A quién se refiere con «nosotros»? —pregunto al fin a la alcaldesa.

—Al Gobierno de Patusan. No me refiero al Frente de Liberación, ni tampoco a la minoría del Partido Dora. ¿De veras pensabas que renunciaríamos a nuestra soberanía tan a la ligera, para quedar como simples títeres del grupo LK? Sin embargo, no tengo intención de ponerme a hablar ahora de nativo-centrismo, ni de echar al LK ni nacionalizar el ascensor espacial. Nuestro objetivo es formar un Gobierno propio y funcional. Un país que pueda proteger a su gente del exceso de grandes compañías que controlan la isla; un país íntegro que no mire a otro lado cuando el presidente de uno de esos *chaebol* acabe con decenas de personas bajo la excusa de que estorban en sus asuntos, que no dé las gracias a ese mismo asesino que dice haberlo hecho por nuestro bien y en nombre de la justicia.

Regreso a Patusan

Choi Kangwu y yo nos encontramos sobre la cubierta del ferri que conecta Tamoe con Patusan. La ligera lluvia que caía ha cesado hace unos minutos, pero el cielo sigue estando oscuro. Veo unas estrellas moradas que desaparecen poco a poco entre las nubes del cielo sobre la isla de Patusan. Son los *spiders* transportando las piezas de repuesto del transbordador espacial *Dejah Thoris III*, con destino a Marte. Cuando esté terminada, será la mayor nave espacial creada por la humanidad.

Desde el momento en que el ascensor de Patusan entró en funcionamiento, cosas antes solo posibles en la imaginación comenzaron a materializarse. Las naves y estaciones espaciales eran de un lujo y un tamaño antes impensables. El año pasado, el número de naves que cazaban asteroides pasó del millar. Para el año que viene, un grupo de unas mil quinientas mininaves se embarcarán en un viaje de cuarenta y cinco años en dirección a Próxima Centauri, y en cinco años dará comienzo la construcción de la primera colonia de cilindros de O'Neill. El espacio se está convirtiendo cada vez más en un lugar adaptado para los humanos, y a una velocidad sorprendente.

Con una gorra de béisbol negra bien calada en la cabeza, Choi Kangwu observa la superficie brillante del mar, distraído. Aunque de perfil se veía todavía rastro de su cara original, al quitarse la gorra es alguien completamente diferente. Y para él, mi rostro era igual de desconocido. Diferente al de antes, y también al que tenía cuando

salí del hospital de Vientián. Es uno más joven, redondo, de aire tan tranquilo que parezco hasta tonto.

Nuestros *worms* ya se han conectado entre sí. Ahora puedo ver y escuchar lo mismo que él, y viceversa. A diferencia de antes, los implantes no están conectados a la IA de Patusan, por lo que siento que estoy esposado a él dentro de una jaula de cristal.

El ferri entra despacio en el puerto. Los pasajeros en cubierta bajan por las escaleras y, al pie de estas, unos robots de transporte empiezan a descargar cajas y equipajes. Los edificios de cristal brillan con un fulgor amarillo, reflejando la luz del sol que pasa por los huecos entre las nubes.

Tras bajarnos del barco, nos unimos a un grupo de trabajadores que fluyen hacia la nueva ciudad. La mayoría de ellos no son empleados del LK, sino que forman parte de la empresa de mano de obra Dobbs, subcontratada por el LK y con sede en Pala. Es lo único que queda de la familia Dobbs, que reinaron como reyes sobre los nativos durante cerca de doscientos años. En teoría, nosotros también somos sus empleados: somos los hermanos Eugene Hwang y Winston Hwang, según nuestras identificaciones. Con nuestras nuevas apariencias alteradas por el implante cosmético, nos parecemos bastante.

Los hermanos Hwang son trabajadores H2, por lo que son mano de obra de nivel intermedio. En el LK, estos empleados tienen que ir de vez en cuando al baño, comer y descansar, y pueden también distraerse, pero pueden encargarse de las tareas más complicadas, casi como pequeños robots de bajo coste. Aún quedan varios sitios donde ofrecen mano de obra más barata que las máquinas, y los H2 entran en ese territorio.

La mayoría de ellos trabajan en las Entrañas, una parte de la ciudad sin ventanas. Ese nombre quizá sea demasiado exacto. Dos

plantas de fisión nuclear, fábricas productoras de cables y *spiders*, canales de transporte e instalaciones que tratan el agua de mar y aguas residuales. Es decir, todo lo necesario para mantener a Patusan viva y en funcionamiento se encuentra en las entrañas de la tierra, dentro de la montaña. Mientras tanto, la superficie de la nueva ciudad no es más que una apariencia hermosa, brillante como un puñado de piedras preciosas.

«Algún día llegará el momento en que no serán necesarios.»

Así habló el presidente Han Jeonghyeok un año antes de su fallecimiento, mientras observaba a los trabajadores H2 montados en exoesqueletos y trabajando en los raíles que conectaban la segunda central eléctrica con el puerto:

«Y cuando eso pase, las personas no harán nada productivo, solo serán unas masas de codicia. Andréi Kostomárov dice que seguirá fabricando esas chatarras suyas y llenará el sistema solar con billones de personas, pero ¿luego qué hará con tanta gente? La ambición humana es monótona y aburrida. ¿De veras podemos considerar el construir un zoológico con millones y millones de monos espaciales como nuestro objetivo final?»

No se molestó en sacar este tema delante de Kostomárov, el mayor cliente de LK Space. Y aunque lo hubiese hecho, habría dado igual. Todavía no era capaz de fabricar cilindros de O'Neill sin recurrir a nosotros. No sería hasta dentro de unos treinta años que podría lograr construir su propio ascensor espacial, y aunque eso pase, lo más probable es que se hiciera en Marte.

El puesto que la alcaldesa nos ha asignado es una antigua mina de cobre, agotada desde hace dos siglos. Esta miserable cueva, usada por un tiempo como bar y club, estuvo abandonada por más de ochenta años. Ahora mismo están de obras para convertirla en el almacén de un museo. Pasamos la mañana trabajando en nuestro

puesto, haciendo como que estamos ocupados con tareas triviales, y en cuanto llega el primer almuerzo de las once, salimos de la mina con disimulo. Duchados y vestidos con ropa informal, nos infiltramos en la multitud de la nueva ciudad. Una marea de empleados de empresas espaciales venidas de treinta y dos países, científicos, turistas y gente del sector servicios. A diferencia de los H2, son personas que llegan hasta la superficie de la ciudad.

Nos colamos entre miembros del Ballet Nacional Checo haciendo una entrevista online, robots botones cargados con equipajes que corren de un lado para otro como dando volteretas, chicas discutiendo sobre un posible tercer sistema planetario donde se ha encontrado vida y turistas estadounidenses que marchan detrás de un dron con su bandera, y avanzamos hacia la plaza Rosa. Tallado en la ladera de la montaña, este espacio circular de unos doscientos metros de diámetro es de los pocos puntos al aire libre de la ciudad.

En el centro de la plaza, rodeados de un público, hay tres personas: Nia Abbas, Andréi Kostomárov y Kim Jaein. Llevan desde las once hablando sobre el proyecto Argos, consistente en hacer flotar doscientos telescopios en la órbita entre Júpiter y Saturno. La alcaldesa habla sin entusiasmo a un ritmo monótono, Kostomárov no deja de parlotear emocionado sobre su visión y Kim Jaein trata de ponerle los pies en la tierra con calma. Aumentan las preguntas, que se dirigen ahora a estos dos últimos. Kim Jaein contesta con eficiencia y da respuestas breves y precisas, mientras que el hombre parece ver cada cuestión como una excusa para dar otro discurso, acaparando todo el tiempo. En caso de que ese proyecto tenga éxito, se convertirá en el evento más grande de la historia de la humanidad, junto con la posibilidad de viajar directamente a otros planetas... Al menos, eso dicen.

El evento termina a las doce y cuarenta. Kostomárov sube por las escaleras mecánicas al aeropuerto, y la alcaldesa vuelve al ayuntamiento. En cuanto a Kim Jaein, entra en el ascensor para trabajadores del LK, acompañada de otras dos personas. Usando nuestras identificaciones de la compañía de desarrollo espacial Dédalo, pasamos el control y vamos detrás. El ascensor comienza a bajar y se oye una canción del siglo xx, que solo suena cuando Kim Jaein se sube en él. Se trata de la banda sonora de la película *En una isla tranquila al sur*, por el director de orquesta Percy Faith. Creo que es como un guiño de la IA de Patusan hacia ella, pero no sé qué significará. El humor de las máquinas y el de las personas no coinciden casi nunca.

Kim Jaein lleva un traje negro de Reventon, con el pelo recogido en una coleta larga. Su cara pequeña y sin maquillar tiene un aire cruel y decidido. La simetría de sus facciones es tan perfecta que el diminuto lunar que tiene en la mejilla derecha destaca aún más. Clava la vista en un rincón superior del ascensor, como si estuviera retando a un fantasma a una competición de sostener la mirada.

Miro de reojo a Choi Kangwu. Nervioso, se mira con fijeza las zapatillas, temblando. Ahora que lo pienso, es la primera vez que ve a Kim Jaein con sus propios ojos, sin ser el presidente Han. Si esto fuera una novela con él de protagonista, sería el momento de embadurnar con palabras de amor, pero ahora mismo da una lástima terrible. A lo mejor está demasiado en shock como para pensar en nada.

La puerta del ascensor se abre y salimos todos en grupo. Kim Jaein camina hacia una pantalla prolongada pegada a una pared, y nosotros nos hacemos a un lado, junto a un dispensador de agua. El rostro de una mujer que ocupa la pantalla es el de Stella Siwatula, la

directora general de la Policía Internacional. Deduzco de qué está hablando, aunque solo Kim Jaein puede oírla.

El Nido, la base de los *spiders*, está a cincuenta metros por debajo del nivel del mar. Debido a la palabra «ascensor», habrá gente que se lo imagine como una simple caja que sube y baja sin descanso por unos cables, pero los *spiders* que los recorren son todos naves independientes, con funciones y aspectos diferentes dependiendo de sus tareas y cuyas capacidades mejoran sin descanso. No todos ellos se usan para transportar cargas o personas. Los cinco *spiders* que cuelgan ahora de los cables son para el mantenimiento y desarrollo. Estos pequeños trabajadores suben colándose entre los «buses» y «camiones» cargados de pasajeros y mercancías, añadiendo volumen a los cables con los finísimos hilos que son los tubos del LK. El cable que había al principio, similar a un hilo de araña, pronto pasó a ser dos, y desde entonces ha seguido creciendo, cada vez más grueso, alargado y mejorado.

El ascensor ocupa el centro del Nido. Desde ahí, los *spiders* suben por los raíles y conectan con los cables del piso superior. A pesar de que dichos cables empiezan a doscientos metros por encima del mar, hay otro equipo de mantenimiento aparte que se encarga de su cuidado hasta llegar arriba.

Hoy, un total de tres *spiders* han subido a órbita usando el pilar del ascensor. Dos de ellos cargados de piezas de repuesto para la *Dejah Thoris III*, mientras que el otro llevaba alimentos para la tripulación que trabajaba en la estación espacial. Y justo ahora llegan otros con forma de gotas de agua achatadas, encargados de llevar a los astronautas de la nave *Clement*, con destino a Mercurio. Unos empleados cargan las cápsulas espaciales para ese viaje de dos días. Aunque el ascensor ha mejorado mucho, su velocidad es

uno de sus puntos débiles. Pero aquellos con menos paciencia pueden optar por los *skyhooks*, otro de los servicios de LK Space.

El rostro de Siwatula desaparece de la pantalla, sustituido por una nueva imagen publicitaria del LK: una niña montada a lomos de un dragón, volando hacia el espacio. Kim Jaein conversa con los trabajadores encargados de revisar los *spiders*. Tras tomar una buena bocanada de aire, avanzo hacia ellos.

—Buenas, Kim Jaein. Soy Tawahara Tatsuya, de la compañía de desarrollo espacial Dédalo. Le envié ayer un correo.

Ella asiente y caminamos despacio hasta donde está esperando Choi Kangwu. Al estar a punto de rozar mi brazo, veo que la mujer pone cara de asco. Recuerdo, ya un poco tarde, que odia el más mínimo contacto físico.

Mi mente trabaja a toda velocidad. Innumerables líneas nos conectan a ella y a mí, la tripulación que tenemos detrás, los empleados que examinan los *spiders* y Choi Kangwu, dibujando polígonos en constante cambio. Una vez se agrupan en una forma precisa, saco la pistola eléctrica con la mano derecha, rodeo la cintura de Kim Jaein con el brazo izquierdo y aprieto el arma contra su cabeza.

—Atención todos, esto no es un simulacro. Fuera de aquí, si os importa algo la vida de esta mujer.

En un instante, el silencio se apodera del Nido. Parece que les basta con oír los gemidos de Kim Jaein bajo mi agarre.

Poco a poco, la multitud se dispersa. A excepción de un guardaespaldas, que nos planta cara en el sitio. Coloco la boca de la pistola en el cuello de Kim Jaein y pulso el botón azul que hay sobre el gatillo. Tras un pequeño pitido, se dispara un dardo tranquilizante. Agito el arma en el aire, y tras coger en brazos el cuerpo inconsciente de la rehén, doy unos pasos atrás. Una vez se han ido

todos, uso el programa Golem que traigo preparado en mi *worm* y bloqueo todas las salidas y redes de comunicaciones. Al perder el conocimiento, el de Kim Jaein ha quedado inactivo. Al menos, es lo que esperamos que se crea la gente de fuera.

Coloco a la mujer tumbada en un sofá rojo pegado a la pared. Choi Kangwu me ofrece su ayuda, pero la rechazo. Siento que le hago un favor a Kim Jaein si evito que le ponga la mano encima.

La pantalla que antes mostraba aquel anuncio ahora ha pasado a un titular de última hora. Aparece Maxine Seonwu, la periodista de IA del telediario de Patusan.

«Se ha producido la toma de un rehén en el Nido, en la torre de Patusan. Los criminales, tras infiltrarse utilizando las identificaciones de los trabajadores de la compañía de desarrollo espacial Dédalo Tawahara Tatsuya y Cho Minjung, tienen retenida a Kim Jaein, directora del Centro de Investigación y Desarrollo Espacial LK. Aún no se saben las condiciones que exigen...»

La noticia es interrumpida por otra:

«Los secuestradores son Eugene Hwang y Winston Hwang, trabajadores H2 de la empresa de mano de obra Dobbs. No obstante, parece ser que estas identidades son falsas. Hasta el momento, ninguno de los empleados H2 sabe quiénes son...».

De repente, la pantalla se apaga y siento una presencia detrás de mí. Por un momento pienso que se trata del fantasma del presidente Han, pero no. Es algo mucho más físico, con sustancia. Me doy la vuelta.

El espectro de Kim Jaein me observa, esbozando una ligera sonrisa. Mi vista salta entre la Kim Jaein que está tumbada en el sofá a mi espalda y la aparición que tengo delante. Tras comprobar las imágenes de lo que ve Choi Kangwu, confirmo que no soy el

único que ve esto. Por un instante, siento fascinación por saber cómo funciona la cabeza de Kim Jaein.

Entonces, el espectro abre la boca:

—¿Qué demonios le habéis hecho a Ross Lee?

Un culpable inesperado

El presidente Han solía decir que lo único valioso de Ross Lee es que básicamente no existe. No se posiciona en nada, no pertenece a ningún grupo, y carece de carisma, capacidad de liderazgo y visión. No tiene ni puntos fuertes ni débiles. Limpio, inofensivo y sin nada que ocultar. Tal vez con un gusto excesivo por los hombres jóvenes y guapos, se lamentaba no hace mucho por su divorcio de su segundo marido, que por edad podría ser su sobrino. Sin embargo, este defecto no es nada en comparación con otras personas de la empresa.

«Supongo que Ross Lee ocupará mi puesto —dijo en su momento el presidente Han con expresión aburrida—. En cuanto me muera, querrán que la empresa siga funcionando por inercia, sin que nada cambie. Y así todos contentos.»

Bajo el mando de Ross Lee, el grupo LK fluía tal y como se esperaba. LK Space estaba consiguiendo grandes logros, y a pesar de que ocurrían otras cosas aparte, marcadas por ese dinamismo tan coreano, Ross Lee no se entrometía en nada. Daba la impresión de que el propio presidente Han estaba más presente y activo en la empresa que él.

Teniendo en cuenta esto, imagínate la sorpresa que me llevé cuando los técnicos de Green Fairy encontraron un rastro dejado por Ross Lee en el cerebro de Neberu O'Shaughnessy. No solo porque me hubiesen engañado como a un tonto, eso no es lo importante. Lo que más me enfureció fue descubrir que ese tipo no era alguien

insustancial y con la cabeza hueca. Mira, yo qué sé. A lo mejor he estado todo este tiempo enamorado en secreto de su simplicidad, de su estupidez.

Hablando por teléfono con Sumac Graskamp antes de nuestra jugada de secuestrar a Kim Jaein, me había dicho con voz calmada:

—Metiendo a Ross Lee en la ecuación, todo tiene sentido. A Han Jeonghyeok le preocupaba que Han Suhyeon o Seguridad quisieran sacarle del juego, hasta estaba preparado para ello. Así que ¿quién más podría traspasar ese muro de sospecha y envenenarle? ¿Habría esperado el presidente que su amigo de treinta años fuera a asesinarlo?

—Pero ¿cuál sería su motivo? Es un tipo sin ansias ni ambición. Incluso ahora, está sentado en ese puesto por obligación.

—No sé, ni que fuese yo adivina. Pero tenemos pruebas, tanto en el cerebro de O'Shaughnessy como en LK Robótica y Seguridad. Es nuestro «culpable inesperado», uno que jamás habría levantado sospechas.

—Ross Lee nunca ha tomado el control sobre Seguridad. Ya sé que dije que, desde nuestra unidad, no teníamos ni idea de lo que pasaba allí dentro, pero conozco bien a Rex Tamaki. Él no actuaría siguiendo las órdenes de un tipo como Ross Lee. De hecho, lo despreciaba. Y aun si fuera verdad y estuviera bajo su mando, habría sido mucho más prudente.

—Tienes razón, el verdadero culpable fue muy descuidado. Por eso mismo pudimos encontrar tantas pruebas que apuntan a Ross Lee. Ni él ni Han Suhyeon controlan Seguridad por completo. Pero no habíamos caído en que dentro de esa unidad hay ingenieros muy amigos de Ross Lee, aunque solo podrían haberle ayudado eliminando pruebas dentro de Seguridad. Al no poder recurrir a agentes de campo, no tuvieron más opción que trazar ese

enrevesado plan para eliminar a Choi Kangwu. Y el único al que podían enviar para ello era O'Shaughnessy.

—¿Y el ataque que sufrimos en Vientián?

—No fue la Unidad de Seguridad, sino otra empresa distinta subcontratada por Han Suhyeon. Ese tipo te odia a muerte y lo sabes. ¿Crees que dejaría pasar una oportunidad de acabar contigo sin siquiera tener que mancharse las manos?

Trato de comprobar en mi cabeza la hipótesis de que todo lo que me está diciendo podría ser una trampa usando a Ross Lee como chivo expiatorio, un señuelo preparado por Han Suhyeon y los suyos para desviarnos de nuestro rumbo. Pero fracaso en el intento. Tanta ineptitud no puede ser a propósito. Y los descuidos siempre llevan la marca personal de quien los comete; en este caso, Ross Lee.

Una marioneta con cabeza de serrín se pone de golpe a cometer asesinatos, como alcanzada por un rayo. ¿Por qué? Ascender a la presidencia del grupo LK no le ha dado una autoridad absoluta, y tampoco es que tenga otra cosa que quiera hacer. Entonces, ¿por qué? Intento pensar en la razón por la que Ross Lee guardaría rencor al presidente Han Jeonghyeok, pero es en vano. Él no es una persona capaz de tener sentimientos tan negativos hacia alguien.

—Si tienes tanta curiosidad, ve a preguntarle. Te doy dos días.

—¿Y cuando pasen esos días?

—No puedo dejar que se vaya de rositas, Mac. No después de cómo trató a mi empleado. Tenemos un plan.

Graskamp me asignó cinco trabajadores de Green Fairy, y tan solo veintitrés horas después, Choi Kangwu y yo nos encontrábamos frente a Ross Lee en el duodécimo piso del Millenium Hilton de Teherán. Una hora después de que actuase por primera vez un grupo de danza moderna patrocinado por el grupo LK.

Y ahora, treinta y siete horas después de esa reunión, estamos cara a cara con el espectro de Kim Jaein, en el Nido de Patusan.

Parece tan real que resulta espeluznante. Si no fuera porque sé que se trata de una alucinación digital fabricada por mi implante, quizá hasta me creería que es de verdad. El tamaño es perfecto, así como sus sombras y el ritmo de sus pasos.

No, no es que parezca real. Lo es. La auténtica expresión de la identidad y las emociones de Kim Jaein no es el cuerpo que yace sobre el sofá, sino el espectro que tengo delante. Hasta se ve más humana que la Kim Jaein que yo conozco. Ya no va vestida con el traje, sino con ropa informal y holgada del mismo color, con pantuflas moradas en lugar de zapatos. Algunos finos mechones de pelo caen sobre su frente redonda. Apoya el peso en la pierna izquierda, con ambas manos metidas en los bolsillos del pantalón y esbozando una sonrisa traviesa. Su apariencia en sí es tan encantadora que resulta perturbador.

Por un momento, me quedo en blanco. El espectáculo de antes no ha sido más que una farsa organizada entre ella y yo, sin siquiera informarnos el uno al otro de nada mientras preparábamos el guion. Una vez queda terminado el primer acto de esta exquisita obra, viene el segundo, que es básicamente improvisar. Por lo tanto, no es tan sencillo como el primero. Además, no me esperaba esa extraña apariencia en ella, me ha pillado completamente desprevenido.

Por fin consigo arrancar a hablar, aunque entre balbuceos. Sobre el día en que conocí a Choi Kangwu, el intento de asesinato, la recuperación de las memorias del presidente Han, hasta el día en que irrumpimos en la habitación del hotel para vernos con Ross Lee. Choi Kangwu se pone rojo cada vez que su nombre sale en el relato, clavando la vista al suelo.

—Ross Lee no parecía muy sorprendido de vernos —me dirijo al espectro—. Es más, parecía que nos estaba esperando. Nos costó bastante subir hasta allí. No es que tuviera escolta ni nada de eso, pero es como si supiera que ese momento llegaría. Ya fuera ese día u otro distinto, nosotros o cualquier otra persona. Se había tomado muy en serio los crímenes que había cometido, no podía sacudirse de encima la culpa de algo tan grande. También sabía que debía enfrentarse a ellos, tarde o temprano. Entonces, todo cobró sentido. Ross Lee estaba obsesionado por la belleza estética casi tanto como Han Jeonghyeok. Por eso fue un ingeniero tan destacado en su juventud, claro. Y de ahí que esos dos se llevasen tan bien.

»Sin embargo, es aquí donde falta parte de la historia: ¿cuál fue el motivo? Esperaba que me diera una buena respuesta. Si me dijese que había acabado con su amigo de treinta años solo para convertirse en el líder de la empresa solo unos meses antes, sería una decepción, ¿no crees?

»Menos mal que no era eso. De hecho, tenía un motivo excelente. Uno que además encajaba a la perfección con él.

»Al principio pensé que tal vez todo estaba relacionado con el plan del Gobierno de Patusan para librarse del dominio del LK. Sin embargo, Ross Lee no tenía ni idea de esto. Tampoco sabía sobre la masacre que tuvo lugar. No podía saberlo, ya que tenía que cumplir con su función de ser la cara sonriente de la empresa. Al parecer, el presidente Han creía que debía cargar él solo con los crímenes y trapos sucios del LK. Suena un poco odioso, ahora que lo pienso.

»No obstante, sí sabía otras cosas. Como que el presidente se estaba preparando para lo que vendría después de su propia muerte. No solo traspasar sus memorias y objetivos a una inteligencia artificial, eso ya es algo muy común. Han Jeonghyeok

pretendía ir más allá, fusionando su consciencia con la IA del LK para convertirse en un dios.

»En un primer momento pensé que era una broma. Vale que yo no sea un experto en estos temas, pero sé que todavía es imposible trasladar una consciencia humana de esa manera. Volví a buscar sobre ello después de nuestra charla, pero nada. Sin embargo, el quid de la cuestión está en cuál era su objetivo y cómo está definido. Ahora mismo podríamos decir que la compañía sigue en marcha siguiendo la voluntad del difunto presidente, pero esto puede cambiar en cualquier momento a manos de los vivos. Y para combatir eso, Han Jeonghyeok necesitaba crear una existencia capaz de absorber información y reaccionar por voluntad propia. Si lo conseguía, ya no importaría la continuidad de la consciencia. La capacidad de actuar es más importante que esa continuidad. Lo que el presidente quería era construir un dios mecánico semejante a él, pero que trascendiera su ser.

»¿Acaso convertirse en un dios es algo tan horrible? No lo creo. Desde la aparición de las hachas de piedra, desde el descubrimiento del fuego, la humanidad ha buscado superarse a sí misma. Un hombre con un hacha era como un dios para aquellos que no tenían una. Y si nos fijamos, lo que el presidente pretendía es básicamente una extensión del trabajo de su vida. Lo que, a grandes rasgos, es una extensión natural de ese objetivo de la humanidad de mejorar y superarse.

»El problema no es que él quisiera convertirse en un dios, sino que en el proceso planease adueñarse de nuevo de la empresa, incluso después de morir. Nadie diría nada si solo quedase como una deidad. Pero si resulta que un muerto está tratando de entrometerse en los asuntos de los vivos, la situación es distinta.

»Aun sin la intervención del presidente Han, la influencia de la IA de la compañía va aumentando cada vez más. Aunque tratemos de evitarlo, al final los grandes conglomerados como el grupo LK se integrarán en una sola entidad artificial. Quizá ocurra lo mismo con los países dentro de un siglo. No importará que la gente trate de ejercer sus derechos y actuar con libertad, terminará siendo absorbida por esa red y convertida en un mero accesorio. Es un futuro inevitable, por más que pataleemos. La única opción que nos queda es hacer tiempo para prepararnos y adaptarnos.

»De nuevo, el problema es otro distinto. Todos saben que la IA del LK se mueve siguiendo la voluntad del presidente Han. Ahora mismo, eso es lo mejor para la compañía, pero ¿qué pasaría si un humano de mente estrecha venido de una era llena de prejuicios interviniera como un dios en el desarrollo de una enorme IA? La visión y ambición de un muerto no son más que elementos que se mueven por inercia, pero ¿y si hablásemos de un espíritu con consciencia y voluntad? La cosa cambia bastante. Quizá ese viejo fantasma diga que crece, aprende y está en constante desarrollo, pero ¿qué es lo que hay al final de ese desarrollo? ¿Qué pasaría si ese espectro tratase de apoderarse de la empresa más importante del mundo?

»Ross Lee decidió que debía detener sus planes, así que envenenó al presidente y borró los datos, tanto los de su *worm* como los que planeaba cargar en la IA. Sin embargo, eso no le bastó para quedarse tranquilo. Sabía que todavía podía quedar una parte de su fantasma escondida en algún rincón de la inmensa red del LK. Terminó dejando su deber en la compañía de lado, y quedó consumido por su búsqueda. Hasta ahora me burlaba de su pereza e incompetencia, pero sabiendo esto, no solo no es un inepto, sino que su holgazanería era en realidad desesperación.

»Y entonces entra en escena él, Choi Kangwu. Ross Lee era la única persona que sabía acerca de los sentimientos que el presidente Han tenía hacia ti. También era una de las pocas personas que se dio cuenta del parecido físico entre Choi Kangwu y Anton Choi. Hasta estaba detrás de los biorrobots implantados en los empleados de Green Fairy, recurriendo para ello a los ingenieros de Seguridad. En cuanto a los ingenieros de LK Robótica que comenzaron todo esto, también habían sido contratados por él antes incluso de que asesinara al presidente. No fue una increíble casualidad; no es que haya mucha gente en el mundo con ese nivel de habilidad. En fin, era cuestión de tiempo que la situación de Choi Kangwu saliera a la luz.

»Pero ¿sería eso todo? ¿Su único objetivo era traspasar parte de sus memorias a un hombre atractivo y tratar de seducirte? Ross Lee seguramente se preguntaría si el plan de su amigo podría ser tan patético. Y para comprobarlo, no le quedó otra que hacer que Choi Kangwu entrase en la compañía.

»Llegados a este punto, convertir a los empleados de Green Fairy en zombis usando los biorrobots tiene sentido. Necesitaba agentes de campo a los que dirigir, y solo disponía de los ingenieros de Seguridad. Lo suyo sería subcontratar otra empresa para esto, pero entiendo su necesidad de recurrir a su propia tecnología, aunque supusiera ir demasiado lejos. Puede que ahora parezca un tipo inofensivo, pero, hace años, Ross Lee era un científico loco. Después de todo, es el mismo tipo que creó una forma de vida artificial dos veces más grande que una ballena azul y la usó para producir tubos LK en la fábrica. No siempre fue tan cruel, pero a medida que ese gran propósito de salvar a la humanidad empezó a consumirle, también empezó a ver vidas como algo desechable.

»Fue tomando decisiones cada vez más arriesgadas. No dejaban de ocurrir incidentes inesperados, como la intervención de Asuntos Exteriores y que O'Shaughnessy fuese descubierto. Cuando acabó con este después de que fallara al extraerle el implante a Choi Kangwu, lo hizo en un estado de pánico. La situación se complicó, y Tamaki se dio cuenta. En cuanto a Han Suhyeon, también empezó a olerse lo que pasaba gracias a los chivatazos de Tamaki. Ross Lee tenía que librarse de ese nuevo empleado, quien ya era obvio que estaba relacionado con el plan de su amigo. Pero, a diferencia de los de Seguridad, él no tenía los medios para poder terminar con todo de forma rápida y simple. Así que no tuvo más opción que seguir con esas enrevesadas conspiraciones de la empresa, como en una novela de Agatha Christie. Para él, esa era la forma más rápida de salir adelante.

»"Jeonghyeok nunca murió. O al menos, es lo que yo pienso." Eso me dijo el propio Ross Lee: "Aunque lo maté y traté de eliminar su rastro, parte de él seguirá viviendo siempre en algún lugar de la empresa. Sentí que todos mis intentos por acabar con él solo estaban consiguiendo que viviera dentro de mí. Ya ni siquiera sé cuánto queda de mí mismo".

»Cuando le pregunté si se había rendido en su búsqueda, me dijo que no. "Al contrario, ahora entiendo su plan. ¿Cómo podría haberse preparado en caso de que alguien como yo planease matarlo? ¿Dónde escondería esos datos con su consciencia, tras librarse de gente como yo? ¿No se te viene a la cabeza enseguida, solo con pensarlo un poco?"

»Entonces señaló el cielo con el dedo. Le pregunté si se refería a la estación espacial al final del ascensor, pero sacudió la cabeza.

»"No, ese lugar es demasiado concurrido. Está más arriba. Me refiero al contrapeso."

Despertar

—¿Fue Green Fairy quien asesinó a Ross Lee? —pregunta el espectro.

—No, ¿por qué harían eso? Les venía mucho mejor mantenerlo con vida y usarlo. Lo que salió en las noticias es cierto. Ross Lee se suicidó inyectándose una cantidad mortal de soma-T. Ni siquiera lo hizo porque se sintiera culpable, a pesar de las muertes que provocó. Hasta dar su último aliento creyó que estaba haciendo lo mejor por la humanidad. El motivo de su suicidio fue otro: un amor no correspondido. Tres días antes, su segundo marido se marchó tras rechazar sus ruegos de volver juntos. No se suicidó por haber perdido la guerra, sino por amor. Esto y su orgullo eran más importantes para él que el destino de la humanidad. Aunque supongo que alguien como tú no lo entendería.

Enseguida me arrepiento de soltar esa última frase. Sin embargo, en ese momento me doy cuenta de por qué odiaba a Kim Jaein. Es su actitud. Es como un alienígena que nos mira por encima del hombro, despreciando nuestros deseos y emociones humanas. A pesar de esa carcasa de modales perfectos y amabilidad, esa odiosa faceta suya emana de manera constante un hedor químico o algo parecido.

Bueno, no sé bien qué pensar ya. El espectro que tengo delante no parece especialmente afectado por lo que acabo de decir. A diferencia de la Kim Jaein que yo conocía, me observa con una expresión llena de comprensión, y asiente con suavidad.

Quien sí está afectado por mis palabras es Choi Kangwu. De pie tras de mí como un poste, su rostro vuelve a encenderse rojo, como si alguien le hubiese dado a un interruptor.

—Lo siento. No debería haber dicho eso.

Balbuceo una disculpa, inundado de repente por la culpa.

—Está bien.

El espectro responde con una sonrisa. Luego, se sienta en el mismo sofá donde reposa su cuerpo. Es obvio que no lo hace por cansancio de estar de pie, supongo que querría cambiar de posición para ir con el ritmo de la conversación. El sofá rojo no se hunde bajo su peso, lo que le da el aspecto de estar hecho de piedra o metal.

«Mire, señor Gildong. Son trozos de estrellas.»

Recuerdo esa frase dicha por Choi Kangwu. Esa tan remilgada y sentimental que es difícil creer que sea de Kim Jaein. No creo que ni la aparición que tengo delante pudiera decirla. ¿Acaso Kim Jaein se permitía ser tan cursi con el presidente cuando estaban a solas?

—¿Alguna vez ha llamado al difunto presidente «señor Gildong»?

Kim Jaein niega con la cabeza.

—¿Entonces no es un recuerdo real?

—Supongo que es real. Es solo que quien aparece en él no soy yo.

—Las comisuras de sus labios se alzan en una expresión tan vaga que es imposible descifrar su significado—. La mitad de los recuerdos que esa persona tiene sobre mí..., no, más de la mitad son falsos. Él nunca quedaría satisfecho con la relación real que tenía conmigo, por lo que recurrió a la ficción para llenar ese vacío. Ahí dentro debe de haber innumerables versiones de mí. Unas más adorables y encantadoras, otras más frías y crueles, otras más eróticas y tentadoras, incluso una más yo que yo misma.

»Tampoco es tan raro. Todos tenemos nuestras fantasías y estamos en una era donde es posible materializarlas. ¿Crees que no

sé la cantidad de *fanfics* sobre mí que hay en internet? Lo único que diferencia al presidente Han del resto es que él tenía acceso a una tecnología mucho más avanzada. Una que usó para volver sus fantasías sobre mí.

»Nunca me forzó, ni tampoco exigió muestras de afecto. Siempre actuó como un pariente amable y mantuvo la distancia. No necesitaba nada más, con tantas fantasías en su cabeza. Me enteré de ellas hace relativamente poco, tras interrogar a las IA de Patusan.

»Lo que traspasó a Choi Kangwu serían sus recuerdos refinados, una selección de sus favoritos. Aunque es posible que fracasara en su intento de dejar solo recuerdos reales en este mundo. Me pregunto si esa memoria relacionada con “Señor Gildong” sería tan preciada para él.

—Quería unir esa versión idealizada de sí mismo contigo —comento.

Kim Jaein frunce el ceño.

—No, no creo que fuera eso. Simplemente buscaba dejar un pequeño autorretrato idealizado de sí mismo. Mantener con vida para siempre esas emociones más bellas y sus deseos, desde su punto de vista al menos. Nada más. No creo que se hubiera imaginado ninguna «unión» conmigo.

Tras esto, se levanta. Se gira hacia Choi Kangwu, quieto como una estatua mirándola, se mete de nuevo la mano en el bolsillo y camina con delicadeza, como si bailara. Él la observa con la expresión inocente de un niño, para de inmediato bajar de nuevo la cabeza, con la cara encendida.

—Sabes que tengo razón, ¿verdad, Choi Kangwu?

Él asiente despacio. Como si aceptase su derrota en una batalla que ni siquiera ha empezado.

Esto no encaja en mis planes. Tampoco es que hubiese calculado todas las variantes posibles, pero esto no lo vi venir. No imaginé que Kim Jaein dominaría a este tipo con tanta facilidad. Pensé que, al verla en persona, su fantasía romántica se quebraría, que recobraría al menos un poco el control sobre sí mismo.

Lo que está contando el espectro no es muy diferente a lo que me esperaba. Pero ¿dónde está esa mujer similar a un robot que yo conocía? ¿De dónde han salido esta actitud y expresiones, estos gestos y voz? ¿Acaso esa expresión gélida que me había mostrado hasta ahora no era más que una coraza, para protegerse a sí misma en la guerra del LK? ¿De dónde viene esa extraña cualidad que está desbaratando mis planes?

Se me cruzan los cables y me coloco entre ellos, ya harto.

—¿Entonces qué? ¿Para qué hemos pasado por todo esto? ¿Para qué hemos venido a verte hasta aquí, montando tanto teatro?

Kim Jaein retrocede para mirarnos a los dos a la vez, convirtiéndose en el vértice superior del triángulo equilátero que se forma entre los tres. En el punto más alto, como una reina. El espectro de esta pequeña mujer es mucho más bajo que nosotros, pero comienza a dominarnos con su aire autoritario. Imperturbable, ni siquiera por esa sonrisa inocente como la de una niña, aún presente en su expresión.

—Porque hay algo que tenéis que hacer. Lo que Choi Kangwu tiene metido en el cerebro es un retrato, pero también una llave. Tras dividir los datos que formaban su consciencia en varias piezas como un puzzle y ocultarlas dentro de todo tipo de cachivaches, mi tío las envió al contrapeso. Tenemos que completar el rompecabezas rápido y despertarle. Si Ross Lee pudo averiguarlo, es solo cuestión de tiempo que Suhyeon también lo haga.

—¿Y qué diferencia habría si Han Suhyeon lo resolviera primero?

—Si eso sucede, destruirá la consciencia del presidente Han escondida en el contrapeso y nombrará a algún testaferro o quien sea para asegurar su poder sobre el grupo LK. Sin Ross Lee de por medio, nadie podrá pararle. Y en la situación actual, Suhyeon sería la peor persona posible para dirigir la empresa.

»Ross Lee actuó como si el hecho de que la mente del presidente Han se uniera a la IA de la compañía fuese el principio del apocalipsis. Y aunque lo fuera, ¿crees que no nos hemos preparado ya para ello? No comenzaría la dictadura de un hombre muerto en cuanto la mente de mi tío se fusionase con el sistema de IA. Esto solo serviría para neutralizar a ese idiota con delirios de grandeza de Suhyeon, algo necesario en esta época revolucionaria en la que la humanidad intenta expandirse al espacio.

—¿Y por qué está Nia Abbas de acuerdo con este plan?

—Lo más importante para Han Suhyeon es el grupo LK. El ascensor espacial debe ocupar el cuarto puesto en su lista de prioridades, como mucho. Para el difunto presidente Han, por el contrario, era lo único que importaba. Le daba igual a manos de quién terminase el ascensor, siempre y cuando esté operativo y en buenas condiciones. Para el Gobierno de Patusan, mi tío resultaba mejor opción a la hora de negociar que el primero.

—Pero ¿por qué tanta prisa en subir allí arriba? Si el presidente Han se molestó en enviar su propia consciencia hasta el contrapeso, probablemente colocó trampas como sistema de defensa. Más inteligentes que Han Suhyeon, desde luego. Y tal vez Choi Kangwu no sea la única llave que hay. Si muere, seguro que vendrán otros parecidos a él, que te mirarían con los mismos ojos de cachorrito, igual que ahora.

—Supongo que sí. Pero ¿por qué esperar para comprobarlo?

Alguien tiene que hacerlo

Por unos segundos dudo de si la aparición de esta mujer que tengo delante es realmente Kim Jaein. ¿Cómo no voy a dudar? La Kim Jaein de verdad está inconsciente en el sofá, y lo más seguro es que yo esté hablando con algún programa de IA o alguien haciéndose pasar por ella. A lo mejor todo este teatro tan melodramático solo es un complot de alguien que busca evitar que Kim Jaein se entrometa. De repente me veo abrumado por una ola de posibles teorías.

Aunque nada de eso importa. Solo tenemos una salida. Choi Kangwu debe subir al contrapeso. Al piso superior de verdad, justo allí. Es el único final con sentido para esta historia. Mientras esto no cambie, no importa si esta Kim Jaein es real o no.

Nunca me he parado a pensar en el contrapeso del ascensor. Es una parte imprescindible, ya que mantiene la estructura con la tensión resultante de tirar del cable usando la fuerza centrífuga. Cuando el primer cable se convirtió en dos y se fue haciendo cada vez más grueso, el contrapeso, que venía a ser los restos de un asteroide usado como mina de carbón, fue aumentando en una forma abultada. También enviaron residuos desde la estación espacial. Convertido en un amasijo de basura terrestre y espacial, con cables desechados, el contrapeso parece un vertedero. Y ahora que tiene una gravedad estable, terminará por atraer también la estación espacial hacia él. Pero de momento no pasará. En primer lugar, porque está demasiado lejos. Y segundo, porque la estación

ya está empezando a funcionar como un centro para ayudar a humanos y mercancías a escapar del pozo gravitacional de la Tierra.

Allí no hay nada más que robots. Es un mundo de pequeñas máquinas que organizan, amontonan y acumulan basura y asteroides sin intervención nuestra.

Es un sitio genial para esconder algo. Subir con el ascensor implicaría dejar un registro que llamaría la atención. Están las opciones de los *skyhooks* y cohetes, que podrían subir sin ser detectados como naves de recogida de residuos, pero de todas formas sería complicado entrar en el contrapeso. Y aunque lo consiguiera, uno terminaría muriendo de hambre en ese laberinto o quedándose sin batería antes de saber por dónde buscar. En ese caso, los robots encontrarían los cadáveres o lo que quedase de ellos y lo añadirían al contrapeso. Solo quienes sepan dónde está su objetivo y sepan guiarse por la zona pueden salir victoriosos en esa búsqueda del tesoro. Hay casi un aire fantástico y de cuento de hadas en todo esto. Algo del gusto del presidente Han que yo conozco.

Choi Kangwu se está poniendo el traje espacial. Aunque es la primera vez que se lo pone desde las prácticas de orientación, es bastante diestro a la hora de colocarse el catéter urinario y pegar los parches de nervios artificiales conectados al traje. ¿Sería esto también por los recuerdos del difunto presidente, quien subió en el ascensor unas cinco veces en su vida? Hasta ahora pensaba que podía leerle como un libro abierto, pero ya no estoy tan seguro. ¿Cuánto le habrán cambiado esos recuerdos despertados? ¿Son solo recuerdos lo que ha despertado ahí dentro?

Al dar Kim Jaein la señal, Choi Kangwu se mete en la cápsula dentro del *spider*. Al percibir el peso de su cuerpo, la máquina tumba esa cápsula despacio, al tiempo que ajusta las otras dos

vacías para corregir su centro de gravedad. Siguiendo la orden de Kim Jaein, cierro la tapa del *spider*.

Se abre la puerta de salida. Una mujer musculosa y de pelo corto entra empujando una silla de ruedas plegable. Se trata de la enfermera a la que yo había llamado, recitando palabra por palabra lo que Kim Jaein ordenó que dijera. Lleva poco tiempo en el LK, por lo que todavía no tiene ningún tipo de implante. Agito la pistola y apunto con ella hacia el sofá. Tras revisar el cuerpo de forma rápida, la enfermera sienta a Kim Jaein en la silla de ruedas y entran en el dormitorio para empleados. Luego cierro la puerta desde fuera. Miro detrás de mí. La expresión del espectro de Kim Jaein se ve más tranquila. Aun cuando se trata de su plan, parecía sentirse un poco incómoda dejando su cuerpo en un estado tan indefenso. Aunque no sé con quién podría sentirse más segura que con nosotros, una reinona y un anticuado caballero de la mesa redonda.

Mirando por el monitor, la cápsula dentro del *spider* parece una dama de hierro. La cámara en su interior graba la cara asustada de Choi Kangwu. De repente, su expresión se suaviza y se queda con la mirada perdida. Kim Jaein le ha inyectado soma-T de forma remota. Poco a poco, la percepción del tiempo del simplón se ralentizará. Qué remedio, si tiene que quedarse ahí dentro durante los próximos tres días. Lo que me hace falta ahora no es él, sino su *worm*, y a diferencia del dueño, este funciona a una velocidad normal. En una situación tan arriesgada como esta, necesito tener a mano todos los recursos posibles.

La cubierta se cierra, y el *spider* entra por sí solo en el pilar del ascensor. Se conecta a los dos raíles que conforman los márgenes. La puerta acorazada se cierra, y se oye el sonido de la máquina subiendo.

En ese instante, el *worm* en mi cabeza se abre de golpe. Kim Jaein me está pasando información de Patusan. Las estructuras de la nueva ciudad y el ascensor espacial aparecen ante mis ojos. Veo el *spider* en el que va Choi Kangwu subir poco a poco por los raíles. Veo la IA del piso superior preparándose para conectar el *spider* con los cables. El movimiento de visitantes y periodistas, policías y trabajadores del LK. Los drones de la Unidad de Seguridad merodeando alrededor. La máquina de capuchinos estropeada en un café subterráneo. El agua yéndose del retrete del baño de la comisaría. La cara de un niño desaparecido. Una nube de mariposas captada por una cámara de seguridad. Es asombroso que tantísima información no esté derritiendo mi cerebro. Pero haría falta más que eso para afectar a mi *worm* de esa manera. Todos estos datos no son más que impresiones.

Marco a todos los empleados de Seguridad en la ciudad con puntos azules. Busco entre ellos a Alexander Mthunzi Tamaki y le asigno un círculo azul más grande. Tamaki, quien estaba hasta hace poco en Tamoe, ahora mismo se encuentra dando vueltas alrededor de Patusan en un *Hummingbird*. No puedo leer los registros de comunicación entre ellos, pero puedo suponer por el movimiento de los puntos azules que van a atacar. Ya se han dado cuenta de la situación y tienen un objetivo claro: detener el *spider* antes de que se conecte con los cables.

Corro hacia el ascensor para empleados. Kim Jaein no se sube. Ni siquiera sé si sigue en el Nido. No importa. Aquella alucinación solo servía para manipularnos psicológicamente a Choi Kangwu y a mí. Y ya había funcionado.

Estoy subiendo casi a la misma velocidad que Choi Kangwu. Dentro del ascensor, extendiendo varias decenas de brazos invisibles y entro en el sistema de Patusan. Luego, bloqueo todos los drones de

Seguridad que podrían acercarse al *spider*. Pero con esto no es suficiente. Los puntos azules se apresuran hacia los raíles, y el propio sistema de seguridad del ascensor, complicado como una tela de araña, comienza a despertarse.

Escucho una explosión. Unos treinta de esos drones atraviesan el muro del túnel vertical y entran volando. Con que solo uno de ellos toque los raíles, el *spider* se quedará atascado a medio camino. Pero Kim Jaein es más rápida. Me envía las claves de once de los drones, que pasan a estar bajo mi control. Ahora tengo un arma para combatir los diecinueve restantes. Sin embargo, no puedo ponerme a disparar a lo loco. Podría fallar y darles a los raíles. Utilizo tres de mis tres drones para derribar con nanomisiles a los que están subiendo, mientras que hago luchar cuerpo a cuerpo a otros cinco, sin recurrir a disparos. Uno a uno, los drones desactivados van cayendo. Libero insectos de mis drones derribados. Unos cuarenta minidrones del tamaño de una mosca vuelan y se pegan a los enemigos. Deben ser manejados uno por uno tras perder la conexión con su sistema madre, para lo que uso el *worm* de Choi Kangwu. Teniendo en cuenta el tamaño de los insectos, la mecánica de fluidos funciona de una forma un poco diferente en comparación con los drones de tamaño normal, pero mi *worm* aprende rápido todo lo necesario y pronto me convierto en un experto. Para cuando derribo al último de los drones de Seguridad, todavía me quedan dos de los míos.

Un trozo de raíl se separa del *spider* con un estruendo y se queda colgando. Veo a 3,2 kilómetros al agente de Seguridad que ha hecho volar uno de los raíles con un misil. Le vuelo la cabeza con mis drones antes de que le dé tiempo a disparar un segundo misil. Su cuerpo y los trozos de su cráneo caen rozando el *spider*. Compruebo los raíles. Hay un hueco de casi un metro, con los extremos cortados

torcidos en varias direcciones, pero no supone un problema demasiado grande. El *spider* puede subir unos cuatro metros sujetándose solo a un raíl.

Escucho una alarma en mi cabeza. Uno de los cinco cañones instalados en la cúspide del piso superior está en movimiento. Es el sistema de defensa para proteger las instalaciones del ascensor y sus cables. Por lo poco que sé, están programados para no abrir fuego contra la estructura ni los *spiders*. Sin embargo, el arma comienza a sacudirse de forma extraña, destrozando los postes de apoyo de hormigón de alrededor. La Unidad de Seguridad parece haber activado alguna función secreta. Compruebo la línea de conexión entre esas armas y Seguridad, que me lleva a un círculo azul: Rex Tamaki.

¿Qué demonios está tramando? Puedo imaginármelo perfectamente apuntando hacia el *spider* y derribándolo, pero eso se aleja mucho de esas políticas tan sutiles en las que él se había apoyado desde que entró en el LK. Si Choi Kangwu moría, Han Suhyeon estaría contentísimo. Pero usar la función secreta de ese cañón para abatir un *spider* solo supondría una molestia tanto para Seguridad como para el propio Han Suhyeon. Sus competidores dentro de la empresa se abalanzarían sobre él, y el puesto de Tamaki correría peligro. Además, Tamaki no tenía tanta necesidad de posicionarse del lado de Han Suhyeon. No es que le hubiese jurado lealtad, y Seguridad podía escoger seguir a alguien más. Tampoco es que se le fuera a venir el mundo encima si Choi Kangwu despertaba al presidente Han. ¿Por qué estás haciendo esto, Alexander? ¿Acaso sabes algo que yo no sé?

Vuelvo a abrir los ojos, después de haberlos tenido cerrados hasta ahora. El ascensor está en el kilómetro 3,67, a veinte metros por debajo del piso superior. Saco mi pistola y le quito el seguro. Nada

más abrirse la puerta, salgo corriendo. Se oyen disparos, y un dolor lacerante en mi brazo izquierdo. Guiándome por las imágenes que me envía Kim Jaein, corro y disparo dos veces. Escucho dos gritos y mis blancos desaparecen, pero no lo oigo caer. Los cuerpos están en caída libre. Tomo los minilanzamisiles que han dejado atrás. El *Hummingbird* de Tamaki no se ve por ningún lado. No tengo ni idea de cómo funcionan estos cacharos, pero Kim Jaein no me permite permanecer ignorante por mucho tiempo. La información entra de golpe por mi *worm*. No importa que no vea el *Hummingbird*. A través de los ojos de Kim Jaein, que observan Patusan como una diosa omnipotente, apunto al objetivo y disparo el misil. El *Hummingbird* explota, y el cuerpo de ese hombre al que una vez deseé estalla en pedazos entre trozos de metal.

El cañón deja de agitarse y baja su cabeza hacia atrás, ahora bajo el control de Kim Jaein. Entonces comienza a oírse el familiar sonido del clavecín. El *spider* que contiene a Choi Kangwu está subiendo, unido al cable.

Contrapeso

A medida que el *spider* subía, unos murmullos bajos empezaron a sonar cada vez más fuerte para al final tomar forma y convertirse en la banda sonora de *En una isla tranquila al sur*. *Lalalalala, lalalalala, lalalalala, lalalalala...* La melodía se repitió seis veces, con Choi Kangwu sintiendo que iba a volverse loco ya a partir de la tercera.

Desde fuera daba la sensación de que llevaba sesenta horas allí dentro acostado, vestido con su traje espacial. No obstante, llevaba despierto todo ese tiempo; es solo que había cambiado su percepción del tiempo. Esas sesenta horas del mundo real no habían sido más que cincuenta minutos. El mundo exterior iba tan rápido que no podía reaccionar. Su mente ralentizada no podía seguir el ritmo al que se movía la realidad.

Durante un rato, su cerebro conectado al *worm* de Kim Jaein estuvo recibiendo a una velocidad vertiginosa toda la información de lo que había ocurrido con el ascensor y Patusan. El que yo arriesgase mi vida por proteger el *spider* no ocuparía más de diez segundos.

Sin poder centrarse en nadie en ese momento, Choi Kangwu dirigió la mirada al mundo exterior. El espacio se movía más despacio que los humanos. Las cámaras exteriores de la cápsula reflejaron en la pantalla lo que había fuera. El cielo se oscureció en un instante, llenándose poco a poco de estrellas que se alineaban en arcos. Mientras que la bóveda celeste rotaba dos vueltas y media, Marte y Júpiter se movían con aún más lentitud. Cuando la banda

sonora se repitió por cuarta vez, la cápsula pasó de la estación espacial; al terminar por sexta vez, la pantalla se apagó.

Ahora, Choi Kangwu estaba tumbado boca abajo, mirando el suelo. El ángulo de la cápsula no había cambiado, pero la gravedad que había estado tirando de él hasta llegar al nivel de la estación espacial se había ido debilitando, y al pasar este punto, la fuerza centrífuga comenzaba a tirar de su cuerpo en dirección contraria a la Tierra.

La cápsula se enderezó y se abrió la tapa. Choi Kangwu trató de abrir la puerta y salir, pero su cuerpo no le obedecía. Entonces, notó un dolor agudo en el cuello. Una nueva inyección inoculada por el traje espacial para eliminar los efectos en su cerebro de los restos de soma-T. La banda sonora empezó a sonar por séptima vez, para luego convertirse en murmullos y desaparecer de nuevo.

Choi Kangwu abrió la puerta de la cápsula y salió del *spider*. Aunque había estado allí dentro por más de sesenta horas, el traje le había estado abasteciendo de agua y nutrientes, por lo que no tuvo un gran efecto en su cuerpo. Solo necesitaba algo de tiempo para que sus músculos y nervios motores se recuperasen. Caminando alrededor del *spider*, fue acostumbrándose poco a poco a la gravedad artificial del contrapeso, ligera pero segura.

El *worm* abrió una ventana y mostró un mapa en tres dimensiones. Tanto la cápsula como Choi Kangwu se encontraban en el interior de una enorme pirámide metálica formada por residuos espaciales acumulados. Dentro de esa estructura, que parecía construida de forma desordenada, restos de naves y satélites artificiales estaban enredados entre cables llenos de agujeros. Un laberinto cuyos estrechos caminos apenas dejan pasar a una persona se extendía en todas direcciones. El lugar no parecía tener

consideración por los residentes humanos, pero eso era porque estaba diseñado para los robots que construían la pirámide.

Un pequeño camión robot, con una forma similar a la de un escorpión, se acercó al *spider*. Ignorando al hombre que daba un paso atrás, encogido de miedo, conectó dos tubos en el teclado junto a la pantalla. El interior de este parpadeó a un ritmo indescifrable.

Choi Kangwu caminó despacio. Por supuesto, no sabía dónde estaba ni a dónde ir, pero eso no importaba. Alzó la vista. La Tierra estaría por ahí arriba. No obstante, lo único que podía ver eran las capas de basura metálica a su alrededor.

Entonces, notó una presencia. Ruido de pasos y ropa rozándose, algo que podía oír a pesar del vacío. Era el espectro de Kim Jaein. Iba a su lado con los brazos extendidos como si caminase por la cuerda floja. Su coleta se balanceaba.

«¿A dónde debo ir ahora?»

«Solo espera, el sistema se encargará de todo. Solo tienes que reaccionar.»

Choi Kangwu esperó, andando de un lado a otro. Lo único que podía sentir era el aire denso dentro de su traje y el dolor que le provocaba el catéter urinario. «Qué patético», pensó.

De repente, un fulgor amarillo como el de los focos de las películas lo coloreó todo. No era una luz real, sino una realidad aumentada creada por el sistema. Ahora, ambos estaban en el interior de una enorme habitación con un papel de pared anticuado. Flotaba en el aire el olor a talco y leche en polvo, y desde una ventana se oía una canción en ruso. En un rincón de la sala, un enorme avión de juguete colgaba de una cuerda. Choi Kangwu lo tocó con la mano cubierta por el guante del traje y el avión cobró vida, separándose del grueso hilo y echando a volar.

Ahora, Choi Kangwu se encontraba sentado en primera clase de un avión estratosférico. Ya no llevaba el traje espacial, sino un traje de vestir que no era de su talla. A su lado había un joven sentado, dando cabezadas. Era el presidente Han Bugyeom. Choi Kangwu tiró hacia sí del monitor que tenía en el asiento de delante y encendió la función espejo. En este apareció el rostro de Han Jeonghyeok con veintipocos años. Tenía un aspecto pobre y dejado. Quizá la eliminación del vello con láser no había salido bien, pues aún tenía parches de vello en la cara, y su traje tenía una mancha de mostaza de un sándwich en la manga.

En ese instante, todo se aceleró. Lo que oía y veía se convirtió en una semilla de asociación de ideas que creció rápidamente. En solo un segundo, fragmentos de lo que Han Jeonghyeok había vivido quedaron ordenados en el cerebro de Choi Kangwu. Para alguien que leyera los libros de Han Sahyeon o viera su serie, la mayoría del contenido le resultaría familiar. La diferencia estaba en que ocurrían en primera persona desde la perspectiva de Han Jeonghyeok, y a través de esta, Choi Kangwu vio todo lo que vivió. Han Jeonghyeok yendo a Seúl junto con el presidente Han Bugyeom. El maltrato de los hijos de este, siendo tratado con amabilidad por Han Sahyeon solo para molestar a sus hermanos. Han Jeonghyeok comenzando a apoyarse en ella al tiempo que aprende poco a poco de ese mundo. Leyendo entre risitas sus libros. Llorando durante dos días con los ojos hinchados tras el incidente de la bomba en el funeral. Siguiendo los pasos de Han Bugyeom y convirtiéndose en el nuevo presidente del LK. Sin embargo, de repente un día llegó a la casa Kim Jaein, con su rostro pequeño y expresión descarada.

Al principio, esa audacia en ella solo le pareció adorable. No obstante, había algo más en esa niña de trece años. Aunque sabía que no guardaba relación genética con Han Sahyeon, su actitud y

forma de hablar se parecían mucho a las suyas. Conforme fue cumpliendo años, fue desarrollando su propia personalidad, diferente a las de sus dos madres. La joven hablaba sobre las estrellas, sobre el desarrollo de la mente humana. A pesar de la culpa que le pesa, Han Jeonghyeok terminó sintiendo amor por su sobrina, con la que no compartía lazos de sangre. Al ser un amor imposible, esas emociones y deseos terminaron siendo presionados dentro de su cerebro, donde comenzaron a estallar en todas direcciones. De repente, ella termina simbolizando todo lo que tiene valor para él. Es su hija, su maestra, su discípula, su musa, su diosa salida de una película en blanco y negro. El universo de Han Jeonghyeok pertenece a Kim Jaein. Antes no tenía ningún interés en el espacio ni en nada parecido a un ascensor espacial; pero ahora, lo eran todo para él. Porque esa pequeña amaba tanto el universo. Porque quería dejar atrás al mundo y su gente y viajar al espacio. Y él eliminaría cualquier obstáculo que se interpusiera entre «esa pequeña» y su sueño, como esos pobres mendigos que buscaban comida en el lodo donde debería estar el ascensor espacial. De todos modos, sus sucios barcos de pesca y prostíbulos no encajaban con la bella torre que pensaba construir.

En ese momento, el enorme rostro de Adnan Ahmed aparece de la nada en un rincón de las memorias de Choi Kangwu como un muñeco fantasmal impulsado por un muelle, y el mundo del presidente Han se vino abajo.

Ahora, Choi Kangwu y Kim Jaein estaban de pie en el interior de un túnel derruido de Patusan. Estaba lleno de polvo y humo, con cadáveres atrapados bajo las piedras por todas partes. Más que una escena real, parecía sacado del set de una película o de un videojuego. Pero no era real, claro. Si fuera el lugar real del incidente, ninguno de los dos tendría espacio suficiente para

moverse. No era más que una pesadilla artificial creada con destreza.

La figura encorvada de Han Jeonghyeok estaba ante ellos, brillando con un fulgor blanco y con un cárdigan verde cubriendo su ropa de hospital. Su expresión parecía de sufrimiento. La cara de un hombre atrapado para siempre en un infierno creado por él mismo.

Choi Kangwu miró hacia un lado. Kim Jaein clavaba su gélida mirada en el presidente, con una expresión tan dura e imponente como la de una estatua de un juez. Ya no quedaba ni rastro de la mujer de antes, con su cándida sonrisa y su afinidad por el realismo y la conciliación. No, tampoco era el rostro de un juez. Aquella ferocidad en sus ojos no se basaba en un sentimiento de justicia. Era más bien una mezcla de asco y un mecánico sentido del equilibrio.

De repente, las piezas del puzle encajaron. Kim Jaein no había ido hasta allí para salvar la mente de Han Jeonghyeok. Estaba allí para matarlo, para borrar del todo su existencia. De la misma forma que el presidente no pudo aceptar que aquellos tres abogados ensuciasen el ascensor espacial con sus crímenes, ella tampoco podía aceptar el genocidio que él llevó a cabo. El ascensor debía ser hermoso y limpio, y para ello, esa mancha que era Han Jeonghyeok tenía que desaparecer. La mente encargada de controlar la expansión de la civilización por el espacio debía librarse de esa humanidad mezquina y ruin.

Esas excusas que presentó unos días atrás en el Nido no fueron más que una actuación para el fantasma del presidente Han. Puede que este hubiera construido una nueva consciencia tomando las mejores partes de sí mismo, pero por más inteligente, atractiva y elegante que fuera esa nueva versión, nunca se libraría de la culpa y las atrocidades que había cometido. Todo este tiempo, Kim Jaein

cubrió con una máscara sus verdaderas intenciones, fingiendo que quería liberar a ese espectro del contrapeso. Y ahora, todos los pecados de Han Jeonghyeok habían quedado expuestos. No importaba la cantidad de recuerdos que hubiese eliminado de su mente, esos pecados se pegarían a él como un imán gigantesco, aplastándole.

El presidente alternó la mirada entre Kim Jaein y Choi Kangwu. Había algo hermoso y hasta emotivo en su expresión torcida y grotesca. Pero la mujer no reaccionó. Sabía que esa belleza y sinceridad no eran más que una actuación exquisita, como un aria de Verdi. Aquel fantasma digital del contrapeso no era capaz de poner una expresión natural, y Kim Jaein le conocía demasiado bien de todos modos como para caer en sus mentiras.

«Sé que estás aquí para matarme, pequeña. Pero, aun así, me alegro de que hayas venido.»

Han Jeonghyeok esbozó una sonrisa amarga, pero dulce al mismo tiempo. Nadie en el mundo se habría imaginado que podía sonreír de esa forma. Parecía real, pero una actuación, al fin y al cabo.

Levantó la mano izquierda. En ella sostenía una enorme pistola láser de juguete llena de sucias pegatinas, algo que cualquiera de los otros dos podría haber traído de alguna de las memorias de aquella terrible infancia que vieron antes. En un gesto como de despedida, el presidente agitó la pistola una vez como si fuera una bandera. Tras esto, se colocó el cañón en la boca y apretó el gatillo.

El presidente Han explotó. Todos los pensamientos y recuerdos que componían el fantasma del anciano se hicieron pedazos. Los fragmentos volaron por el vacío hasta desvanecerse.

Una mentira creíble

—El nombre real de Winston Hwang es Damon Chu. Aunque es empleado de Asuntos Exteriores de LK Space, al ser un teletrabajador, nunca le he visto en persona.

Me dirijo hacia la directora general Stella Siwatula, cuyos ojos llenos de sospecha me observan desde el otro lado de la pantalla. Me pregunto si su expresión es un reflejo del desprecio que siente hacia personas como yo, perritos falderos de las grandes empresas, o si más bien oculta algo más. ¿Se acordará de que nos conocimos quince años atrás, cuando yo tenía otra cara e identificación distinta? Bueno, no tengo por qué preocuparme ahora de eso.

—No solo hay uno o dos como él, tenemos muchos teletrabajadores. Mientras haga lo que tiene que hacer y asuma su responsabilidad, ¿qué importa dónde esté? —suelto como quien no sabe nada—. Todavía no hemos averiguado quién es el cómplice que entró bajo la identificación de Eugene Hwang. La policía lo está investigando, aunque, fuera quien fuera, creo que blanqueó su identidad con ayuda de algún experto. Por lo que sabemos, el presidente Han Jeonghyeok contrató a Damon Chu como su asistente personal mientras aún vivía. No sé con exactitud qué tareas le encomendaría, pero esa persona estaba guardando una cantidad significativa de obras de arte y muebles, supuestamente del presidente, en un contenedor de la empresa de almacenamiento H & H, en Bandar Seri Begawan. Casi todo lo que había ha sido identificado como objetos robados, y varios de ellos ya han sido

devueltos a sus dueños. En estos momentos, el LK está trabajando con la policía de Indonesia para poder mandar el resto de vuelta a su sitio.

»Resumiendo la situación, Damon Chu pensaba que el presidente Han había ocultado algo de valor en el contrapeso del ascensor espacial, y creía que sabía dónde. No podemos saber de qué se trataba, ni tampoco si es verdad. Sin embargo, es muy probable que los quince mil créditos que fueron retirados antes del incidente de la toma del rehén hubieran sido para costear esto. Tampoco hemos podido confirmar qué encontró Damon Chu en el contrapeso, pero lo que sabemos seguro es que, tras llegar, no tardó ni una hora en salir de allí usando una cápsula de emergencia. Esta amerizó en el océano Índico y fue rescatada por nuestra empresa, pero su tripulante ya se había marchado. Estamos tratando de comprobar lo que sucedió allí arriba a través de la información recopilada por los robots del contrapeso, pero no nos fiamos mucho del posible resultado. Ese lugar no está preparado para recibir criminales humanos.

»Su cómplice, quien usó el nombre de Eugene Hwang, partió en un segundo *spider* justo al mismo tiempo que Damon Chu llegó al contrapeso. Según el registro, la tapa se abrió y volvió a cerrarse en el kilómetro cuarenta y dos. Suponemos que el criminal escapó en otra nave de uso individual. El *spider* ha sido entregado a la policía, que lo está investigando en estos momentos.

Apenas hay mentiras en mi discurso. Es cierto que un experto blanqueó la identidad de Eugene Hwang: yo. Igual que lo de que el *spider* se abrió a cuarenta y dos kilómetros de altura, y lo de que un robot averiado fue tirado desde el contrapeso, volando a duras penas hasta quedar a diez metros sobre el océano Pacífico, explotando en pedazos y desapareciendo en las aguas. En cuanto al

truco de rescatar a Choi Kangwu usando la nave de emergencia, fue un poco complicado con la policía espacial vigilando. Pero Sumac Graskamp tiene herramientas mágicas perfectas para casi cualquier situación. Continúo hablando:

—Respecto al tumulto que hubo al comienzo de la toma del rehén, aún se está investigando. En primer lugar, estimamos que el cañón averiado del piso superior fue activado por el recientemente fallecido jefe de la Unidad de Seguridad, Alexander Tamaki. Todos los que trataron de frenar a Damon Chu eran subordinados de Tamaki, miembros de su grupo conocido como la Manada de lobos. Al parecer, recibieron órdenes de detener el *spider* sin importar cómo. En cuanto al motivo detrás de su agresividad, seguimos investigando. Solo le pido que no se crea esos bulos que circulan por la red. Si decimos que todavía no tenemos nada, es porque no lo tenemos.

La mayoría de esos bulos son obra nuestra. Hay varios entre ellos que hasta me gustaría usar como versión oficial. Aún no hemos decidido cuál. Pero quiero al menos dar a Tamaki y sus hombres el mejor final posible. Uno que no dañe demasiado su honor y que evite que la gente sospeche de nosotros.

El interrogatorio interminable de la directora Siwatula continúa. Preguntas que parecen sencillas, pero que ocultan pequeñas trampas para hacerme caer. Y cada vez que aparecía una de esas, Kim Jaein, conectada a mi *worm*, me mandaba una señal. De hecho, estuve a punto de caer cuando me preguntó sobre la toma del rehén y lo relacionado con Neberu O'Shaughnessy. Finjo que no sé nada del asunto. Podría parecer sospechoso si tuviera respuestas para todo.

Cuando por fin llegamos a la última cuestión, leo como un robot los subtítulos que aparecen delante de mis ojos:

—«Después de su terrible experiencia, la directora Kim Jaein se encuentra en buen estado. Desde el comienzo del incidente estuvo encerrada junto con la enfermera Pharah Wardani, sin tener ningún contacto posterior con el secuestrador. Puede preguntarle directamente a la señorita Wardani, si así lo desea. Basándonos en la información que tenemos, podemos asegurar que en ningún momento la vida de la directora corrió peligro. Parece ser que el objetivo solo era ganar tiempo hasta que Damon Chu lograra llegar al contrapeso. Eugene Hwang debió de haber recurrido a todo tipo de trucos para aparentar que estaba en el Nido, algo que podría haber hecho desde dentro del *spider*. Es decir, ambos estaban metidos en ello.»

Seguiremos en la Tierra

—Dice que no se acuerda.

—¿De qué?

—Del rostro de Kim Jaein.

—¿Qué narices estás diciendo?

Sumac Graskamp frunce el ceño.

—Pues eso mismo, que no se acuerda. Dice que recuerda lo que pasó, pero ha olvidado la cara de Kim Jaein. Le he enseñado una fotografía, pero dice que no la conoce. Que es la primera vez que la ve, y que no siente nada. Oye, ¡qué fácil se atrofia un cerebro! Es como si un rincón de su cabeza hubiese explotado con el fantasma del presidente Han.

—¿Qué sentido tendría que solo se olvidase del rostro de Kim Jaein?

—Bueno, ella odia que alguien la ame de esa manera. No puede impedir a nadie que lo haga, pero sí puede hacer que sea una experiencia insufrible.

Sumac Graskamp y yo caminamos por la playa junto a las ruinas medio sumergidas. Hace ya un buen rato que ha oscurecido, y sopla una brisa nocturna un poco fresca. Durante los últimos dos días hemos estado muy ocupados fabricando el cadáver de Eugene Hwang. Aunque nadie se crea que el caso está resuelto, había que preparar algunos detalles para que la policía de Indonesia recuperase un poco su honor. Tengo pensado cerrar todo este asunto con la desaparición de Damon Chu. Siempre me había

gustado la historia de D. B. Cooper. Esto es: un tipo que viajase a la otra punta del espacio para robar algo desconocido y luego desapareciera. Suena hasta más elegante que lo de D. B. Cooper. Me da rabia que no se me hubiese ocurrido a mí. Pero esta historia se había ido escribiendo sola.

Por otro lado, la historia de Eugene Hwang también suena bastante interesante. Aunque la parte de cómo escapé del Nido es un poco sosa. Cuando llegó la policía, simplemente me metí en uno de los muchos túneles que conectaban con las entrañas de la montaña. Gracias a que Kim Jaein hizo que mi presencia pasase desapercibida para la IA de Patusan, pude salir de allí sin que nadie me viera. Mi avatar estuvo funcionando bien mientras hacíamos lo de la toma del rehén, con Miriam interviniendo cuando hacía falta, por lo que nadie se dio cuenta de mi ausencia. Y aunque alguien lo hubiera hecho, nos encargaríamos de que todo lo que dijera no tuviera ningún sentido.

—Creo que entiendo un poco por qué a Kim Jaein le molesta la gente —continué hablando—: Choi Kangwu dijo que, estando sobre el contrapeso, pudo entrar en su mente por unos segundos. Según él, Kim Jaein está conectada con la inteligencia del ascensor espacial de una forma mucho más cercana de lo que nosotros podríamos imaginar, y que la estaba cambiando por dentro de una manera constante. Eso también explicaría cómo pudo él entrar en su cabeza sin tener ninguna función para ello. El *worm* de Kim Jaein ha evolucionado tanto gracias a esa conexión que su mente se ha expandido dentro de la propia IA.

Según ese simplón, dijo que sintió placer. El placer inmenso de convertirse en parte de una maquinaria refinada, hermosa, enorme y complicada. Una felicidad tan inmensa y magnífica que los sentimientos y emociones humanas palidecen a su lado, pero al

mismo tiempo, se sintió familiar. Esa sensación fue leve, pero es porque quedaría algo en algún rincón de las memorias del presidente. Lo que vio ese día en el contrapeso fue quizá el final de un drama sentimental.

—¿Un triángulo amoroso entre dos personas y el ascensor espacial?

—Una relación difícil de entender por completo como humanos. En fin, a lo mejor como vemos que la historia no tiene más, la damos por terminada para quedarnos más tranquilos. Quién sabe si acabó o no, pero eso no importa. En fin, supongo que para alguien que ha ampliado los límites de su consciencia hasta ese punto, las emociones humanas deben ser algo insignificante. No tengo pensado de momento llegar tan lejos con mi mente, la verdad.

—¿Y qué va a hacer tu amigo?

—Dice que no dejará de querer a Kim Jaein. Que no es algo que pueda detener. Pero esa historia sí termina aquí, claro. Ella no tiene ni la más mínima intención de juntarse con él, y tampoco es que Choi Kangwu guarde alguna esperanza. Solo ama sin descanso, en la distancia y en silencio, a una mujer cuyo rostro ha olvidado. Además, se va a ALYSSA. Kim Jaein le escribió una carta de recomendación a Kostomárov. Encajará mejor allí que en el LK. Y cuando su hermana mayor se recupere del todo, seguramente vayan a Marte a bordo de la nave *Dejah Thoris III*.

La conversación termina. Sin decir nada, caminamos en dirección al puerto donde aguardan el ferri y el enorme navío de Green Fairy. La muerte de Tamaki trajo consigo el caos a la Unidad de Seguridad, y Graskamp tiene pensado aprovechar esa oportunidad. Estuvieron trabajando para el LK durante ocho años, no hay motivo por el que no puedan reincorporarse de nuevo. Si su plan funcionaba, Green Fairy reemplazaría a Seguridad y quedaría justo por debajo de

Asuntos Exteriores. En fin, como voy a dejar la empresa pronto, no es algo que me importe. Pero seguro que Miriam estará contenta, una vez tenga mi puesto. Solo espero que no se ponga a hurgar en mis trapos sucios cuando tenga acceso como cabecilla de la unidad.

En cuanto a Han Suhyeon, sigue acechando el puesto que Ross Lee dejó vacío. Dependiendo de los sacrificios que esté dispuesto a hacer, existe la remota posibilidad de que pueda evitar la ley contra los *chaebol* y convertirse en el presidente del LK. Pero no creo que le interese eso, supongo que se buscará un buen testaferro y ya.

Aunque, ¿qué sentido tendría eso ahora? El grupo LK lleva un tiempo necesitando cada vez menos la intervención de políticas humanas. Pronto, toda esa gente se dará cuenta también de que no son más que títeres colgando de los hilos de la IA. Así de insignificante es la libertad humana.

En cuanto a Tamaki, ya no sé qué pensar sobre él. A veces nos desconcierta encontrar una inmensa profundidad en quienes creíamos personas superficiales y vacías. Tal vez Tamaki también era esa clase de persona. A lo mejor, tras el fallecimiento del presidente, tanto ir y venir entre Ross Lee y Han Suhyeon terminó por empujarle a creer que una especie de monstruo lovecraftiano que regía sobre el destino de la humanidad había despertado en algún rincón del contrapeso, y que debía detenerlo a toda costa. Incluso un egoísta puede llegar a sacrificarse por otros. Pero personas así no desean cambiar el mundo en el que viven; solo quieren que esos cotidianos, manidos deseos y placeres tan obvios continúen por siempre. Esa es la eternidad que buscan. Creo que no tengo derecho a juzgarle. Es posible que su elección fuese correcta, y que haya sido yo quien haya abierto las puertas de par en par a ese apocalipsis que se acerca. Las acciones de Kim Jaein en el contrapeso podrían interpretarse de mil formas distintas. La muerte del fantasma del

presidente también podría significar que aquella entidad que vivía allí arriba quedase liberada del control de Han Jeonghyeok. Sí, pongamos que eso es lo que pasó. ¿Estará esa bestia liberada observándonos desde arriba? ¿Con qué expresión?

Suena una canción de Fátima Velasco. Una estrella con un fulgor amarillo atraviesa las nubes y sube despacio hacia el cielo. El recorrido del ascensor, detenido por un tiempo debido a la toma del rehén, continúa como siempre. Graskamp y yo nos detenemos, viendo esa estrella desaparecer entre las nubes, y reanudamos la marcha. Ellos ascienden hacia el cielo. En cuanto a nosotros, tenemos asuntos pendientes en la Tierra.

Epílogo

TRAPPIST-1e, a 39,6 años luz de la Tierra

FLO y B estaban inoperativos. El único que seguía vivo y en movimiento era RU. Desistiendo por un momento en su intento de reanimar a sus hermanos, abrió a duras penas una compuerta rota, la cual salió volando a unos quince metros debido a los fuertes vientos que soplaban fuera. Quedó clavada en el lodo cubierto por una fina capa helada.

RU arrastró dos cajas unidas y con el logo del grupo LK y salió de la cápsula a medio enterrar en el barro. Tras pasarse unos treinta minutos peleando, el robot consiguió liberarse del lodazal.

Después de colocar las cajas al pie de un precipicio rojo, se dio la vuelta. Los fragmentos de las placas de hielo resonaban con fuerza al chocar entre sí por el oleaje, mientras que una estrella naranja asomaba con timidez sobre la superficie del mar. Los cúmulos de nubes de un color rojo oscuro se movían a una velocidad aterradora, como una escena de película grabada a cámara rápida, asomándose entre ellas a intervalos los enormes planetas vecinos.

RU buscó un lugar donde la corriente no fuera tan fuerte, instaló una cámara y se sacó una foto. La cámara retransmitió la imagen de un robot redondo, con una armadura metálica y seis patas. Parecía una medusa congelada. Tras él podía verse débilmente la cápsula con forma de disco, medio destrozada. Podría haber aterrizado mejor, pero dadas las tormentas de este planeta, no tenía sentido

esperar un resultado perfecto. Además, la experiencia del impacto supondría una información muy útil para sus hermanos, que llegarían tres años más tarde.

Arrastrando las dos cajas, RU subió por la colina al lado del precipicio. A treinta metros de altura, quedó a la vista el otro extremo del continente. Vio los montes y valles formados de rocas rojizas. Tenía que arrastrar ese cargamento a través de ese desierto sin caminos. Su objetivo, el lugar del segundo aterrizaje, quedaba a trescientos diez kilómetros de distancia. Dudaba que las ruedas bajo las cajas pudiesen aguantar hasta allí. Le entró miedo.

Entonces escuchó la melodía de un clavecín. RU abrió los ojos en la dirección de donde provenía ese sonido. Una mujer, ataviada con un pijama morado y unas pantuflas con forma de conejo, le estaba observando con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Su coleta y los mechones sueltos sobre su frente ondeaban con las fuertes corrientes de TRAPPIST-1e.

—FLO y B aún no están muertos —dijo el espectro.

—Pero ahora no puedo hacer nada por ellos. Si quiero salvarlos, tengo que llegar hasta la ubicación del segundo aterrizaje y traer conmigo las piezas de repuesto —respondió RU.

No le preguntó a la mujer quién era. En el mundo de los robots, los saludos y presentaciones no significaban nada. Había otras cuestiones más importantes. Todo tiene una razón para existir, incluyendo el espectro de una humana en pijama.

—¿Qué es lo que puedes hacer aquí? —preguntó RU.

Tras peinarse hacia atrás los mechones que flotaban con el viento, el espectro se estremeció y respondió con desinterés:

—Puedo acompañarte.

Notas

Patusan

- [1.](#) Grandes grupos empresariales controlados y administrados por una misma familia.

Contrapeso
Djuna

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

평형추 © 2021, Djuna.

Todos los derechos reservados. Derechos de traducción gestionados por Greenbook Agency y Ute Körner Literary Agency.

This book is published with the support of the Literature Translation Institute of Korea (LTI Korea).

Traducción: Paola Díez Cidoncha, 2026

Diseño e imagen de cubierta: Tal Goretsky
Adaptación de cubierta: Book&Look

Publicación de Editorial Planeta, S. A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2026 Editorial Planeta, S. A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-450-2191-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
El ataque del colibrí
Un nuevo empleado sospechoso
Patusan
Un hombre de existencia ambigua
Las mariposas y el ascensor
Cómo usar cebo humano
Una primera inspección
Una cita con la bruja verde
Siempre has pensado así. Aunque yo te dijese lo contrario
Las débiles huellas de un fantasma
El cuadro de mariposas desaparecido
La visita del ángel de la guarda
La persona a la que (tal vez) amo
De ahora en adelante
Bajo las alas de un hada
La guerra de las bestias invisibles
Un nombre recordado demasiado tarde
La gente a la que maté
Desaparecido
El pecado de otro
Una segunda inspección
Regreso a Patusan
Un culpable inesperado
Despertar
Alguien tiene que hacerlo
Contrapeso
Una mentira creíble
Seguiremos en la Tierra
Epílogo

Notas
Créditos